

Sobre el Gobierno Dictatorial. Oposición y cultura

Especial de La Nación. 31 diciembre 2006

Dossier. 37 artículos

Recuperemos esa fuerza

LN 31 de diciembre de 2006



Esta no es una publicación para nostálgicos. Por el contrario, es el relato de una magnífica gesta épica que debiera servir de tónico fortificante a nuestra democracia republicana, aún lejana de sus propósitos fundacionales, tal como fueron expresados por el Presidente Eduardo Frei Montalva en su discurso en el Teatro Caupolicán ese 27 de agosto de 1980.

En estas páginas hemos querido recuperar nuestra memoria histórica reciente, adormecida pero todavía viva, para resaltar la inquebrantable voluntad y vocación democrática de centenares de miles de chilenas y chilenos que lucharon, cada uno a su manera, contra la dictadura. Muchas de ellas y ellos sacrificaron sus vidas o éstas fueron mutiladas irreparablemente en pro de la reconquista de la dignidad y libertad.

En esta publicación hemos querido revivir esa extraordinaria fuerza que nos unió en aquellos años de plomo en torno a un propósito nacional común: la recuperación de la democracia plena, el imperio del Estado de Derecho y la construcción de un país más justo, donde todos –sin exclusiones– tengamos las mismas oportunidades para hacer de nuestros sueños una realidad; un país donde prime el espíritu de solidaridad y hermandad por sobre ese individualismo abusivo implantado durante la dictadura por los exaltados devotos del libre mercado, que sólo buscaron enriquecerse a costa del país.

La muerte de Augusto Pinochet Ugarte, desde esta perspectiva, no pasa de ser sólo un dato anecdótico, un pretexto para no olvidar. El juicio histórico definitivo a su llamada “obra” y a sus crímenes quedó estampado en el número especial del pasado domingo 17 de diciembre.

Porque lo que hoy nos convoca a recordar esos heroicos años de oposición y de cultura de la resistencia a la dictadura es el estado actual de las cosas. Puesto que, a pesar de los innegables avances del país en todos los planos durante los 16 años de transición democrática (aún no logramos zafarnos del sistema electoral binominal, ni del matonaje pinochetista de la derecha) y cuatro gobiernos de la Concertación, pareciera que esa fuerza que antaño nos unió y enaltecó nos estuviera abandonando.

Vemos con preocupación cómo muchos demócratas se dejan arrastrar por la discordia, la miopía o el desaliento. Surgen con fuerza el caudillismo, la búsqueda del acomodo, el divisionismo y el predominio del interés personal por sobre el colectivo. En otras palabras, el ejercicio del poder ha tendido a perder su norte para transformarse en un fin en sí mismo, como si la reconstrucción republicana hubiese concluido y lo único que queda es administrar lo que hay, puesto que poco o nada quedaría por hacer.

Con los años, muchos parecen haber extraviado el rumbo y el sentido de hacer política. “En nuestra Concertación actual echo de menos un compromiso real por reivindicar la política, la verdadera política, la política grande, la política generosa, la del bien común, la política para servir y no para ser servido”, dice el senador Jorge Pizarro en estas páginas.

Bajo estas circunstancias no es de extrañar que la mayoría del electorado esté desencantado de la política y no se reconozca en ningún partido o bloque. Tampoco sorprende que en todas las encuestas de opinión los políticos sean los peor evaluados, después de los jueces. En este descorazonador cuadro es natural entonces que prospere la corrupción y el manejo mañoso de fondos fiscales. Aunque los casos denunciados en los últimos meses son una minucia al lado de la depredación del Estado en manos de la misma derecha que hoy se disfraza de “reserva moral” de la nación, esto no significa que no deban ser denunciados y los responsables sometidos al máximo rigor de la ley.

“Indignación” fue la palabra usada pocas semanas atrás por la Presidenta Michelle Bachelet al referirse a la corrupción y a la necesidad de castigar a quienes resulten culpables. “Lo debemos hacer”, dijo, “precisamente en honor a nuestros próceres, a nuestros mártires, a los miles de trabajadoras y trabajadores que han dado la vida por un mundo mejor, y con la misma severidad si aparece entre los progresistas que si aparece entre nuestros adversarios”.

De aquí la necesidad de rescatar aquellos ideales de los '80, compartidos por la gran mayoría de los chilenos, que hicieron posible la derrota del dictador y sus secuaces civiles y militares, aunque ésta haya sido sólo parcial; de devolverle a la política esa dignidad que la enaltecó en los momentos más relevantes de nuestra historia republicana; de trabajar todos juntos para construir ese mundo mejor que quisimos plasmar después del plebiscito del '88. Es decir, un país constituido por ciudadanos libres, deliberantes y no sometidos a los caprichos de un mercado siempre más monopólico; un Chile donde la brecha de

desigualdad disminuya en vez de aumentar, donde la salud, la educación, la igualdad ante la justicia, la no discriminación y el vivir en un medio ambiente sano sean un derecho real y no letra muerta de una Constitución mal parida.

La Victoria, Villa Francia y La Legua: su lucha contra la dictadura

La libertad se ganó en la calle

José Miguel Jaque LN. 31 de diciembre de 2006

La resistencia más cruda al régimen militar se dio en las poblaciones. Con gente que le ganó al miedo. Pobladores convencidos que la vida no era vida sin libertad, trabajo y comida. Que luego de 17 años en la oscuridad hizo rondas en las calles. Pero ni la vuelta a la democracia ni la muerte de Pinochet los hace sentirse vencedores hoy.



Era octubre de 1972. Soledad Araos tenía 13 años y vivía sus últimos días de quinto de humanidades. Las vacaciones estaban a la vuelta de la esquina. Por eso sintió que tenía permiso para hacer otro de sus peluseos. Junto a su amiga Irma, sacaron la bolsa de leche en polvo y empezaron la guerra a la entrada de la Escuela No 27 La Victoria por la calle Independencia. “Para nuestros padres era todo un logro que tuviéramos leche en la casa, pero nosotros no le tomábamos el peso”, cuenta.

A Soledad le encantaban los festivales de la voz y las elecciones de reina que se hacían en La Victoria. Le gustaba ver cómo arreglaban los carros alegóricos con papeles de colores y globos. “A veces participaba. Otras, sólo me gustaba mirar como lo hacían”. Su padre era obrero municipal y eso era suficiente para tener a sus nueve hijos estudiando y terminar de levantar su casa. Lo hizo con sus propias manos y las de su hijo mayor, José, más las de sus compañeros del Partido Comunista. “Teníamos proyección. Teníamos sueños”, dice ella.

Esos son los últimos recuerdos buenos que tiene Soledad de La Victoria antes del golpe. El 11 de septiembre del '73, tenía 13 años y sueños que se vieron truncados. “Mi padre andaba arrancando. Mi hermano Roberto de 18 años fue detenido el mismo 11 y mi madre iba todos los días a buscarlo porque no sabíamos dónde estaba. La familia se volvió disfuncional y tuve que asumir roles en la casa”.

Soledad ya no es la niña de los sueños. Hoy es la tesorera de la junta de vecinos y sus recuerdos del pasado tienen pocos colores. Habla de una población cercada y prisionera del miedo. La elección de reina dio paso al juego de las protestas: unos eran los pacos y otros, los pobladores. Los jóvenes dejaron de ser libres. Ahora sentían cómo les pasaban el yatagán por el cuero cabelludo. Eran obligados a pasar

descalzos por fogatas o sentarse en ellas. Vieron sus cuerpos adornados con perdigones.

“Vivimos todo ese terror. Los primeros años fueron terribles porque no sabíamos cómo venía la mano. Después fue como si la historia te obligara a tomar un rol en este proceso”, comenta su amiga Gloria Rodríguez, dirigente vecinal. “Al final, era defender tu vida. A nadie le preguntaban si era militante. Eras de La Victoria y atacaban a todo el mundo por igual”.

Las mujeres y los jóvenes tomaron el papel principal. La organización y la solidaridad ayudaron a convivir con el miedo. Así nacen las ollas comunes, los centros de recreación infantil, las escuelas para padres, los comités de cesantes, de los sin casa y de derechos humanos. Esos espacios facilitaron la coordinación entre las jefas de hogar y, a través de la Coordinadora Metropolitana de Pobladores, estaban en contacto con las otras poblaciones. También conformaron un comando poblacional con delegados de cuadradas. “Así nos preparábamos para defendernos del abuso”.

Durante las jornadas de protestas, el padre Pierre Dubois salía a la calle y André Jarlan atendía a los heridos en la improvisada posta de la capilla. “La estrategia del padre Pierre era la no violencia. Nos enseñó a perder el temor cuando venía una protesta. Cómo tapar las rendijas para que no entraran las lacrimógenas, cómo hacer las zanjas para que no pasaran los furgones, cómo enfrentarlos cuando pretendían entrar a las casas”, cuenta Claudina Núñez. “Los tipos disparaban encima de nosotras, pero sabíamos que no podían pasar porque si no los chiquillos los iban a agarrar a pedrazos e iba a quedar la crema”.

Las mujeres no se atemorizaban con la invasión policial. Era una costumbre. Tanto así, que hubo días que se despertaron con los policías revolviéndolo todo en el living de la propia casa. “A mi casa llegaron a las cinco de la mañana en cuatro autos”, recuerda Claudina. “Cuando los vi ya estaban adentro. Se demoraron como tres horas en llevarme porque afuera estaba lleno de vecinas que no los dejaban. Cuando uno de ellos sacó un arma, les dije que no hiciera nada, que me iba para que no pasara a mayores. Igual mi mamá pidió a dos vecinos que me acompañaran como testigos. Para que no me sucediera nada”.

Cada allanamiento era acompañado por una multitud. Había que saber a quién se llevaron, dónde, las razones y las condiciones del arresto. “Teníamos que saber todo porque si no tergiversaban la historia”, agrega Claudina, “como pasó con el asesinato de André. Primero dijeron que estaba en una protesta, pero se dieron cuenta que funcionó la red de información y demostramos que la versión de los pacos era falsa”.

La muerte de Jarlan el 4 de septiembre del '84 fue un momento crítico. La gente no quería creer. “Si se atrevieron a matar a un cura, qué podrían hacerle al resto”, pensaron. Partieron calle por calle contando que lo habían matado. Tocarón las campanas. Las velan inundaron las calles. La gente se juntó en la iglesia. Era una muchedumbre. Ahí lloraron. Por la muerte del cura y por las lacrimógenas que les regaló la policía. La gente le gritaba al cardenal Fresno: “¿Este es tu acuerdo de paz? Nos mataron al cura”. También tuvieron que parar a los que querían volar el retén policial.

La Victoria soportó 30 allanamientos masivos durante la dictadura. El negro listado suma siete jóvenes asesinados en protestas, dos detenidos desaparecidos, dos ejecutados políticos. “Nosotros vivimos cosas terribles, inimaginables, pero de alguna forma fuimos felices porque teníamos un objetivo común y la solidaridad se expresaba en una forma impresionante”, resume Gloria.

La muerte de Pinochet devolvió la risa a la población. El carnaval fue espontáneo. Fue una fiesta como de esas que le gustaban tanto a Soledad. Pero duró sólo el momento. La frustración que se apoderó de La Victoria persiste. “Es que lo dimos todo. Nuestra juventud, nuestra familia. Todo. Y nada ha cambiado”, dice la Sole. “En tiempos de la toma fuimos los callamperos, en dictadura fuimos los terroristas y ahora somos los narcotraficantes”, concluye Claudina.

Villa Francia: adiós a los niños

El pasado 10 de octubre, Luisa Toledo asistió al Cementerio General donde se sepultaron los restos de un ejecutado político. Los familiares le pidieron que dijera algunas palabras. Luisa miró al cielo y rogó a las víctimas de la dictadura que hicieran fuerza para mandar a Augusto Pinochet “al quinto infierno”. Al regresar a su casa, un llamado telefónico sorprendió a la madre de los hermanos Vergara Toledo. Su súplica había sido escuchada. Luisa se olvidó de almorzar ese día. Estaba en otra.

“Fue algo mágico”, cuenta Manuel, su esposo. A la casa de los Vergara Toledo llegó mucha gente esa tarde. Hubo abrazos, risas y brindis con vinos guardados por años para la ocasión. Más tarde, aparecieron las barricadas en las calles y los fuegos artificiales. Fue una explosión de alivio y felicidad.

Villa Francia fue otro de los lugares donde el 11 de septiembre de 1973 se esfumó la alegría y, de un garrotazo, se instaló el miedo. La capilla Cristo Liberador se convirtió en un buen refugio. Allí funcionaba la comunidad cristiana encabezada por el padre Mariano Puga. “La dictadura juntó a creyentes y no creyentes. Se rompieron muchas barreras y prejuicios para trabajar juntos por un objetivo común, que era fortalecer los compromisos sociales y políticos”, recuerda Manuel Vergara.

El grupo empezó a tomar fuerza a partir de la solidaridad. Cuando se llevaban a un detenido, la gente iba a buscar a sus hijos para que participaran en un grupo folclórico. Así no quedaban solos ni pensaban en sus padres todo el tiempo.

Paralelamente, las bases partidistas abrían las primera ollas comunes y creaban la Coordinadora Maipú-Las Rejas. “Discutíamos qué era vivir en dictadura militar y buscábamos reivindicar el programa de la Unidad Popular. La gente no sabía por qué estaba sin pega o por qué no tenía qué comer”, recuerda Hernán Figueroa, ex militante socialista y fundador de la Villa con la “operación sitio”, solución habitacional del gobierno de Frei Montalva basada en la autoconstrucción de la vivienda.

Los niños crecían alrededor de reuniones clandestinas, mimeógrafos artesanales y panfletos. Los adultos realizaban procesiones con pancartas y los jóvenes hacían rayados. “Los chiquillos rayaban y después pasaba la camioneta municipal borrando todo. Hasta que un día quemaron la camioneta no más”, cuenta Vergara padre.

Con el comienzo de la acción más política, llegó la represión. Y la represión fue respondida con la autodefensa. “Mi hijo menor, Rafa, creó una especie de milicia para defender la población con barricadas. Eran puros niños que iban a las 4 ó 5 de la mañana a buscar neumáticos a los vertederos. Se juntaban hasta 40 cabros y era re peligroso andar a esa hora en calle”.

La familia Vergara Toledo era conocida por la policía. Los hermanos Pablo, Eduardo y Rafael militaban en el MIR y los padres trabajaban en la Vicaría de la Solidaridad. “Era una pelea permanente contra los pacos”, cuenta Manuel. Una vez Pablo y Eduardo estaban haciendo un rayado. Llegó un oficial de la tenencia Alessandri.

Ellos no arrancaron. Le discutieron frontalmente. Y siguieran pintando. Pero la escena no terminó. “Ya sé donde viven, ya me las van a pagar”, dijo el carabinero. El 29 de marzo de 1985, Eduardo y Rafael pagaron en manos de carabineros.

Su muerte fue un golpe duro, pero no apagó la rabia en la Villa. Combatir al régimen dictatorial en la calle era una idea internalizada en la población. Para Alba Díaz también. Por eso aceptó su suerte de ser la madre de un niño combatiente. Por muy terrible que fuera escuchar balazos y no saber si su hijo iba a volver. Esperarlo horas, días, semanas. Pero nunca pensó en pedirle que dejara todo eso. Que pasara más tiempo en la casa. Seguro. A su lado. “Sabía que la única alternativa era luchar contra el dictador o someternos, y no, eso era imposible”.

El menor de sus hijos, Miguel Leal, militaba en las Juventudes Comunistas desde los 14 años. En 1984, su padre fue abatido en un enfrentamiento y quedó recluido, su casa allanada y Alba torturada. Esto impulsó a Miguel a dejar los estudios e ingresar al Frente Patriótico. Desaparecía por largo tiempo y cuando regresaba, Alba se llenaba de alivio y alegría. “Fue tan rico ese tiempo en emociones, en la comunicación con los hijos, con los amigos, con la gente. Aprendimos a vivir intensamente porque no sabíamos qué nos iba a pasar”.

Alba no participaba activamente en la resistencia. No podía controlar el miedo. Pero su detención la hizo reaccionar. “Ya me pasó lo que tenía que pasar, dije, sin haber hecho nada. La próxima vez, que me pase con razón”. Se sumó al taller de mujeres pobladoras que apoyaba a los jóvenes con alimentos y trasladaba los bidones con bencina para no despertar sospechas. “Salíamos a entregarles un vaso de leche y pan amasado casi al pie de la barricada”.

Un día, el destino cruzó una ráfaga de balas en el camino de Miguel. Era la protesta del 5 de septiembre del '86 y, además, el aniversario de las JJCC. El mitin tenía que terminar con algo grande. “Alguien gritó ‘las palabras no bastan, queremos hechos. El pueblo tiene hambre, vamos a la panadería’”, recuerda Alba y la voz le empieza a temblar.

Justo ese día, alguien hizo una denuncia por tenencia de armas. Varios micros y furgones policiales llegaron a allanar la Villa. También helicópteros. Miguel quedó encerrado en la panadería con otra compañera. Negoció el escape de la mujer, pero él no salió.

Miguel quedó inmortalizado en los muros de los blocks de la Villa Francia, junto a Eduardo y Rafael Vergara Toledo. Alba dice que le da pena no tener a Miguel. “Pero siento orgullo de mi hijo. De su decisión. De su manera de enfrentar la muerte”.

La Legua no se rinde

Fue el punto de resistencia más duro. Pobladores armados y trabajadores de la vecina textil Sumar se enfrentaron a las fuerzas militares. Un bus policial quedó completamente inutilizado. Una ambulancia de carabineros debió devolverse. Un helicóptero militar regresó a la base por la lluvia de proyectiles. La resistencia logró su objetivo pero perdió a tres de sus hombres en combate.

“La cabrería pedía armas y la gente enfrentaba el golpe en la calle. Si aquí se demoraron una semana en entrar los milicos”, recuerda Enrique Molina, dirigente social y fundador de La Legua por el año 47. Los intentos por acallar la resistencia se hicieron más feroces. El vuelo rasante de los aviones hacía temblar los techos. La amenaza de bombardeo parecía firmada. “Corría toda clase de rumores que buscaban acobardar a la gente para que no opusieran firmeza”.

El domingo 16 el escenario se tornó sombrío. En La Legua vieron llegar una muchedumbre de militares en tanquetas. Los helicópteros se sentían arriba de las cabezas. Con allanamientos y detenciones, apagaron a los insurrectos. “La columna de tanques cortó la población en cuatro. No podías salir a la calle y comunicarte con la gente del frente. ¿Cómo organizabas resistencia alguna así? Sacaban los hombres a la calle y los golpeaban delante de todos para producir espanto”.

Molina trabajaba en una cooperativa. Repartía leche para todos los compañeros en la población. Fue detenido en octubre del 73 con estadía por Tres Álamos y Capuchinos. Dos años después fue liberado y regresó. Pero La Legua era otra. El hombre intentó volver a lo suyo y reabrió su taller de armaduras metálicas. Pero nadie cruzaba el umbral. No había amigos ni clientes para alguien “marcado”. Ya no tenía leche que dar. Sin embargo, el primer 18 de septiembre de vuelta en casa quedó en su memoria. Escuchó que alguien golpeó la puerta. Fue a abrir y no había nadie. Miró al suelo y vio una botella de pisco envuelta en una bandera chilena. “Nunca supe quién la dejó. Pero entendí que había gente que no se atrevía a solidarizar conmigo públicamente”, dice emocionado.

La Legua fue recuperando el alma de a poco, pero la agudización de la cesantía y la pobreza generaron más rabia. La gente se acostumbró a dormir a sobresaltos. A ver caer bengalas desde los helicópteros. A vivir con un contingente policial afuera de la casa. A ver pasar “la micro”, que en cada redada se llevaba a cualquier desprevino sin razón.

La muerte del dictador fue casi una ironía. Ese domingo 10 se conmemoraban los derechos humanos y en la Plaza Salvador Allende se realizaría un homenaje a las víctimas de La Legua. En total 44. “Se inauguraba un monolito a los jóvenes caídos. Era un acto donde se consideraban unas cien o doscientos personas. De repente llegó todo el mundo a la plaza a celebrar la muerte de Pinochet. Fue una fiesta”, cuenta Miguel. Él no celebró. Quería ver destruido el mito por completo. “Estaba a una semana de ser declarado reo. El viejo zorro murió en el momento preciso”, se lamenta.

La banda sonora de los '80

Canto General Marisol García 31 de diciembre de 2006

Constatada la fiereza dictatorial en su afán por silenciar la música que sentía adversa, a los cantautores y grupos chilenos de esos años no les quedó otra cosa que ajustarse a un circuito precario, lleno de censura, amenazas y listas negras. Con ingenio, se podían levantar canciones de protesta y vivir para contarlas, como lo comprobó el Canto Nuevo. El rock, en cambio, eligió dar un paso al lado del debate de sus mayores.



La intolerancia del pinochetismo hacia la música popular fue, desde un principio, exagerada y cruel, y -tal como se recordó en La Cultura domingo (LCD) hace dos semanas- motivó una persecución que afectó de modo especialmente duro a los nombres vinculados al movimiento de Nueva Canción. A partir de 1973, el gremio musical tuvo en el asesinato de Víctor Jara un recordatorio emblemático de cuán lejos estaba dispuesta a llegar la Junta Militar. Sin embargo, no tardó en quedar de manifiesto la intrínseca ignorancia y torpeza de los represores, permitiendo una creatividad que podríamos llamar “de la desviación”. Gran parte de la música chilena de los años 80 ocurrió, es cierto, a pesar de la dictadura. Pero suele pasarse por alto que muchos de esos versos y hasta el tipo de influencias recibidas tuvieron que ver, precisamente, con el hecho de vivir con casi todo en contra.

DECIR SIN DECIR

Con su decisión de persistir en la música incluso en tiempos de inamovible toque de queda, Congreso terminó siendo una bisagra musical entre épocas y géneros. El bombardeo a La Moneda había truncado la grabación de su segundo álbum, “Terra incognita”, pero fue “Congreso” (1977) el disco más significativo en la apertura de un canto de protesta que encontró en los juegos de palabras su opción de supervivencia. En “Arcoiris de hollín”, el grupo cantaba sobre “cuatro jinetes negros/(que) pasan volando/Van levantando noche/niebla y espanto“.

Vendrían más ejemplos. Schwencke y Nilo llenó su cancionero de los años ‘80 de versos críticos más o menos oblicuos, incluyendo los de “Entre el nicho y la cesárea” o “El viaje” (“señores, denme permiso / pa’ decirles que no creo /lo que dicen las noticias”). Santiago del Nuevo Extremo plasmó ya desde su primer disco, “A mi ciudad” (1980), los versos de una desolación cívica mezclada con la gris cotidianeidad de la época (“como serán ahora tus calles, si te robaron las noches”), y Aquelarre encontró en el tributo a las grandes figuras de la Nueva Canción (con versiones para temas de Patricio Manns o “Gitano” Rodríguez) otro modo indirecto de exigir reivindicaciones.

No menos atrevido fue el trabajo de los cantautores solistas. Gente como Nano Acevedo, Hugo Moraga, Dióscoro Rojas, Eduardo Peralta y Julio Zegers fueron voces vivas de una labor que se asumía deudora del conflicto social. Los suyos podían ser gestos sutiles, pero profundos, como el tributo a Víctor Jara que Moraga urdió en “Estadio” y el saludo amplio que Zegers extendió a través de “Que vivan los que regresan” (1985). Nano Acevedo se convirtió en un incansable gestor de actividades asociadas al canto comprometido, incluyendo la mantención de la peña “Doña Javiera” y el sello Cantroal. La cantata fue el formato de protesta privilegiado por Ortega, cuyo estreno y grabación de su “Cantata de los Derechos Humanos” (en

coautoría con Alejandro Guarello y Esteban Gumucio) fue un hito de la voz opositora en 1978.

El género tenía en la trova cubana su ideal más poderoso, y fue fundamental la labor de Alerce en la distribución de esos cassettes. Muchas de esas ediciones incluían ligeros cambios, como la primera partida que tuvo en Chile el clásico "Días y flores" (1975), de Silvio Rodríguez, sin el título homónimo ni la famosa "Santiago de Chile" ("aquella ciudad acorralada por símbolos de invierno").

En la red de difusión, las aristas más recordadas son la revista "La Bicicleta" (ver recuadro), los programas radiales "Hecho en Chile" y "Nuestro canto", y espacios de música en vivo como la Parroquia Universitaria, el Café del Cerro, la Casona de San Isidro o los festivales de la ACU. Sus paredes contienen recuerdos indelebles de la tensión ambiente, en los que Pancho Sazo (Congreso) recuerda que "a veces, sentías más miedo por lo que podía pasarles a quienes te escuchaban que a ti". Lo supo bien Nelson Schenwke, de Schenwke y Nilo, quien debió autoexiliarse por un año en Alemania a raíz de sucesivas amenazas. "Nos dieron duro y nos quedamos callados", recordaba el músico en una entrevista de hace un par de años. "Pero había que empezar a decir las cosas y a asumirlo".

EL "IMBÉCIL BARBÓN"

Su "apego a loailable, la experimentación rítmica y su preocupación por entregar canciones con letras de fácil comprensión aunque no siempre digeribles para estómagos delicados" destacaba en una nota de 1986 el periodista (hoy cineasta) Cristián Galaz sobre la naciente voz rockera conocida como "el pop de los 80". La crónica consignaba que, "aunque algunos lo nieguen, son parte de una reacción al vacío musical de la última década, el rock tradicional, el heavy medio pasado y el Canto Nuevo en retirada".

La lista de enemigos detallada por Galaz excluía al más obvio, y es cierto que las nuevas bandas alrededor de Los Prisioneros no tenían un alegato específico contra la dictadura. Pese a ello, su afán subversivo era innegable, fuese desde una plataforma estética o de sacudida de los dogmas de clase y poder. Los nuevos grupos de rock y pop chilenos abrieron la mirada de su generación al cauce internacional, ése en el que Santiago o Concepción podían al fin saber lo que sucedía en los escenarios de Londres y Buenos Aires. Obviamente, los protagonistas del Canto Nuevo observaron primero con recelo a músicos ubicados en sus antípodas. 'Pop' seguía siendo en Chile una mala palabra para quienes recordaban la épica de la Nueva Canción, pero la generación nacida alrededor del Golpe no sentía suyos esos vínculos, y agradecía la reformulación del alegato cultural bajo formas más cosmopolitas y menos solemnes.

El punk llegaba a Chile mezclado en una misma colorida majamama con el tecno-pop y la new-wave. La protesta se permitiría desde entonces el humor suicida que bautizó grupos como Pinochet Boys, Fiskales Ad-hok, Índice de Desempleo o La Banda del Pequeño Vicio en plena administración militar. Eran bandas que extendían su disconformidad en un alegato estrechamente vinculado a la pintura, el diseño y el teatro. Ahí está la gorra de policía con la que cantaba Daniel Puente, de Pinochet Boys, o el bajo con forma de fusil M-16 que se fabricó Cristián Millas, de Índice de Desempleo. Aunque Jorge González ha reconocido más tarde que en su saña contra los trovadores había mucho de ignorancia, el famoso "imbécil barbón" de "Nunca quedas mal con nadie" separó las aguas entre una canción chilena profunda y autoconsciente, y otra que aspiraba a, en palabras del líder de Los Prisioneros, "hablarle a la gente como uno, y no encerrarse en una peña pensando que los que están adentro tienen la razón".

Muchos grupos prefirieron pasar de la censura militar jugando a ser frívolos. Aparato Raro, la banda de la famosa "Calibraciones", incluyó en su primer álbum al menos dos canciones de sorprendente coraje antidictatorial: Ciegos, sordos los que ordenan / mudos, cobardes los que entierran/ Si eres capaz de matar un hermano/ ya no hay en ti nada de humano", era el estribillo de "Dulce decepción", y en la sombría "Post mortem", Igor Rodríguez cantaba: "Tu pecho siente las explosiones/allá a lo lejos, en las poblaciones (...) /Éste es mi mundo, ésta es mi ciudad /todos han muerto pero ella está". En su siguiente álbum, "Blanco & Negro" (1987), colaron incluso un sampleo de un discurso de Fidel Castro.

Cuando la estupenda Banda 69 se burlaba de la retórica autoritaria en "El presidente" y se lamentaba de que "para pueblos como el nuestro no hay caminos ni salidas" ("Al son de nuestras penas") extendía la escuela Prisioneros de la que también aprendieron grupos como Emociones Clandestinas, observadores agudos de la opresión-ambiente en canciones como "¿Es esto revolución?" o "No me puedo acostumbrar". En las postales urbanas de las mejores canciones de Upa había, también, incontables referencias a la mala suerte de crecer bajo el pinochetismo. Aún suena fuerte la frase elegida para titular su segundo disco: "Que nos devuelvan la emoción". Ahí se incluía uno de sus grandes éxitos, "Ella llora". La mujer "desgarrada en una esquina" era, según Pablo Ugarte, la víctima de una bomba lacrimógena.

EL POBRECITO MORTAL

La dictadura regaló también la estampa refrescante de quienes eligieron dejar en evidencia el precario entarimado cultural a través de propuestas sin aparentes vínculos con su contexto. Florcita Motuda fue el más hábil para utilizar a su favor la vulgaridad de un régimen que quería que Chile se mirase en identidades impuestas por decreto. Al final, ¿no eran las plumas de "Sabor latino" tan ajenas a nuestra esencia como el traje de goma amarilla con el que lo presentó por primera vez Antonio Vodanovic en 1977? De la simpatía del músico por la izquierda y las ideas de Silo no se supo sino hasta avanzados los años '80, cuando su paso cómodo por el Festival de Viña y la televisión ya lo tenían convertido en una estrella. Pero el hombre que proponía que "Si hoy tenemos que cantar a tanta gente, pensémoslo" era el mismo que en 1987 se subió a la Quinta Vergara con una banda presidencial sobre el pecho y al año siguiente sacó al mundo un inolvidable "Vals imperial del NO".

Con un pie en el circuito del Canto Nuevo, pero la cabeza en las alturas de vanguardia del jazz-fusión, el grupo Fulano abrió puertas de experimentación que, dadas las circunstancias, fueron como una metáfora libertaria. Desde otro frente, Óscar Andrade agitaba el seso con un "Noticiero crónico" probablemente menos conflictivo de lo que parecía a primera escucha, mientras el baladista Osvaldo Díaz pagaba con la marginación de los antes cálidos espacios televisivos su progresiva disidencia de la dictadura. Mauricio Redolés desafiaba la ortodoxia musical de izquierda ("Blues de Santiago") a la vez que saludaba a su torturador ("Triste funcionario judicial") en "Bello barrio" (1987), un disco de "poesía & rock" (sic) publicado apenas pudo regresar de su exilio forzado en Londres (y que fue producto de culto hasta su reedición en CD). El país atestiguaba un escenario musical con vértices fijados por "Chilenazo" y el "Garage" de Matucana, los cantantes sin discos de "Sábados Gigantes", y los sampleos de cultura de desecho de Electrodomésticos. Convivíamos con creatividad pujante y ramplonería impune. Y, probablemente, todo lo que no fueran boleros de Patricia Maldonado eran para Augusto Pinochet como esos cuadros de Dalí frente a un militar que más tarde describirían Los Tres en "Sudapara".

Carlos Fonseca y el efecto Prisioneros

Fundador de la disquería y el sello Fusión, y manager durante los años '80 de Los Prisioneros, Emociones Clandestinas, La Ley, Nadie y Pablo Herrera, Carlos Fonseca enfrentó la gestión del nuevo rock y pop chilenos como quien debía levantar un edificio a partir de cenizas. Había llegado a Santiago en 1981 desde Buenos Aires y, según él, “me encontré con un país en el que no había nada y la relación de la gente con la música era muy ‘light’”. Reconoce en su trabajo de entonces una intención cultural, si bien “yo no conocía la tradición de rock truncada por el Golpe. Jamás vi el trabajo de las bandas como una cita de eso y, tal vez, si hubiese tenido mayor conciencia del riesgo de esa continuación no lo hubiese hecho”.

-¿Les molestaba realmente el rock a los militares?

-Al principio, no. Su inquietud estaba sobre el Canto Nuevo y la gente que seguía la trova cubana. Se demoraron un buen rato en darse cuenta del efecto de Los Prisioneros. Yo salía a pegar afiches, y algunas veces los pacos me preguntaban que por qué ese nombre. “Es que se sienten prisioneros de la música, de sus problemas”, les decía yo, cualquier cosa. Pero nunca me llevaron detenido ni nada. Además, en ningún tema del primer disco del grupo había un ataque directo a la dictadura ni un tributo a Allende, por ejemplo. Nunca salimos en el Canal 7, eso sí, y su censura quedó de manifiesto cuando, en la Teletón del '85, el canal se descolgó de la transmisión apenas aparecieron Los Prisioneros.

-¿Cuál crees que era la intención política de Jorge González?

-Creo que siempre fue más social que política, si bien él fue teniendo un giro que se fue al chanco ya para “La cultura de la basura”, que además coincidió con la cercanía del plebiscito. Después de lo que dijeron en una conferencia de prensa comenzó la censura heavy. Recuerdo que llegué a Chile después de un viaje y me encontré con el titular: “LOS PRISIONEROS VOTARÁN QUE NO”. Pero ellos tenían otra visión de la música: querían ser exitosos, y en todos lados. Por eso no circunscribían las letras a Chile. Ahora, con el tiempo, uno se da cuenta de que pese a eso la gente convirtió esas canciones en una herramienta de lucha contra la dictadura. Por eso Jorge se incomoda cuando le preguntan sobre esto, porque él nunca se sintió haciendo canciones de protesta.

EL CANTO DEL EXILIO

Aunque hay quienes prefieren creer que la Nueva Canción Chilena pudo seguir desarrollándose en Europa, lo cierto es que el Golpe de Estado fue una herida demasiado profunda como para seguir observando una continuidad colectiva en ese género. Más que un movimiento, lo que hubo fue el esfuerzo aislado de cantautores que elegían recordar, defender o llorar a la patria desde una perspectiva particular. La distancia dio pie a canciones alusivas tan hermosas como “Ni toda la tierra entera”, de Isabel Parra, o emblemáticas, como “Vuelvo” (Inti-Illimani) y “Cuando me acuerdo de mi país” (Patricio Manns).

Sin embargo, también existió un rock chileno del exilio, del cual el grupo punk Corazón Rebelde (liderado por “Cacho” Vásquez) fue el representante más interesante, y que levantó canciones como “Santiago” o “Valparaíso” en pleno París. El destierro forzado terminó también a la larga por incidir en la generación posdictadura, como queda en evidencia con los muchos hijos de chilenos que han desarrollado una valiosa carrera en el circuito europeo de música electrónica (Ricardo Villalobos, Martín Schopf, Matías Aguayo).

Pero también las visitas desde el extranjero tenían en el Chile de los '80 una connotación especial, fuese la de chilenos voluntariamente alejados -qué duda cabe sobre el hito que constituyó la venida de Los Jaivas, en 1981- o la de extranjeros que elegían llevar hasta las últimas consecuencias la rigidez militar, como cuando Joan Manuel Serrat desafió su prohibición de entrar al país con un vuelo desde Buenos Aires que, por supuesto, le permitió mirar apenas la loza de Pudahuel.

"LA BICICLETA"

La foto de Silvio Rodríguez en la portada de su edición número 9 convirtió a "La Bicicleta" en un cauce emblemático para la difusión del arte chileno bajo dictadura. Fundada en 1978, la revista alcanzó a editar 75 ejemplares hasta su cierre, en 1990. Entrevistas a los trovadores cubanos fueron los "golpes" con que la publicación se impuso como referente periodístico de peso. Si bien suele recordársela por su valioso seguimiento del Canto Nuevo, la revista también fue importante para los aficionados a la poesía, el cuento y el comic. El personaje "Súper Cifuentes", del dibujante Hervi, era el superhéroe ajustado a las dificultades del Chile de la época, gran parte de cuya juventud aprendió a tocar guitarra con los cancioneros allí impresos.

Lugares emblemáticos de la movida nocturna

Santiago underground

Juan Carlos Ramírez LN 31 de diciembre de 2006

En los ochenta, algunos descubrieron que moverse era mejor que lamentarse de la situación país al ritmo del canto nuevo. En ese rito de noche, alcohol, música y pastillas "Católicas", el Garage Matucana, El Trolley, el Café del Cerro y Los Canallas fueron escenario de nuestra "Fiesta interminable".



Este sitio cerró en 1992 con las escuetas palabras de su dueño, Mario Navarro: "fuimos taquilleros y fuimos snob también".

Cuando Jorge González dedicó a los asistentes del Café del Cerro -antro ubicado en Ernesto Pinto Lagarrige 192- "Nunca Quedas Mal Con Nadie" una fría noche de 1984, no sólo electrocutó la Nueva Trova y sus metáforas, sino que también rompió todas las sillas donde una generación de universitarios y escolares -retratada en el excelente documental "Actores Secundarios"- esperaba el fin de la dictadura. Ahora la resistencia era de pie, bailando, agitando la coctelera del punk, new wave y electropop, estilos que aterrizaron en el país juntos y revueltos.

La movida under de la era ochentera creció entre galpones y tugurios. Un extrañísimo cordón contracultural de artistas, poetas, rockeros, actores y filósofos que a Pinochet y sus asesores no les importaban demasiado. El peligro estaba en las poblaciones, no en El Trolley o las fiestas Spandex. El mismo Jorge González se

reía en la inédita canción “Generación de Mierda” sobre cuicos que bajaban de Vitacura “a huevear a Matucana, llorar la pobreza y jugar al perseguido por la sociedad”. Pero nuestra “fiesta interminable” fue mucho más que niños ricos con tristeza. Fue el destape antes de un destape que nunca vino, la vuelta a la calle como lugar de encuentro, la pérdida del temor. Una mística que desapareció el mismo día que el general le entregó la banda presidencial a Patricio Aylwin.

LA FIESTA INTERMINABLE

Jordi Castell de pantalones apretados sobre un cubo bailando “Vogue” de Madonna en las fiestas Spandex; Los Electrodomésticos celebrando el cumpleaños de Pinochet en el Garage Matucana (y tras el atentado contra las torres de alta tensión de rigor, usando los equipos de iluminación de unos videístas españoles que grababan el evento); Christopher Reeve, en el mismo lugar, leyendo un mensaje de apoyo a los 78 actores nacionales amenazados de muerte por un oscuro comando denominado “Trizano” en diciembre del ’87; la primera bienal underground organizada por Vicente Ruiz en El Trolley. Todos flashbacks de los años que vivimos -vivieron- en peligro. Eventos que terminaron con el lamento del “apagón cultural” que muchos usaban de excusa para no hacer nada.

“Si eras estudiante, participar de eso te cambiaba la vida. Te dabas cuenta que bailar o apoyar una obra de teatro era hacer política también. Veías lo que pasaba en Santiago y te motivaba a hacerlo en regiones. El problema es que pasaron los años y te preguntas dónde chucha terminó toda esa energía. ¿En los Fondart?”, dice Cecilia Ramírez. Ella estudió historia en la Universidad de Concepción y la movida de la ciudad, más reducida pero igual de potente, la compara con la de la capital, donde sus amigos la invitaban a “cachar la onda”. Y no solo era la música desde el pop de Los Prisioneros hasta el post-punk de Pinochet Boys -admirados por el siempre combativo Jello Biafra de los Dead Kennedys-, también estaba el teatro.

No por casualidad tras la función de prensa de la película “Manchester, la fiesta interminable” el año pasado, Italo Passalacqua dijo: “Buena. Se parece demasiado a las fiestas Spandex”. Claro, porque el filme narraba el desenfundado nacimiento en galpones de la escena acid house en Inglaterra, la comunión entre los adolescentes que resistían bailando a la derechista -e íntima de Pinochet- Margaret Thatcher. Esta lógica se repitió acá en lugares como la disco gay Fausto o el viejo teatro Carrera, con la misma música aunque agregando a Sumo o Florcita Motuda, píldoras (“Católicas”, “Tonariles”), mucho alcohol y los shows de transformistas, ante el espanto -y fascinación- de una prensa que hacía reportajes sobre estos “jóvenes locos” que estaban demasiado felices esperando el plebiscito.

SANTOS LUGARES

Con 67 allanamientos y un santo y seña para cada día transmitido en clave por la Radio Colo-Colo, “Los Canallas” ubicado en San Diego 370, era el restaurant firme junto al pueblo, protegiendo a los comensales hasta el amanecer, cuando terminara el toque de queda. Victor Painemal, su dueño decidió dejar la contraseña: “Chile libre, canalla” tras la noticia de Pinochet atrapado en The London Clinic. Posiblemente habrá un plato en honor al nuevo estatus del finado, así como existe el “Vitalicio”, “Amongelatina” y “Terrorista” entre otros platos rebosantes de prietas, loganizas y papas.

A pesar de que la Asociación de Amigos del Arte y dueños de locales de Bellavista, gracias a sus festivales organizados entre el ’85 y ’88 sacaron a la gente de sus casas, activando el barrio, el temor de hablar demasiado alto y la paranoia por los sapos de la CNI, invadían todo. Aunque una buena guitarra eléctrica podía hacer

perder el miedo. En el documental “80s” de Eduardo Bertrán, se nos recuerda que tras las lamentables canciones de Álvaro Scaramelli o Engrupo pasadas una y otra vez por la tele, estaba Mauricio Redolés o Fiskales Ad-Hok revolviéndola en El Trolley.

El lugar de San Martín 841, era una ex sede sindical rodeada de prostíbulos ubicada al lado de los cuarteles de Investigaciones. Ahí se podía ver a Bruna Truffa, Patricia Rivadeneira o Pedro Lemebel marcando el ritmo de “El frío misterio” de Electrodomésticos. Gente como Ramón Griffero, uno de sus fundadores, se encargó de organizar las obras de teatro (más de 150 pasaron por acá, incluyendo la celebrada “Cinema Utopía”), presentaciones de libros, danza, ciclos de cine (con Gonzalo Justiniano) o lecturas de poesía encabezadas por Santiago Elordi o Cristian Warken quienes además publicaban “Noreste” con sus “noticias que siempre serán noticia”. El recinto actualmente es un centro cultural y sala de teatro.

Mucho más frontal era el Garage Internacional de Matucana. Jordi Lloret, quien heredó este taller mecánico de su padre tras una mala administración de terceros, decidió no valerse de la clandestinidad aunque al principio se diera a conocer gracias al boca en boca. Al poco tiempo el local, con capacidad para unas 500 personas, se repletaba en eventos como la “Fiesta del Montón de Inscritos” donde para entrar debías presentar tu carnet electoral. Mientras por las tardes se jugaba ping pong y escuchaba Sol y Lluvia, en las noches tocaban bandas, las mismas que en El Trolley, y se bailaba The Smiths. Después de su cierre en 1989 terminó convertido en una fábrica de rodamientos. A propósito de la fiesta que pretende revivir el espíritu del local con los shows de Emociones Clandestinas y Carlos Cabezas este 5 de enero en la Quinta Normal, Lloret dice que no tiene nada que ver. Que es un evento que se cuelga de la moda ochentera y nada más que eso.

La movida subterránea santiaguina de los ochentas utilizó el rock, las artes, el teatro y la poesía como herramienta política. Oxigenada por los hijos de retornados; la información que llegaba de revistas, videos o de amigos que vivían afuera y sobre todo por el entusiasmo de botar todas las sillas y ponerse a bailar mientras todo lo que cae en pedazos vuelve a su lugar.

Matucana 19

Jordi Lloret

Por el frente de Matucana 19 pasó el Papa polaco. El almuerzo papal con buena cazuela. Mucha gente en la calle. Nos trajimos cuerdas de seguridad y una bandera del Vaticano. Arturito Miranda se la pidió prestada al polaco. Enzo Blondel me comenta por teléfono que el Papa fue muy amable con Arturito y por eso que la bandera vaticana flameo muchos días después en la escalera del segundo piso del Garage. El papamovil dobló por la Alameda y cientos de gentes saltando y gritando que va a caer y los pacos dando. Con la Estación Central como testigo de metal.

Matucana con Alameda, esquina bella, donde había un bar llamado Copacabana, con Wurlitzer y cumbias donde bailaban los mapuches.

Saltamos un rato y nos metimos al garage a un almuerzo. Estaban la Maca Infante, la Amanda Jara, Carmen Bertoni, Rosa Lloret, Víctor Codocedo, Miguel Vicuña, Marcos Aguirre, El Flaco Estivil y la Claudia Bonhauser, Arturito, el Enzo Blondel, el negro Albornoz, Milton Lu.

Entonces al sábado siguiente una fiesta vaticana, con músicas variadas, las luces inventadas en unos tarros de leche Nido, Tivi Star el vocalista de los Dadá o Gatica el vocalista de los Jorobados, dejando cuerdas vocales en el aire frío del galpón. Y

sobre una pared de cal, el Enzo pasando una película en blanco y negro. Esos noticiarios Nodos donde el Presidente Ford entraba al salón oval de la Casablanca. Mientras el mismo Blondel en eskate dando vueltas por allí, sombreando al gringo. Jugando pinpon con Reave el superman, gallo simple, solidario. Vino a Chile porque el dictador y sus amigos amenazaban de muerte como quién hace zaping en la tele.

Matucana 19 donde se hicieron las primeras fondas distintas. Donde Mauricio Celedón y el Teatro del Silencio elevaron el teatro a alturas mundiales. Como Andrés Pérez o el grupo La Troppa dando vueltas por el barrio.

O los murales de Codocedo, Alborno, Achurra, Lu. O los de la contingencia sicodélica con Pablo Domínguez, Rodrigo Hidalgo, Mauro Jofré. Y las tocatas de los Electrodomesticos, allí en el galpón vestido de gala, con el med aficionado a grabaciones de radios, donde Jimi el predicador parecía el contrapunto a Merino hablando los martes. Ese Jimi Cabezas guitarreando por los Ángeles Negros de nuestros corazones. Ese Silvio Paredes al buen bajo y diseños de afiches modernos vigentes hasta hoy. Y me viene al escribir el decir que Matucana fue el renacimiento de la mitad de la creación chilena en ámbitos como los ya parrafeados: teatro, pintura, música, poesía, cómic, fotografía. Escribir sobre esto me tiene alegre. Lo que allí realizamos e inventamos hoy está vivo. Escucho a "Pirincho" Carcamo poniendo a Sumo y su Noche de Paz. La Roser Forch del cine Arte Alameda y una tocata reciente de Los Mismos. Cabezas en la batuta donde el dj es de Los Fiscales Ad-hok. Vamos a parir con Alfonso Godoy la nueva revista "Matucana".

Conversando con Antonio Becerro ayer por la Bellavista off. Pasando en frente del Café del cerro como esperando una tocata de los Fulano. Pensando en el proyecto de que en cada ciudad de Chile exista un centro de cultivo, que eso es cultura también, para que todas las generaciones podamos querernos esos diez mil años de historia que tenemos en el cuerpo chinchorro, esos 300 años de rebeldía mapuche.

Matucana, una machi errante por Traiguen. Una acción cultural por una democracia más profunda e igualitaria. El Trolley, la caja negra, la casa de blanco, la U. de Chile y la caída de Federici y esos cientos de lugares anónimos que hicieron de la fiesta y la creación una forma de crecimiento personal y colectiva, en medio del miedo y los exilios, tratando de tejer otro poco nuestra identidad del sur del mundo, nunca saliendo del patio del liceo Alemán, como decía Enrique Lihn. Viva Chile.

LA ALIANZA DEMOCRÁTICA SURGIÓ EN 1983 PARA REUNIR A DOS CULTURAS POLÍTICAS QUE ANTES SE HABÍAN ENFRENTADO

El ADN del pacto de la DC y el socialismo

Rafael Fuentealba LN 31 de diciembre de 2006

Al calor de las protestas que sucedieron a la crisis económica que comenzó en 1982, la oposición de centro e izquierda moderada se articuló en un instrumento que está en la base del pacto histórico que facilitó la transición y la formación de la actual Concertación.



Sergio Onofre Jarpa era embajador en Argentina en el otoño de 1983. En Buenos Aires, una ciudad donde el retorno a la democracia se hacía irreversible empujado por la derrota de Malvinas, el ex senador del Partido Nacional se enteró de cómo la crisis económica en Chile se disparaba. El 13 de enero el ministro de Hacienda, Rolf Luders, había decretado una dramática intervención del sistema bancario, los indicadores de empleo, inversión y exportaciones se derrumbaban y la oposición, tanto la tolerada como la clandestina, al fin encontraba la ventana de oportunidad para someter a presión al general Augusto Pinochet, que apenas dos años antes había trazado un luminoso cuadro de acceso a bienes durables para los chilenos gracias al modelo neoliberal.

El sorprendente estallido de la primera protesta del 11 de mayo, una jornada transversal desde el punto de vista geográfico y de clase en rechazo a la dictadura, obligó al bunker en que se había convertido La Moneda a reevaluar sus parámetros y el concepto de “plan político” se diseminó por los intersticios del régimen. Para esa función de distensión no servía el ministro del Interior, el hosco general (J) de la FACH Enrique Montero Marx, acostumbrado a la mano dura y a la intransigencia programática.

Aplacar a la base sociológica de sustentación del Gobierno -los gremios orientados al mercado interno, que habían sido claves en el asedio a la Unidad Popular y que ahora sufrían los costos del shock financiero- y contener a los opositores requería de una figura simbólica que remitiera a la vieja república. Esto llevó a Pinochet a resignarse a lo que para su fuero íntimo constituía una derrota: compartir la iniciativa con un “señor político”. Así se convirtió Jarpa en jefe de gabinete, mandatado a regañadientes por el general a ensayar una “apertura”. Para ello el ex parlamentario -de talante más nacionalista y autoritario que liberal- requería de interlocución y mediación. Esta segunda función la asumió la Iglesia Católica. La primera, la recién estrenada Alianza Democrática (AD).

Lo que la apelación democrática y la defensa de los derechos humanos no habían articulado, lo hizo la debacle de la economía. En el verano del '83 un grupo de ex legisladores -en parte también azuzados por la nostalgia de los ritos del Congreso- optó por hacer política a través de una sociedad comercial: el Proyecto de Desarrollo Nacional (Proden). Su rostro fue un ex senador DC de furioso pasado antiallendista reconvertido en soldado del ala izquierdista de la falange llamado Jorge Lavandero. La vinculación que el Proden estableció con el movimiento sindical fue decisiva en las primeras convocatorias a protestas.

Manifiesto

Al calor de éstas se fraguó la Alianza. Su antecedente fundacional se produjo el 12 de marzo. En esa fecha un grupo de opositores suscribió el “Manifiesto Democrático”, un documento orientado a incentivar el diálogo partidario en la perspectiva de una democratización que incluyera la instalación de una Asamblea Constituyente. Sus firmantes fueron los DC Gabriel Valdés y Patricio Aylwin, quienes en una mesa de consenso de chascones y guatones dirigían el partido desde mediados de 1982; el socialdemócrata Luis Bossay; los radicales Enrique Silva Cimma, Luis Fernando Luengo y Duberildo Jaque; los socialistas moderados Ramón Silva Ulloa, Hernán Vodanovic y Julio Stuardo; y los liberales Hugo Zepeda y Julio Subercaseaux.

Este texto está en la matriz del más relevante bloque que enfrentó a la dictadura hasta la constitución del Comando del No -luego Concertación- en el verano de 1988, ya que eso fue la AD desde su configuración el 6 de agosto durante una cena de desagravio a Gabriel Valdés, detenido por llamar a la protesta de julio.

Aunque el encandilamiento de 1983 no permitió aquilatar la envergadura de este hecho, en la Alianza está inscrito el ADN del acuerdo que luego permitió la transición y que se ha proyectado hasta hoy: la coalición entre socialismo y humanismo cristiano, dos densas vertientes ideológicas que hasta el golpe habían estado enfrentadas y que sólo a fines de los ’70 iniciaron un proceso de acercamiento basado en dos pilares. De un lado, la voluntad falangista de modificar el mesianismo del camino propio, buscando un pacto de gobernabilidad hacia la centroizquierda, y por otro costado la revaloración que un sector importante de la izquierda hace de la democracia “burguesa” y del esquema socialdemócrata, un camino que sin vuelta atrás distancia a esta franja del PS, el MAPU y la Izquierda Cristiana de los “socialismos reales” de la órbita soviética y del histórico frente con el Partido Comunista.

Si bien en la Alianza Democrática la columna vertebral -lo que le da finalmente sentido- es el entendimiento entre la falange y el socialismo renovado, primero PS Briones y luego PS Núñez, al conglomerado se sumaron otras expresiones entonces de vivir precario y futuro impreciso: el radicalismo “del interior”, alejado ya del espacio de la UP; la Socialdemocracia, también de indudables rasgos radicales; la Unión Socialista Popular (Usopo) y dos agrupamientos de derecha democrática que venían del tronco que hasta 1973 fue el PN: el Partido Liberal y el Partido Republicano.

DESPUÉS DE DIEZ AÑOS

Apenas instalado en La Moneda, Jarpa -cuyo estreno fue marcado por el despliegue de 18 mil soldados en las calles de Santiago y un balance de 26 muertos, aunque él en rigor no planificó esa virtual “ocupación” de la ciudad- buscó dialogar con lo que pasó a llamarse “oposición democrática” nucleada en la AD para diferenciarla de la “insurreccional” o “marxista”, que a fines de septiembre se plasmaría en el Movimiento Democrático Popular (MDP), surgido precisamente una vez que el PC fue notificado de que su incorporación a la Alianza o a una coalición más ancha imposibilitaría cualquier trato con la dictadura.

El primer frente a frente en diez años entre el autoritarismo y sus adversarios se escenificó el 25 de agosto en la residencia del arzobispo de Santiago, Juan Francisco Fresno, en la ñuñoína esquina de Simón Bolívar y Suecia. En la ocasión la Alianza presentó sus “Bases del diálogo para un gran acuerdo nacional”. La plataforma opositora contenía tres ideas evidentemente maximalistas: convocar a una Asamblea Constituyente para generar una nueva Constitución, dejando aparcada la del ’80 -que la AD consideraba “ilegítima” en su origen-; forzar la

renuncia de Pinochet e instalar un Gobierno provisional cívico-militar que en un lapso breve condujera al país a la plena democracia.

Jarpa le aseguró a la AD que tenía facultades, aunque advirtió casi de entrada que la dimisión del general no estaba en la agenda de lo posible, si sugirió que tenía luz verde desde la Presidencia para poner acelerador a la legalización de los partidos, adelantar la instalación del Congreso y hacer un viraje económico.

No les dijo sí a los contertulios que su programa también incluía la creación de un movimiento partidario que diera sustentación a la reproducción política del régimen militar. Pero como la oposición creía -probablemente también lo pensaba el propio Jarpa- que Pinochet no duraba en el poder hasta 1989, la cuestión del plebiscito de 1988 y del candidato no asomaron en el horizonte.

Una segunda bilateral se materializó el 5 de septiembre en casa de Fresno nuevamente. Sin embargo, a pesar de la recomendación del ministro del Interior, la Alianza no cedió en convocar a la quinta protesta, ya que el sentimiento dominante en ésta era que sólo este mecanismo permitía al Gobierno sentarse a negociar. Detener la movilización social descapitalizaría a la oposición.

Además, el PC no estaba dispuesto a abandonar una línea de acción que, aparentemente, en menos tiempo que el planificado le estaba dando la razón a la estrategia lanzada en 1980 de “todas las formas de lucha” representada en un FPMR que se aprestaba a debutar en diciembre de 1983.

El 5 se habló de recortar el período de Pinochet vía reforma constitucional, de terminar con el exilio y de realizar elecciones generales libres y abiertas. Pero en esa reunión ocurrió algo clave al proponer Jarpa que la AD se sumara al Consejo de Estado, órgano asesor al cual se había instruido iniciar la elaboración de las leyes políticas. Esto complicó a los hombres de la Alianza, que no querían ser cooptados desde palacio y exigían un calendario breve y conciso de democratización.

El 11 de septiembre Pinochet dio a entender que efectivamente estaba dispuesto a adelantar el Congreso. Esto se interpretó como aval a la gestión Jarpa. No obstante, el Ejecutivo no definía caminos concretos y la irritación comenzó a permear a los dirigentes opositores. Mirado desde la superficie, parecía que Pinochet estaba tan endeble que apenas acentuar la movilización social lo haría caer rápido y entonces para qué la ritualidad del diálogo con Jarpa, que sólo permitía al bunker ganar tiempo.

EL FIN

El 29 de septiembre fue el tercer encuentro. El portavoz de la AD, el timonel DC Gabriel Valdés, volvió a postular la Asamblea Constituyente para 1984, propuso una comisión paritaria para redactar en 120 días las leyes políticas, pidió un plan económico alternativo y la “civilización” de la conducta verbal del Gobierno. No alcanzó a haber respuesta. El 2 de octubre Pinochet declaró que la Constitución “no se alterará” y que “los políticos podían seguir conversando no más”, pero que esto a él no lo inquietaba. El diálogo entre la AD y el régimen estaba fracasado. Pinochet había confirmado el aspecto más intransigente y calculador de su personalidad al haber autorizado una negociación que en definitiva no estaba dispuesto a aceptar en sus resultados.

El ex senador Jarpa siguió en 1984 intentando reflotar su plan de democratización controlada y estimuló para ello la resurrección partidaria de la derecha -a través de Andrés Allamand-, en la paradójica circunstancia de que él mismo en septiembre de 1973 había disuelto al PN al resolver que la acción política sólo la harían los militares. Incluso durante el '84 avanzó en una enmienda que también pareció

contar con el apoyo de Pinochet. No obstante, en esta vuelta fue la Junta de Gobierno -donde radicaba el poder legislativo y constituyente desde el 11 de marzo de 1981- la que se encabritó y Jarpa volvió a quedar sin piso. Su ilusión aperturista terminó en febrero de 1985 al ser reemplazado por Ricardo García.

La Alianza siguió en 1984 manteniendo en alto la bandera de la vuelta a la democracia -se había convertido ya en uno de sus voceros temporales el fogoso economista socialista Ricardo Lagos- en un febril cuadro de nuevas protestas y más violencia urbana y guerrillera. No obstante, cada jornada de movilización evidenciaba también que la oposición se estrellaba contra un muro infranqueable si operaba desde la lógica paramilitar.

A mediados de 1985 el arzobispo Fresno lideró el Acuerdo Nacional -cuyo centro ideológico fue la AD, aunque la clave de este pacto es que sumó una pata en la derecha, Unión Nacional, y otra en la Izquierda Cristiana-, pero La Moneda a esas alturas creía haber recuperado el control público, la economía había salido del peor momento y el gremialismo estaba de regreso en el poder.

El agotamiento del esquema de la caída del régimen y de la refundación democrática en sus dos versiones, la ruptura democrática y la vía insurreccional, se prolongó hasta 1986. Ese año el PC creyó que el asalto al “palacio de invierno” estaba a la vuelta de la esquina y lo proclamó el “año decisivo”: internó centenares de armas por Carrizal Bajo y disparó contra Pinochet en el Cajón del Maipo. El fracaso de ambas apuestas por hacer estallar la historia le puso la lápida al ciclo inaugurado con las protestas más de tres años antes.

La AD dejó de tener sentido el 21 de diciembre de ese mismo año. Ese día el PS renovado comunicó, a través de Ricardo Lagos, que se iba del pacto. El partido quería independizarse, porque al final del día la Alianza se había hecho rutina en su operatoria y los socialistas sentían el llamado atávico de su historia y querían buscar entendimientos con la izquierda. El PS quería explorar un frente más amplio.

Sin embargo, un proceso subterráneo más profundo venía desde julio de 1984, cuando en un seminario del Ichech, Aylwin planteó el reconocimiento de facto de la Constitución como un cuerpo legal que regía y que creaba derecho, lo que supuso la aceptación del itinerario del régimen como el marco dentro del cual la oposición debería desenvolverse y tratar de modificarlo a su favor.

El diseño de Aylwin se hizo hegemónico en la DC a mediados de 1987 cuando éste derrotó a Ricardo Hormazábal, que encarnaba los restos del valdesismo anclados en la movilización social y la impugnación de la Constitución. A esas alturas la Alianza se preparaba para -sumando al PS Almeyda en 1988- convertirse en materia prima de la Concertación a través del voto No en el plebiscito. Otra historia.

La historia de la Alianza Democrática

René Abeliuk

La real historia de lo que fue la oposición a Pinochet hasta el épico triunfo del plebiscito del Sí y el No del 5 de octubre de 1988, y de la elección presidencial de Patricio Aylwin al año siguiente, con sus avances y retrocesos, sus problemas y sacrificios, incluso de la vida, está aún por escribirse, ya que todas las versiones publicadas son incompletas, y parciales, según el sector que de la versión respectiva.

Inicialmente hubo muchos encuentros y conversaciones que fueron restableciendo la capacidad de diálogo y la tolerancia a las opiniones ajenas, incluso con los sectores más perseguidos de la UP. Las embajadas y oficinas profesionales prestaron un gran servicio en tal sentido, pues sus distintos actos fueron lugares de encuentro.

Finalmente se produjo una cierta maduración del actuar opositor a raíz de los encuentros que se generaron en las campañas contra la consulta de 1978 y de la Constitución de 1980. Impuesta ésta por la dictadura, se generó un acercamiento ante la consolidación, al parecer muy sólida, del régimen dictatorial. Ello dio paso a conversaciones, cuyos principales actores fueron Tomás Reyes, por la DC con el respaldo de Gabriel Valdés que hacía sus primeros pasos como Presidente de su partido; Luis Bossay Leiva, por la Socialdemocracia, Carlos Briones, por la fracción del Partido Socialista, que representaba en Chile la línea de Altamirano, y Enrique Silva Cimma, por el Partido Radical. A ellos se agregaron sectores de derecha democrática, agrupados posteriormente en torno al Partido Republicano, conducidos por Armando Jaramillo. Su importancia y la de su grupo derivaba justamente de provenir de la derecha, para probar que no toda ella apoyaba la dictadura.

Finalmente, el sexto representante en la Alianza fue la Usopo, liderada por un antiguo socialista, Ramón Silva Ulloa, que no había pertenecido a la UP, por lo cual podía actuar con relativa tolerancia del gobierno militar.

Apenas formada, la Alianza Democrática se lanzó después del Manifiesto Democrático en que llamaban al pronto término de la dictadura. Su lanzamiento coincidió con el llamado diálogo de Jarpa, por lo que Pinochet con su carácter cazurro lo aprovechó para decirle a sus compañeros de armas:

“¿Cómo puedo dialogar y ponerme de acuerdo con quien empiezan por pedirme que yo me vaya?”

En verdad el diálogo fracasó cuando Pinochet creyó que había superado la crisis económica de 1982, y dominado las protestas; salió Jarpa del gobierno y sus sucesores trataron de volver a la represión política previa, pero ya el país era otro, y la Alianza funcionó hasta que dio paso a la Concertación.

En la izquierda hubo una réplica a la Alianza, encabezada por el PC y PS de la fracción Almeyda, y otros grupos menores que constituyeron el Movimiento Democrático Popular (MDP).

La Alianza tuvo activa participación en las protestas que continuaron hasta bien entrada la década de los años 80, y que fueron dando origen a agrupaciones y actividades sociales, que culminaron en la Asamblea de la Civilidad, en que hubo además un puente con el MDP.

Se emitían además declaraciones, y se desplegaba la mayor actividad política posible. Participaban por la DC su presidente Gabriel Valdés, y también el secretario de la Alianza tenía esa misma militancia. Por el PS Briones, además de éste, comenzó a actuar y destacar un joven líder: Ricardo Lagos Escobar, y también Hernán Vodanovic. Por el PR además de Silva Cimma concurrían Eduardo Jara y Ricardo Navarrete. Por la SD, dejó de ir Bossay por su enfermedad que lo llevó a la muerte, y lo reemplazamos Mario Sharpe y yo. A Armando Jaramillo lo acompañaban Julio Subercaseaux, Javier Díaz u otros. También Gastón Ureta presidió un Partido Liberal, que se integró a la Alianza. Por la Usopo, participaban el mencionado Ramón Silva Ulloa, y el abogado Jorge Nimsptch.

A la Alianza Democrática le tocó pasar de la mera protesta, a una acción política buscando la permanente ampliación de la oposición, lo que la llevó a entrar en contacto con sectores del régimen proclives a la apertura democrática, lo que se tradujo en el Acuerdo Nacional, al mismo tiempo que se ampliaba la presión de gremios y agrupaciones sociales.

Las protestas culminaron con la detención de su directiva por la dictadura, quien finalmente tuvo que liberarla por la presión internacional.

Su agotamiento llevó a una especie de empate político que finalmente impulsó a la Alianza a una decisión histórica de insertarse en la institucionalidad del régimen, para modificarla desde adentro, tanto en lo político, como en lo económico-social, aspecto, este último, que aún no se logra reformar plenamente.

Esa es su importancia histórica imborrable.

Reivindicando la política para servir

Jorge Pizarro

En política ser oposición siempre es difícil, más aún lo es en dictadura y hacer oposición a la dictadura de Pinochet parecía casi imposible.

La lucha contra la dictadura fue plural, tanto en la forma como en sus contenidos. Cada chileno digno, de alguna manera colaboró en la lucha contra Pinochet y los poderes fácticos que lo respaldaban.

Siempre hemos destacado la lucha por los derechos humanos, por recuperar la democracia, la lucha por la libertad, por los derechos laborales...

Pero para quienes vivimos ese periodo tan intensamente y con un compromiso de vida política en la Democracia Cristiana y en otros partidos políticos, la lucha por la reivindicación de la política, de la verdadera política, era un objetivo central y eso es lo que nos distinguió de los demás luchadores de entonces. No hay que olvidar que el sueño y objetivo central de Pinochet era terminar con la política, con los políticos y los partidos, porque eran la lacra del país y los culpables de todos los males de los chilenos.

Parece importante recalcar este punto, porque el solo enfrentamiento con la dictadura militar por parte de los que luchábamos por los distintos derechos sin haber considerado el objetivo de reivindicar la política nos llevaba irremediablemente a un enfrentamiento ciego, sin otra perspectiva que el choque y la polarización total de toda la sociedad chilena de la época.

Por eso es que nuestra gran contribución a la transición pacífica y democrática de Chile, fue lograr convertir, a mediados de los ochenta, esa fuerza social en una actitud política capaz de dialogar, de buscar acuerdos y sobre todo de construir una alternativa democrática y pacífica a la dictadura, con capacidad de dar gobernabilidad y estabilidad política económica y social a Chile.

Por eso a partir de la Alianza Democrática y luego la Concertación de Partidos por la Democracia los chilenos fuimos capaces de derrotar a la dictadura dentro de su propia legalidad en el plebiscito del año '88 y luego con la elección del Presidente Aylwin en 1989.

Desde septiembre de 1973, luego del golpe militar, nuestra generación de jóvenes demócratacristianos tuvimos claro que nuestro lugar en la lucha contra la dictadura estaba primero en la reconstrucción de nuestra organización partidaria y de las organizaciones sociales, estudiantiles, sindicales, gremiales, etc.

A principios de los '80, cuando la tentación era que solo los movimientos sociales iban a derrotar a la dictadura, nosotros siempre fortalecimos las estructuras partidarias, porque estábamos convencidos que el movimiento social era insuficiente para lograr el objetivo central de recuperar la democracia.

Por eso no dudamos en generar una política de alianzas con otras fuerzas democráticas, aunque la historia de la Democracia Cristiana estaba marcada por las tesis del camino propio o la experiencia del partido único autosuficiente. Para nosotros, entonces, la Concertación no era una alianza circunstancial sino producto de una fe profunda en la necesidad de acuerdos sólidos más allá de las coyunturas políticas o electorales.

Por eso no dudamos cuando hubo que legalizar los partidos y llamar a los chilenos a inscribirse en los registros electorales para ganar el plebiscito del '88. Tampoco dudamos cuando algunos pretendían que el partido instrumental Por la Democracia se convirtiera en el partido único de la Concertación.

Tengo la convicción que nuestra lucha por la reivindicación de la política fue lo que permitió la transición pactada.

Esta transición ha sido larga y a veces frustrante para muchos de nosotros. Ha tenido defectos y sinsabores, que muchas veces se nos hace difícil de comprender y de justificar, Pero esta transición es la que nos ha permitido darle paz, estabilidad social, crecimiento y desarrollo económico con equidad y justicia social, pero por sobre todo permitió devolverles la dignidad a millones de chilenos.

Sin duda que siempre es más atractivo, lindo y heroico defender las otras formas de lucha contra la dictadura. Pero sin la lucha por la reivindicación de la política jamás habríamos conseguido nuestros objetivos de recuperar la democracia de manera pacífica y buscando el reencuentro entre todos los chilenos.

Es fuerte decirlo, tal vez es políticamente incorrecto plantearlo en este momento, pero en nuestra Concertación actual echo de menos un compromiso real por reivindicar la política, la verdadera política, la política grande, la política generosa, la del bien común, la política para servir y no para ser servido.

Cuando el destino del Chile se jugó en las urnas el 5 de octubre de 1988

La historia del Día P

Jorge Escalante LN 31 de diciembre de 2006

Aquella madrugada estallaron bombas anunciando lo que sería la jornada del plebiscito del SÍ o el NO que decidiría si el dictador continuaba o no en el poder. Por la tarde, al sentirse perdido, Pinochet quiso dar el zarpazo sacando al Ejército a la calle. En la noche, la Junta le dio la espalda mientras el pueblo celebraba su victoria en las calles.



Eran las cinco de la madrugada del 5 de octubre de 1988, cuando comenzaron a escucharse los bombazos en Santiago. En media hora se contaron al menos 20 en la comuna de La Reina. Poco después, Radio Cooperativa informó de las explosiones. Eran sólo bombas de ruido. La energía eléctrica se interrumpió en varias zonas de la capital. Ese violento amanecer marcó lo que sería la incierta jornada de un día histórico para Chile. Al pueblo se le consultaba si, tras 16 años de opresión, quería o no seguir viviendo por ocho años más bajo el tirano aferrado al poder absoluto.

En la Escuela Militar, en la comuna de Las Condes, el comandante de Institutos Militares, brigadier Jorge Ballerino, estaba listo desde hacía horas con 600 hombres preparados para la acción con unidades blindadas, tanques y carros de combate, apenas el jefe Augusto Pinochet lo ordenara. A él se unían fuerzas comandos de elite de la Escuela de Paracaidistas de Peldehue, al mando de su director, el ex agente de la DINA y amante de “los corvos acerados” para liquidar marxistas, José Zara. Un grupo de helicópteros Puma del Comando de Aviación del Ejército estaba también disponible para entrar en combate si así lo requería la situación.

Las cartas estaban tiradas. Los comandos del NO y el SÍ a Pinochet se encontraban en sus marcas, tensionados al máximo. La propaganda televisiva del SÍ terminaba hundida en un desastre, mientras que la del NO encantó con la promesa de que “la alegría ya viene”.

El cierre de la campaña del NO reunió el sábado 1 de octubre a casi un millón de adherentes en Santiago. Pero el SÍ, aunque no logró superar la convocatoria de la oposición, cerró la carrera con un gran acto en la Alameda.

Las sedes de las representaciones diplomáticas en Santiago, especialmente las europeas y de Estados Unidos –ya más distanciado de la dictadura–, habían recibido en los días previos decenas de llamadas y visitas de opositores que solicitaron la venia para asilarse si la noche del 5 rebrotaba el salvajismo pinochetista. Muchos tomaron precaución. La noche previa al Día P (de plebiscito y Pinochet) no pernoctaron en sus domicilios. Nadie sabía qué ocurriría la noche del 5, y el corazón de Chile palpitaba en bandolera.

Siete millones y medio de inscritos en los nuevos registros electorales del país, abiertos en febrero de 1987, se preparaban a las horas de las explosiones para salir temprano a votar en las 22.131 mesas receptoras.

El país estaba repleto de observadores y representantes de la prensa internacional. Nadie quería perderse la extraña fórmula con que Chile se jugaba su destino, con cuatro mil muertos y desaparecidos en la espalda.

Los lugartenientes

Aunque las encuestas más serias daban ganador al NO, Pinochet confiaba firmemente en su triunfo. Así se lo prometían a diario los ministros del Interior, Sergio Fernández; de la Presidencia, general Sergio Valenzuela; de Gobierno, Orlando Poblete, y el vicecomandante en jefe del Ejército, teniente general Santiago Sinclair. Era el grupo superior constituido por Pinochet para enfrentar la trascendental batalla. Confiaban en la tarea político-electoral que los alcaldes designados venían desarrollando en las comunas desde hacía meses a lo largo y ancho de nuestro Chile formalista, ordenado y ceremonial, amante de los timbres y las estampillas y... de las elecciones.

La última encuesta del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC) de fines de septiembre de 1988, dio un 54,5% para el NO, y sólo un 21% para el SÍ. Los seguidores del régimen militar aparentemente preferían esconder su intención de voto continuista.

Sin embargo, los comandantes en jefe de la Fuerza Aérea, la Armada y Carabineros sospechaban que existían serias posibilidades de perder. En las semanas anteriores al plebiscito, la inteligencia de la policía uniformada realizó su propio sondeo y concluyó que ganaría el NO. Así se lo comunicó su director general, Rodolfo Stange, al general Fernando Matthei y al almirante José Toribio Merino.

El círculo estrecho de Pinochet seguía crédulo en la victoria, a pesar del desastre de la franja televisiva del SÍ. El propio dictador intervino para tratar de mejorarla, desplazando al equipo creativo e instalando en el mando, con el ministro Fernández a la cabeza como coordinador, a sus incondicionales: Jovino Novoa, Joaquín Lavín, Carlos Délano y Manfredo Mayol.

“Pinochet: 4 votos”

Pinochet se impuso ante todos para ser nombrado candidato único, designado como tal por los cuatro integrantes de la Junta Militar el 30 de agosto de 1988. Incluso contra la voluntad de no pocos de sus partidarios y de algunos miembros de la propia Junta. Consideraban que jugarse en las urnas con el rostro de quien, en Chile y el extranjero, se le imputaban responsabilidades por crímenes de lesa humanidad, implicaba un serio riesgo de perder la consulta. Algunos empresarios, incluso, se opusieron a aportar su dinero a la campaña, recolectado por el ministro del Trabajo, Alfonso Márquez de la Plata.

Al día siguiente de su ratificación como candidato en la Junta Militar, el diario opositor “Fortín Mapocho” tituló su portada rememorando los resultados de las últimas elecciones presidenciales en democracia:

“Jorge Alessandri (1958): 389.948 votos.

Eduardo Frei Montalva (1964): 1.410.809 votos.

Salvador Allende (1970): 1.070.334 votos.

Pinochet: 4 votos”.

El titular de su director, Alberto “Gato” Gamboa, fue destacado por los quiosqueros del centro de Santiago que –a esas alturas– estaban más despabilados.

La importancia de un tribunal

En la fase de preparación del plebiscito por el régimen, un personaje casi desconocido, sin ser un abierto opositor a Pinochet, cumplió una misión que

resultaría fundamental para la legitimidad del resultado: el abogado Enrique Valenzuela Somarriva.

Propuesto por el Consejo de Seguridad Nacional como miembro del recién creado Tribunal Constitucional (TC), aunque con el voto contrario de Pinochet, Valenzuela fue vital para que el régimen se viera obligado a permitir que el proyectado Tribunal Calificador de Elecciones, que en principio entraría en funciones sólo en diciembre de 1989, lo hiciera antes del 5 de octubre de 1988.

El asunto no era trivial. Antes del plebiscito no había partidos políticos legalmente constituidos y la ley general de elecciones y escrutinios adolecía de un apoyo principal, por lo que tampoco la oposición podía designar apoderados para que controlaran la votación en las mesas receptoras. Para Valenzuela Somarriva, el resultado de la consulta popular podía entonces ser fácilmente impugnado por cualquiera, dependiendo de quién triunfara, y ello conduciría al caos o a una salida incierta y peligrosa.

Pinochet y el régimen se mantuvieron firmemente contrarios a esta idea, dándose cuenta de que con ello se les quería poner una soga al cuello y se les reducía el campo de acción para planificar a su antojo la consulta ciudadana.

Apenas por un voto, cuatro contra tres, la posición de Valenzuela ganó en el TC. El camino para que la oposición construyera sus instrumentos de acción y fiscalización de la jornada que se avecinaba quedó pavimentado y Pinochet se apretaba los dedos con sus propios candados.

Los partidos rebeldes al régimen –que aun sin estar estructurados legalmente habían seguido funcionando clandestinos o con una vida semipública a medida que la dictadura se debilitaba– se habían agrupado en diversas instancias de participación que fueron variando según las condiciones de lucha. El Partido Comunista, sin abandonar su participación en estos centros de acción y resistencia pública, a partir de 1980 y luego del fraude electoral para aprobar la nueva Constitución, dio un giro y por primera vez incorporó la consigna “todas las formas de lucha”. Elegantemente, significaba que se abría a la posibilidad de lucha armada para derrotar a la dictadura.

Inicialmente, la oposición rechazó la idea del plebiscito porque su trabajo se orientó hacia las “elecciones libres”, pero ahora 17 partidos se constituyeron en la Concertación de Partidos por el NO. Los humanistas fueron los primeros en inscribirse legalmente. Luego siguieron los otros. Las armas para el combate del 5 de octubre se afilaban rápido. Al frente había un enemigo poderoso, odioso y asesino.

Comienza el mañoseo

El primer atisbo de que algo podría ocurrir esa noche lo dio el mismo Pinochet cuando llegó a La Moneda pasadas las diez de la mañana. “Hay 25 mil hombres listos”, advirtió socarrón a la prensa, vestido de civil y con una perla en la corbata.

El comando del NO, que tenía como secretario ejecutivo al DC Genaro Arriagada y como coordinador al sociólogo del Mapu Enrique Correa, dio el primer respingo a las 11:30, cuando el subsecretario del Interior, Alberto Cardemil, emitió el segundo informe sobre la constitución de mesas receptoras de sufragios, afirmando que en el país estaba constituido el 75% de las mesas, cuando el comité técnico del comando del NO tenía ya en su central de cómputos el 89%.

A esa hora frente a los locales de votación se producían aglomeraciones. Los militares dificultaban la entrada. Desde el comando del NO llamaron al jefe de

plaza, el general Jorge Zincke, que previamente se había coordinado para ese día con el comando y el Comité de Elecciones Libres (CEL), presidido por el DC Sergio Molina.

El jefe de plaza se comprometió a resolver el tema de la congestión, pero en el comando del NO comprendieron que el régimen quería atrasar como fuera el proceso de votación. Corrió el rumor de que las mesas podrían cerrar cumplido el tiempo de apertura, sin importar que todavía hubiese ciudadanos esperando sufragar. El temor crecía.

A las dos de la tarde, la empresa Gallup, del oficial retirado de la Armada Carlos Asthon, contratada por el jefe de la casa del SÍ, Luis Cordero, ubicada en calle Londres –paradojalmente, frente al centro de torturas de la DINA de Londres 38–, entregó el resultado de una “encuesta a la salida de locales de votación”. Según la encuesta, el SÍ ganaba con un 46%, contra un 33% del NO.

Se activa la bomba de tiempo

A las 19:30, Cardemil entregó el primer cómputo parcial, apenas con el 0,36% del total, correspondiendo sólo a 79 de las más de 22 mil mesas receptoras. Según éste, el SÍ arrojaba un 57,36%, versus un 40,54% para el NO.

Alerta en sus trincheras, la oposición brincó de sus asientos no sólo porque sus propios conteos, manual y computacional, tenían a esa hora bastantes más votos contados, sino también porque en éstos el NO ganaba indiscutiblemente, tendencia marcada desde temprano por la tarde con los primeros cierres de mesas.

Nuevamente se confirmaba que, por alguna razón, la dictadura retrasaba los resultados. A partir de ese momento la jornada entró en su fase más crítica. Algunos pinochetistas ya celebraban el triunfo en el barrio alto de Santiago. En la casa del SÍ se encendían las luces y salían los primeros “¡Viva Pinochet!”.

El comando del NO se había comprometido con el régimen a entregar resultados sólo cuando tuviese reunida una cantidad considerable de votos escrutados, y lo mismo hizo el CEL. Pero ahora, ante lo que sucedía, se evaluaba nerviosamente adelantar la entrega, sabiendo que ello provocaría de inmediato una reacción en la población. En el comando estaban reunidos los Partidos de la Concertación por el NO. Curiosamente, Matthei, Merino y Stange habían perdido el contacto con La Moneda y con Pinochet, y no por decisión de ellos. Sospecharon que algo serio estaba por suceder. Todo lo que ocurriría después iba a quedar grabado a fuego en la memoria y en la historia.

Operación “patear el tablero”

Cerca de las ocho de la noche, Pinochet llegó a La Moneda. Se enteró de las malas nuevas, pero sus ministros políticos le contaron el cuento de que todavía faltaba por escrutar muchas mesas de mujeres, donde él arrasaba seguro. Cardemil se había comprometido a entregar el segundo informe parcial a las nueve de la noche, pero esto no sucedió. El palacio hervía en conjeturas y ahora los pensamientos predominantes eran más bien malévolos.

Apenas pasadas las ocho, Pinochet habló con la prensa. Confirmó que el SÍ ganaba y se mostró confiado en el triunfo, aunque agregó un ingrediente más a la trama: “Pero hay información de que se ha visto gente con pasamontañas y armas en algunas poblaciones”.

Como un reguero, en los minutos siguientes se desató una serie de informaciones similares, todas apuntando a denuncias sobre situaciones de violencia opositora armada, agregándose que habían comenzado allanamientos.

Carabineros se sumó y el general Gabriel Ormeño, jefe de la Zona Metropolitana, denunció que días antes “individuos no identificados” habían robado buses policiales y uniformes con los que ahora habían salido a la calle. La dictadura preparaba la operación “patear el tablero” y, con la excusa de esas denuncias, pretendía sacar las fuerzas a la calle.

Pinochet citó a Merino, Matthei y Stange a La Moneda para una reunión urgente a las ocho y media.

A las nueve de la noche, Genaro Arriagada cruzó la Alameda y se dirigió al centro de prensa del NO. Iba a lanzar la bomba. Con poco más de 200 mil votos escrutados por el comité técnico del comando, el NO era claramente ganador. Arriagada habló en medio de una batahola de reporteros. Para el NO, 58,7%. Para el SÍ, 41,3%. El golpe al mentón del dictador estaba lanzado y lo tocó fuerte. No lo tiró al suelo de inmediato porque en palacio los suyos le seguían mintiendo. Pero adentro ardía Troya.

Entonces fue que se dio la extraña orden para que Carabineros abandonara el centro de Santiago. Los núcleos de la información quedarían sin protección. Pinochet preparaba el nuevo golpe y las fuerzas apostadas en la Escuela Militar entraron en estado de alerta. La policía cortó la Alameda, entre Plaza Italia por el este y la Carretera Panamericana por el oeste, prohibiendo todo tipo de circulación ciudadana.

Temblor en la calle Londres

A las diez y media de la noche, el subsecretario Cardemil leyó el segundo informe parcial en el edificio Diego Portales: con 677 mesas contadas, el SÍ ganaba con un 51,3%, mientras el NO tenía un 46,5%.

Poco después, en la casa del SÍ, Jorge Fontaine daba la primera señal clara a sus adherentes, aunque de manera críptica, al declarar que la derrota los había sorprendido. “¡Vamos ganando, aunque el NO se ha acercado mucho!”, dijo pálido y con la barbilla temblando.

“El SÍ tiene un 50,3% y el NO un 49,6. Ahora les pido que se vayan a sus casas muy tranquilos, y mañana nos juntamos aquí mismo a celebrar el triunfo de nuestro general. ¡Viva Pinochet!”, gimió Fontaine. El silencio fue absoluto, se apagaron las luces y todos abandonaron el lugar. La prensa buscó a los dirigentes del SÍ, pero no había nadie con quien hablar.

El comando del NO respondió con otro informe sobre dos millones de votos. El NO, un 57,8%. El SÍ, un 40,2%. La Moneda preparó un tercer cómputo sobre un millón de votos, donde todavía ganaba el SÍ. Se pensó en llamar a los pinochetistas a celebrar en La Moneda. Se le pidió al general Ormeño que abriera el centro. El general se negó. Andrés Allamand amenazó desde Renovación Nacional que si el régimen entregaba ese nuevo informe sobre un millón de votos manteniendo ganador al SÍ, él lo desmentiría públicamente.

Poco antes de medianoche, el presidente de la DC y vocero de la Concertación por el NO, Patricio Aylwin, y el ex ministro de Pinochet Sergio Onofre Jarpa se presentaron ante las cámaras de Canal 13. Jarpa admitió el triunfo del NO.

¡Son todos unos traidores!

En La Moneda, Pinochet citó a todos sus ministros a una reunión para antes de las 00:30 horas, y a Merino, Matthei y Stange para las doce y media del día. Tras escuchar a Jarpa, golpeó la mesa y gritó a Fernández y a quienes estaban en el círculo íntimo: “¡Son todos unos traidores, me engañaron que ganaríamos!”. Fernández quiso renunciar, pero el dictador no aceptó. A sus ministros les anunció que el plebiscito “¡está perdido, señores!”. Algunos lloraron, otros se fueron a rezar a la capilla de palacio.

Los citados para las doce y media llegaron juntos a La Moneda, ya concertados, y con la opinión clara de que todo estaba perdido. Entonces, Matthei dijo la frase que desactivó la bomba de tiempo: “¡Tengo bastante claro que ganó el NO!”.

En el comando del NO se desató la alegría y apareció el champagne.

¿Y dónde está el champagne?

Después de abandonar la idea del zarpazo final para ordenar que el Ejército copara las calles, intención que Matthei confirmó el 5 de octubre de 2000 en entrevistas de prensa, Pinochet se jugó todavía su última carta en la reunión con los comandantes en jefe. En la reunión estuvieron también presentes Fernández y el ministro de la Presidencia, general Sergio Valenzuela. El primero trató de aliviar la tensión diciendo que si bien se había perdido, Pinochet y su obra salían fortalecidos. A ello, Matthei respondió irónicamente: “¿Y dónde está el champagne para celebrar, entonces?”. En ese instante Valenzuela se desmayó y cayó al suelo.

Ahora, Pinochet soltó a los citados la carta bajo la manga. “Firmenme el acta de esta reunión”, les dijo. “¿Qué acta?”, respondió Matthei, leyendo el papel. El documento pedía más poderes para él, de manera de poder negociar a su favor el fin del régimen. “No, señor, yo no firmo nada”, respondió Matthei levantando la voz. Lo mismo hicieron Merino y Stange.

Poco antes, Cardemil reconocía el triunfo del NO en un nuevo cómputo parcial, dándole a éste un 53,41% y al SÍ el 44,34%. Pero a esa hora, las dos de la madrugada, el pueblo ya estaba en las calles celebrando, esta vez sí con champagne. Resultado final oficial: el NO, 54,7%; el SÍ, 43%.

1988: La campaña del No por dentro

Crónica de una epopeya

Antonio Valencia. LN 31 de diciembre de 2006

Coronada por el triunfo del lápiz y el papel en el plebiscito, la inolvidable paliza a la dictadura asestada por la franja televisiva del No pasó a la historia como una de las jornadas más épicas e irrepetibles. Tanto, que algunos llegaron incluso a fantasear que sin franja, el triunfo de Pinochet en las urnas hubiese sido una dolorosa realidad.



Plaza Mulato Gil. Barrio Lastarria. Santiago, 1988. Carlos Flores, cineasta y documentalista, disfrutaba de un almuerzo cualquiera hasta que un actor se asomó sobre su mesa con una inquietud desbordante. Era Luis Gnecco.

-Oye Carlos, ¿estai trabajando pa' la franja del No?

-Sí, Lucho, en eso estamos varios.

-¿Y por qué no hacemos alguna cosa?

-Ya poh, armemos algo. No sé qué, pero vamos al garage, agarro una cámara y vemos.

Y así fue. La mañana siguiente nació uno de los spots que reflejó el espíritu y el intuitivo modus operandi de buena parte de la imborrable y épica franja televisiva del NO. “Frente a la cámara Lucho estaba payaseando hasta que apareció un casco de bombero que yo tenía. Gnecco lo vio, se lo puso en la cabeza y empezó a imitar el sonido de la sirena diciendo ‘Nooooooooooooo!!!!’. Al rato nos conseguimos una casaca negra, una toalla blanca y un vaso de agua. ¿Qué significaba ese vaso? Nada. Pero quedó la raja. A todos les gustó y en la calle la gente que veía a Lucho empezaba con el “Nooooooooooooo!!!!” de la sirena”, cuenta Flores.

La anécdota no es casual ni azarosa. Demuestra que no todo era perfecto y sesudamente planificado. En realidad, de estrategia fina hubo poco. La franja del NO fue por sobre todo una explosión de creatividad, de genuina colaboración, de instantánea e improvisada mezcla de arte y política. En otras palabras, de un raro ejercicio de “politización del arte y de ‘artistización’ de la política”, zanja Flores.

El encuentro entre los mundos político y cultural a la hora de proyectar la campaña audiovisual, aunque sin ser un parto, pasó por un debate interno no menor. La génesis del eslogan “Chile: La alegría ya viene”, es fiel reflejo de lo que la estrategia eludió tocar. “Definimos que la campaña fuera alegre, optimista, una campaña que no provocara temor”, escribió Genaro Arragada, cabeza operativa del Comando del NO.

En rigor, se trataba de plantear la campaña más alejada de los códigos de comunicación política y de la retórica habitual de denuncia y protesta. Y eso fue todo un tema que comenzó a zanjarse en una casa de veraneo entre Melipilla y Santo Domingo. Allí los coordinadores de la franja, Patricio Silva Echenique y Juan Gabriel Valdés, discutieron el perfil con publicistas y con parte importante del comité técnico compuesto, entre otros, por José Manuel Salcedo, Eugenio Tironi, Carlos Huneeus, Manuel Antonio Garretón, Carlos Montes, Ignacio Walker, Carlos Figueroa, Enrique Correa y Ricardo Solari.

Arriagada recuerda que la definición central de la campaña les pareció a algunos publicistas extranjeros demasiado “audaz”. Y hubo no pocas personas que quisieron darle a la campaña un cariz mucho más político. Tanto, que algunos

quisieron que los dirigentes de los partidos de la Concertación tuvieran directa ingerencia en la franja. “Los presidentes de partidos querían meterse, pero no los dejamos. Fue una pelea muy dura -sostiene Arraigada-, pero gané. La franja no se dividió”.

No es todo. Carlos Flores afirma convencido que si la franja hubiese manejado la clásica mensajería política que algunos pedían hubiese sido un desastre. “Silva, Valdés y Tironi evitaron que quienes no éramos políticos tuviéramos que enfrentarnos a una discusión de contenidos políticos más duros como algunos querían. Ellos hicieron como de amortiguadores. A fin de cuentas -concede Flores-, los políticos actuaron con una apertura bastante grande”.

No al charango

En la tierra de las definiciones clave, rumbo a la materialización de la franja del NO ocurrió otra reunión tan breve como relevante a la hora de romper viejos códigos y plantearse otros nuevos. El cónclave ocurrió en el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales y duró veinte minutos.

“Éramos muy pocos y estaban, entre otros, David Benavente, Eduardo Tironi, Juan Gabriel Valdés, Ignacio Agüero y José Manuel Salcedo. En esa reunión se propusieron ‘rostros’ para dirigir la franja hasta que Benavente tira un papel en la mesa y dice: ‘¡Hasta cuándo vamos a seguir con los mismos nombres que han hecho puras tonterías en la televisión!’ Dejemos que esta cosa la hagan la gente que ha estado en publicidad y a la que ha estado filmando todos estos años. Acto seguido, y sin más discusión ni polémica, se resolvió todo: a cargo quedamos Tironi, Agüero y yo”, relata Flores.

Pero faltaba más. Se hizo necesario romper además con otros códigos de las formas de expresión cultural contra la dictadura. Un claro ejemplo lo explicó Jaime de Aguirre, creador de la melodía del ‘Himno del No’. “Musicalmente también hicimos una perestroika: no al bombo y al charango. Y no porque sean o suenen feo, sino porque se habían escuchado mucho y podíamos haber caído en lo que el Gobierno militar esperaba, es decir, que la franja fuera ese eterno lamento histórico de la izquierda. Por eso elegimos guitarra eléctrica, sintetizadores y batería . “Se optó”, comenta de Aguirre, “por lo joven, lo más fresco”.

No a la farra

Otro de los cerebros de la franja, Juan Enrique Forch, productor de cine y TV, anotó un dato crucial a la hora de entender el éxito de la franja y el sentido que debía tener el mensaje audiovisual. “(La dictadura) tenía casi todos los medios de comunicación, los canales de TV a las horas que quisieran. La franja tuvo la gracia de ser el primer mensaje que pudimos emitir en 15 años”, señala Forch.

Todos los analistas y creadores de la franja coinciden que ese cuarto de hora diario era un “ventana” que no había que farrear. Más cuando, en mayor o menor medida, estaba en juego no sólo la “audaz” fórmula de contenidos audiovisuales, sino que, de paso, buena parte del trabajo que la oposición realizó desde comienzos de los ’80.

“Nuestro trabajo empezó con una serie de estudios de investigación social, sondeos de opinión y focus groups, realizados en casi toda esa década, incluso con aportes de George Soros y de la agencia Sawyer & Muller”, recuerda Ricardo Solari”.

También señala otra serie de arduos escenarios que debieron encarar y que no podían ser desaprovechados: primero se jugaron por aceptar el plebiscito y luego abordaron la titánica faena de convencer a una masa que se inscribiera en los registros electorales.

No al pesimismo

Otro dato aparece ineludible a la hora de revisar la historia de la campaña del NO. Uno de ellos es que ésta comenzó mucho antes de 1988, y no con pocos problemas. De hecho, 1986 había sido planteado como el año decisivo en que habría de terminar con el régimen. Pero como nada de eso ocurrió, 1987 consagró el pesimismo generalizado en la oposición.

“Todo parecía haber fracasado y la sensación de impotencia e inutilidad se extendía”, escribió Genaro Arraigada, recordando que, en la vereda del frente, reinaba el optimista escenario para Pinochet: repuntaba la economía y la unidad política de la derecha se palpaba con la fusión de la UDI con otros actores, dando origen a Renovación Nacional.

En ese escenario, la verdadera primera campaña del NO fue en febrero de 1987. Comenzó apenas se produjo la reapertura del registro electoral. La oposición debía conseguir que el número de votantes subiera de cuatro y medio millones a siete millones. Pero no fue sino hasta fines de octubre de ese año que, a regañadientes, parte de la izquierda más dura se plegó a la que habían criticado como la “vía electoral bajo el fascismo”.

Con todo, 1988 partió con mejor cara. La posibilidad de triunfar en el plebiscito comenzó a prender. La oposición desechó metas maximalistas (como el ‘partido único por las elecciones libres’ como un imperativo de cara al plebiscito), también abandonó la demanda de elecciones libres y aceptó limitarse a votar NO. Pragmatismo puro.

Todo ello condujo al reordenamiento del mapa político, justo en momentos en que la derecha se dividía por pugnas internas: adiós RN, renace la UDI. El partido único de la derecha apenas duró 14 meses. El siguiente paso fue crear, el 2 de febrero, el Comando por el NO. Y se hizo con tres líneas bien definidas.

Un nivel político-estratégico donde, bajo la cabeza del vocero del Comando, Paricio Aylwin, participaron Ricardo Lagos, Enrique Silva Cimma, Tomas Hirsh, Andrés Zaldívar y Luis Maira. En un segundo nivel asomaron Carlos Figueroa, Enrique Correa, Ricardo Solari, Heraldito Muñoz y Belisario Velasco. Y en la tercera, más técnica, convivieron científicos políticos y sociales como Tironi, Huneeus, Montes, Garretón, Valdés, Enrique Correa, Isidro Solís y Gonzalo Martner, éste último encargado junto a Rodrigo Quintana del crucial, complejo y eficiente sistema de conteo paralelo de votos, a prueba de fraude.

Pero el Comando del NO era, a juicio de Arraigada, una estructura débil que si quería ser conservada “no debía servir a la construcción del liderazgo de nadie”. Por lo mismo, se suponía evitar vincular éste al tema presidencial posplebiscito. Pero no fue así. En mayo de 1988, Andrés Zaldívar, entonces una de las caras más visibles del Comando, declaró a “El Mercurio” su disponibilidad para ser candidato presidencial.

La bola de nieve comenzó a crecer: que ‘Ricardo Lagos Presidente’ unos, que ‘Patricio Aylwin Presidente’ otros. Mayo del ’88 fue el peor mes para el Comando, hasta que un nuevo acuerdo fue necesario para frenar los ánimos. Las aguas se aquietaron, justo antes de otro mes clave: agosto.

En esa fecha, Augusto José Ramón Pinochet fue designado candidato presidencial por la unanimidad de los comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, incluido el propio dictador. Entonces la campaña entró en tierra derecha, con el SÍ pretendiendo un imposible: cambiar la dura imagen del militar Pinochet por la de un sonriente civil vestido de terno y besando bebés por todo Chile.

No a la improvisación

“Mucha gente cree que los programas del NO estaban perfectamente planificados y con mucha antelación. Pero no. En el programa número 3, el conductor del espacio, Patricio Bañados, presentó el caso de Pablo, el niño exiliado. Ahí se produjo la primera decepción. El caso se convirtió en algo latoso. Nadie entendió cuál era su verdadero problema. Y eso ocurrió porque nos vimos obligados a darle 5 minutos pues no teníamos otros materiales que introducir. Así perdimos el tema del exilio”, comentó Ignacio Agüero, otro de los cerebros de la franja.

La explicación a tal episodio no fue otra que la improvisación. “Productores y directores nos integramos a última hora. Había una línea de contenidos definida, pero no había nada realizado. Y eso fue angustiante”, desliza Agüero. El siguiente problema ocurrió en el programa 8 sobre la tortura, que fue censurado. Nunca estuvo en pauta hacer un programa sobre la tortura y así, de repente, estaba en la mesa de edición.

Sin embargo, Carlos Flores se queda con la cara más amable de la improvisación. “Yo diría que era más una intuición artística, pues hubo mucho de ir haciendo y corrigiendo, lo que a mi juicio terminó siendo muy bueno. Si algo definió a la franja fue un tipo de operación artística en el hacer y corregir que se instaló en un lugar donde siempre había operaciones comunicacionales”, dice.

El resto, coinciden todos, corrió por cuenta de la magia de un equipo de decenas de anónimos y consagrados remando para el mismo lado en un clima único. Ahí estuvieron Los Prisioneros, el grupo Congreso y Florcita Motuda con su vals del NO. También nombres a la postre más reconocidos como el músico Andrés Bobe, las actrices Luz Croxatto y Aline Kuppenheim, o los hermanos Luis y José Weinstein, actual ‘Hombre del tiempo de TVN’ y ex ministro de Cultura, respectivamente.

No al dinero

Todo la franja del No se hizo con un presupuesto, según estima Genaro Arriagada, más de 20 veces inferior a la campaña del Sí. “Nunca cobramos un peso. Y a nadie se le pasó por la cabeza hacerlo. Todo lo contrario a lo que ocurrió con el Sí, donde las agencias se llenaron los bolsillos con una franja que resultó tan mala como vulgar”, descuera Flores.

El bunker de operaciones para los 27 programas de 15 minutos transmitidos todas las noches entre el 5 de septiembre y el 1 de octubre fue la productora Filmocentro. A un mes del inicio del programa, trabajaban contra el tiempo de ocho de la mañana a pasadas las diez de la noche.

Las locaciones fueron diversas. Buena parte de las grabaciones se hicieron en La Batuta y el Teatro Novedades. Pero también en la misma calle Irarrázaval, donde, para no levantar sospechas, explicaban que estaban filmando comerciales para la Coca Cola. Esa fue, precisamente, la excusa con que se pudo rodar la emblemática secuencia del taxista diciendo ‘No’ con los limpiaparabrisas.

Pese a la euforia, no fue del todo fácil hacer el casting. Todos los protagonistas recuerdan que un silencioso miedo aún recorría las vidas que exponían sus caras en televisión. Varios de los que participaron vivieron episodios de susto. Por el controversial video de la humilde abuela que no le alcanzaba para comprar dos bolsitas de té, sino apenas una, su protagonista, Yolanda Catalán en la vida real, fue insultada y amenazada. Sujetos con bigotitos tipo CNI merodearon la casa del cantante Claudio Guzmán.

Sin odio, sin violencia

El recuerdo que por lejos más abunda fue el espíritu de las más de cien personas que trabajaron en lo más antológico de la campaña del NO, la franja de TV. Si bien una docena de productores, directores de televisión, documentalistas y cineastas llevaron el peso (Silvio Caiozzi, Ignacio Agüero, Patricio Bustamante, Joaquín Eyzaguirre, Cristián Galaz y Carlos Flores, por ejemplo), su labor fue tan valorada como los trabajadores de Filmocentro.

Varios de ellos aparecieron en los spots de la franja y en el video del No: la cocinera, el chofer, el nochero y el portero tuvieron espacio en las pantallas. Joaquín Astaburuaga, de hecho, era asistente de producción y llegó a ser el “rostro” del video del No. Y lo fue por pura casualidad, pues como nunca apareció el extra que debía hacer la imagen, él aceptó bailar sobre el puente peatonal Racamalac, que cruza el río Mapocho. Fue tanto su orgullo que, desde entonces, Astaburuaga agregó a su curriculum “Bailarín del puente, franja del NO”.

La galería de inolvidables la integra el spot de la señora Yolita y la bolsa de té. También la escena de Caszely abrazando a su madre torturada y vejada. Nadie olvida el himno del NO, melodía compuesta “en 10 minutos” por el hoy director ejecutivo de Chilevisión, Jaime de Aguirre, cuya letra fue cantada por una corista y funcionaria del MOP de nombre Rosita, acompañada por el ex cantante de QEP Claudio Guzmán. El cuadro lo completaba el clásico video en que una mano con un lápiz marcaba una línea vertical y la voz de fondo diciendo “sin odio, sin violencia, vota NO”.

El éxito que tuvo la campaña, especialmente el video clip, fue una sorpresa para todos, anotó Eugenio Tironi en 1989: “Quedamos medio desconcertados por el tan grande contraste con la del SÍ. A gran parte del mundo político le habría gustado una franja del NO al estilo de la franja del SÍ. (...)El SÍ habría ganado absolutamente sin franja”.

Si tal afirmación fue exagerada o no, según estima Ignacio Agüero, los comentarios del ex ministro de la dictadura Sergio Fernández ahorran comentarios. “Los resultados (de la franja del SÍ) fueron lamentables. Al cabo de muy pocos días nadie pudo ignorar la evidente superioridad técnica de la franja del NO: mejor construcción argumental, mejores filmaciones, mejor música. Su melodía característica en torno a la frase ‘la alegría ya viene’ era tan pegajosa, que hasta partidarios del SÍ llegaron a tararearla inconscientemente”.

Vidas truncadas

Soraya Rodríguez. LN 31 de diciembre de 2006

El exilio masivo, las detenciones arbitrarias, las torturas, los fusilamientos y desapariciones dejaron una huella imborrable en centenares de miles de familias chilenas. Aquí presentamos algunos casos.



A la misma hora que en la Escuela Militar despedían los restos de Augusto Pinochet, Tamara simplemente caminó hacia el monumento al Presidente Salvador Allende y dejó una dedicatoria escrita a mano que decía: “Horacio Cepeda te amo”. Olivia tiene ya 80 años, cierra los ojos y ve a su hija, Cecilia Labrín, bellamente embarazada, y nada le cuesta imaginarse a quien sería su nieta, la que esta abuela cree que nació en el cautiverio y que la dictadura nunca le devolvió, la misma que no entregó a Horacio, a Cecilia, a Víctor, a Fernando, Alejandro, Vicente... y otros. Más de tres mil chilenos y extranjeros, abuelos, abuelas, padres, madres, hijos, hijas, nietos, nietas y amigos de quienes conservan el mayor de los amores que les queda: un recuerdo.

Es la historia de un quiebre sin justificación, de nietos que no tienen dónde dejar una flor a sus abuelos y de abuelas que no saben si nacieron sus nietos.

En estos días en que fueron precisamente nietos los que captaron la noticia al rendir homenaje a su estilo a sus abuelos, el de Pinochet y el de Carlos Prats, la menuda figura de Tamara Inés Fernández Cepeda mezcla la frescura de una nueva generación de esta historia quebrada el 11 de septiembre de 1973, con la mirada fija que se aleja como para eludir el dolor que en su familia tiene más que su edad, 22 años.

Tamara estudia odontología en la U. De Chile, es hija de Bárbara, quien con sus hermanos, Antonia, Irene y Alonso, mantienen, junto a su madre, Wilma Antoine, el recuerdo de un abuelo cuya sonrisa heredó la nieta. Ella lo admira, lo ama entrañablemente. “Siempre supe de él, por mi madre, por mi abuelita, Wilma, que es preciosa, si hasta nuestra casa está hecha por él”, recuerda.

“A los 13 años busqué cosas para leer sobre él y lloré mucho. Fue un personaje, muy alegre. Así lo recuerdan mis primos y también Wilma, que nunca más tuvo a nadie y está siempre triste. Era muy querido, demasiado lindo, especial, con pipa y su boina, tierno y feminista”, agrega, recalcando que nada borrarán los cuadros de depresión que en su familia han vivido desde que les arrebataron a su abuelito.

Trece personas fueron detenidas entre el 29 de noviembre y el 20 de diciembre de 1976, once pertenecían al Partido Comunista y dos al MIR: Santiago Araya Cabrera, Armando Portilla, Fernando Navarro Allende, Lincoyán Berríos Cataldo, Horacio Cepeda Marinkovic, Luis Lazo Santander, Juan Ortiz Letelier, Reinalda Pereira Plaza, Waldo Pizarro Molina, Héctor Véliz Ramírez, Lizandro Cruz Díaz, Carlos Durán González y Edras Pinto Arroyo.

Horacio Cepeda estaba en la RDA para el golpe militar, de allí viajó a Italia, pero el llamado de su partido y la nostalgia por su familia, lo trajeron de vuelta en julio de 1975, para integrarse al Comité Central en la clandestinidad. Cerca de las 9 de la mañana del 15 de diciembre de 1976 salió de su casa para tener contacto con un

compañero, pero fue detenido por agentes de la DINA. Nunca pudo conocer a once de sus 14 nietos.

El martes 12 de diciembre del 2006 Tamara estuvo en su departamento. “Vi esa misa en la tele que me parecía irreal, entonces decidí salir, llegué a la Plaza de la Constitución. Sol y Lluvia cantaban Adiós General, me acerqué al monumento a Allende, había viejitos que lloraban y le hablaban a Allende. Me senté, saqué un cuaderno de mi mochila y escribí. Hoy sé que lo que más me gusta de mi viene de él. Si lo tuviera ahora sería como tener un abuelito de cuento. El siempre está presente y yo lo amo”.

La Abuelita Olivia

Olivia Sazo tenía 48 años para el Golpe Militar, había quedado sola con sus cuatro hijos luego que su esposo dejara el hogar. Trabajaba en una industria de tapices para sacar adelante a Cecilia, Ana María, Ximena y Gonzalo. La mayor era su brazo derecho.

“Cecilia estudiaba Servicio Social en la U. De Chile, estaba a punto de egresar y tenía tres meses de embarazo. Nuestra vida era relativamente normal para la época y yo no tenía idea de política”, recuerda.

Tampoco sabía que Cecilia era militante del MIR, para ella lo importante era que su hermosa hija tenía un tremendo sentido de la solidaridad.

“El Golpe lo viví sólo con cierta preocupación por los aviones que sentíamos pasar. Cecilia se fue ese día a la casa de su papá y en la noche me llamó para que no me preocupara”, relata.

Todo continuó dentro del rango que Olivia consideraba normal, hasta el 3 de agosto de 1974, cuando “tres muchachos” fueron a buscar a Cecilia. La madre pensó que eran compañeros de su hija y esta misma le dijo que los dejara pasar.

“Les dije que estaba enferma. Ellos le mostraron un papel, luego se fueron y nos dijeron: Cuídense. A lo mejor ni volvemos”, recuerda.

Nueve días después, cerca de las 22 horas del 12 de agosto, volvieron los mismos hombres al hogar de Olivia y sus hijos. Autorizaron a Cecilia a vestirse, pero impidieron que su madre la acompañara porque “no cabía en el vehículo”. La joven le dijo: “¡Mami, no diga nada!”. Los hombres se identificaron como miembros de Carabineros de Chile.

Olivia fue de inmediato a la 23^a Comisaría, donde le dijeron que su hija no estaba. Al día siguiente fue a la Dirección de Carabineros en Av. Bulnes y allí le recomendaron que fuera a la Intendencia, donde un teniente le informó que Cecilia estaba en la DINA. “¿Quién es esa señora?”, preguntó ella, con la inmensa ingenuidad que hasta hoy conserva su mirada.

El uniformado le sugirió que fuera a la Vicaría. Así partió el peregrinar que con el tiempo de búsqueda le llevó a saber que su hija era del MIR, que la llevaron al cuartel de la DINA de Londres 38, donde fue interrogada como los demás por Marcelo Morén Brito y que según el ex miembro del servicio de seguridad de la Marina, Juan Pastene (quien luego se negó a declarar en tribunales), tendría una nieta nacida el 5 de marzo de 1975.

Hoy Olivia no deja de visitar a su hijo Gonzalo cada semana en el siquiátrico, acompaña a otra hija que se sume en profundas depresiones, pero sobre todo disfruta a su bisnieta y a sus cuatro nietos. Todos viven con ella.

“Ya no quiero seguir buscando, ella está conmigo, en mis recuerdos con su bella sonrisa y sigo creyendo en Dios”, dice orgullosa de quien al partir le dijo: “No te dé pena mamá, yo no voy tan sola, llevo a mi hijo y él me da fuerzas y muchos deseos para seguir luchando”. Para Olivia ese bebé existe, es niña y debe parecerse a su madre.

Una Estela, dos pérdidas y mil amores

La actual directora de la Junta Nacional de Jardines Infantiles, Estela Ortiz, reconocida este año como una gran amiga de la Presidenta Bachelet, es mucho más que eso. Es de esas mujeres que se levantan, crecen y se agigantan cuando lo pierden casi todo, no una, sino dos o más veces.

Tenía 23 años para el Golpe, recién se había ido a vivir con José Manuel Parada en una linda casa en El Arrayán, esperaba a su primera hija (Javiera) y trabajaba en la Junji. “Éramos super jóvenes, llenos de vida y esperanza, nos sentíamos constructores de un país”, recuerda.

Junto a sus hermanos Pablo y Licha (María Luisa), y a sus padres que estaban separados formaban una familia normal, diferente y profundamente comprometida con la historia de esos días.

“Todos estábamos metidos. Éramos felices, nos sentíamos libres, estábamos haciendo un país y éramos los dueños de esa creación”, dice y mira como atravesando con suavidad, directo a los ojos con la claridad de los suyos.

El 11, su cuñado Pancho estaba de turno en La Moneda y les avisó cerca de las 5:30 lo que pasaba. Le contaron a sus vecinos que eran del MIR, a su suegra que era vecina y a su cuñada que estaba a punto de tener guagua. Luego, decidieron ir al centro. “Llegamos al Diego Portales y decidimos no separarnos. Nos fuimos a la UTE y de ahí al Pedagógico, donde estuvimos con mi papá y nos quedamos hasta el toque de queda”, relata pausada como ella.

“Nos dimos cuenta del horror y recuerdo ese caminar en que había cambiado la vida, en que ya no podíamos seguir siendo quienes éramos, que no podría llamarlo mi compañero, sino mi marido”, agrega. Juntos tomaron conciencia que no sabían si vivirían, que tendrían que nacer de nuevo para sobrevivir.

Como una metáfora real, Javiera nació de porfiada. “Tuvimos que vencer el miedo en medio del terror. Quedamos todos cesantes, nos allanaron 4 veces y destruyeron nuestra casa a balazos. Decidimos cambiarnos y quedarnos, era obvio que nos andaban buscando”, cuenta.

Su papá pasó a la clandestinidad de inmediato, era miembro del Comité Central del PC, y ella y sus hermanos lo veían muy eventualmente. Él sabía, por ejemplo, la hora de salida del colegio de Licha y se ubicaba en la esquina para verla pasar. A Pablo, que puso una agencia de Polla Gol, lo veía más.

“Cuando nosotros nos cambiamos a Vitacura, él se vino con nosotros. Creo que fue tan feliz esas dos semanas porque era su casa. Fueron días maravillosos a comienzos del 75. Javiera aprendía a caminar y él iba con ella y su coche a comprar el diario”, recuerda Estela con el rostro iluminado.

Fernando Ortiz conoció a sus tres primeros nietos, le faltaron siete porque el 15 de diciembre de 1976 fue detenido en las cercanías de Plaza Egaña, junto a Waldo Pizarro.

“No sé cómo sería hoy si él estuviera, si no hubiera existido el Golpe, sería tan diferente, tendríamos una familia, a mi papá con sus nietos y a mis hijos con su padre. No puedo imaginármelo, duele mucho”, dice mirando a través de mi.

José Manuel, el padre de sus hijos, sociólogo, trabajaba en la Vicaría de la Solidaridad y fue secuestrado de las puertas del colegio de sus niños el 29 de marzo de 1985. Su cuerpo fue encontrado degollado al día siguiente junto a sus compañeros, Manuel Guerrero y Santiago Nattino. Esa noche Estela no aguantó más y gritó y preguntó por qué primero se llevaron a su padre y ahora a su amor, desgarró el aire, la tierra y hasta el cielo.

Estela siguió adelante con sus hijos, Javiera, Camilo, Juan José, Antonio y Martín. Su hermana tuvo a Alonso y José Ignacio, y Pablo a Sebastián y Manuel.

El viernes 15 último, la Universidad de Chile le rindió un homenaje a quien fuera uno de sus más reconocidos profesores de historia. Allí estuvo Estela, sus amigos y muchos compañeros de los de antes y los que siguen; también estuvo, por cierto, la madre de la Presidenta, Angela Jeria.

Viviana no está sola

A Viviana le encantaban los malones, estudiaba Pedagogía en Alemán, soñaba con viajar a ese país, conocer el mundo, con casarse y tener hijos. Hoy, a los 55 años, recuerda con suave sonrisa aquel tiempo de felicidad, con su mamá, Selenisa Caro; su papá, Víctor Díaz, y sus hermanos Victoria y Víctor, en la misma casa que hoy habita en la Población San Joaquín.

“Éramos una familia bien constituida, sin grandes recursos, pero lo pasábamos hartamente bien”, cuenta.

A las 6 de la mañana del 11 de septiembre del 73, Daniel Vergara, subsecretario del Interior, llamó a su padre y le informó que Valparaíso estaba tomado. Encendieron la radio cuando Allende habló por última vez a su pueblo. “Mi mamá nos dijo: escúchenlo, porque se está despidiendo. Mi papá salió de la casa entre 7:30 y 8:00 de la mañana. Nunca más lo vi”, dice.

Junto con buscar una forma diferente a la acostumbrada para subsistir, la familia debió enfrentar los constantes allanamientos, seguimientos y amenazas.

Un llamado telefónico les alertó que su padre, hasta entonces subsecretario general del PC, había sido detenido en Las Condes el 12 de mayo de 1976. Su mamá presentó un recurso de amparo en la Corte de Apelaciones y allí se dio cuenta que se trataba de algo más grande, al encontrarse con las esposas de Mario Zamorano y de Uldarico Donaire.

La familia inició un largo camino por tribunales. Incluso se entrevistaron con el presidente de la Suprema, José María Eyzaguirre, quien tras conocer el relato de Viviana, le dijo: “¡Pero qué imaginación tiene usted!, ¿por qué no se va a su casa y escribe un libro?”.

La persecución nunca cesó durante la dictadura, incluso obligaron a la familia a no asistir al funeral de Marta Ugarte. Su hermano menor, Víctor Díaz Caro debió salir del país autorizado por un juez de menores. En 1986 integraría el comando del FPMR que emboscó a Pinochet en el Cajón del Maipo.

Viviana, quien partió intentando hallar a su padre, terminó buscando a todos los papás, hijos y familiares detenidos desaparecidos junto a quienes pasaron también a ser como su familia. Ella, que quería viajar, participó en la huelga de hambre de la AFDD que duró 87 días, en 1978, y que se replicó en 70 ciudades del mundo. “El

Cardenal Silva Henríquez nos dijo entonces que ‘los muertos no resucitan’”, recuerda.

Casi sin darse cuenta, pasaron los años y, de la hermosa joven de cabello largo de los 70, surgió una bella y aparentemente apacible mujer de mejillas siempre sonrojadas que no tuvo hijos, ni se casó, que sí ha viajado y conocido a figuras mundiales, que al cumplirse los 30 años del Golpe recién conoció Alemania, que se siente orgullosa de su familia y de su vida, entre otras cosas porque este año se aprueba en la Asamblea General de Naciones Unidas la Convención Internacional Sobre Detención Forzada de Personas.

“Mi libertad la defiendiendo a trocha y mocha, mi vida tras la detención de mi papá la elegí yo, pero claro, la felicidad sin él, no es completa”, dice.

Los amigos que no están

Victoria Aldunate conoció el horror a los 12 años. Vivía con sus padres y su abuelita en Independencia con Einstein, barrio donde junto a sus “más que amigos” formó el Frente Amplio de Izquierda Juvenil, en el que participaban jóvenes del MIR, el MAPU, el PC y la IC, entre otros.

“Yo era la más chica, no sólo de edad, también de cabeza”, relata. Era hija única de dos disciplinados militantes del PC: Sonia y Hugo, ella entró a la “J”.

Antes del Golpe, junto con hacer trabajos como vender bencina para ayudar al Gobierno de la UP y enfrentar a los acaparadores, tenía con sus amigos fuertes discusiones porque ella seguía el modelo de sus padres, criticando la izquierda más radical y ellos le decían que el PC le hacía el juego a la derecha.

“Hacíamos hartas fiestas donde no faltaban Cat Stevens ni tampoco Neil Diamond o la nueva canción chilena. Pensaba que la vida sería siempre así y que Chile iba a ser socialista”.

“El 11 escuché a mi mamá que lloraba con mi abuela, me dijo que no iría al colegio, y que: ‘esto no tiene vuelta’. Escuché a Allende y nunca se me olvidó. Mi mamá dijo: ‘me voy’ y no volvió en un año; estuvo escondida”, relata.

Su padre no llegó ese día y ella se quedó sola con su abuela, una profesora de artes que siendo bastante fuerte, no entendía lo que pasaba.

Vicky se cerró y nada le importaba pues creyó escuchar que su madre estaba muerta. Hasta diciembre del 73, cuando Marlene (13 años), su mejor amiga, que había sido detenida el día anterior en una redada en el barrio, le contó que “mataron a los chiquillos”: Jorjue Pacheco, de 20; Ernesto Mardones, de 19 y Denrio Alvarez, de 16. Fueron llevados con vida al regimiento Buin y sus cuerpos baleados se encontraron luego en el Servicio Médico Legal.

“Coke, Denrio y Cheque, así los conocía yo. Al Cheque le decíamos así porque siempre estaba esperando el cheque de su padre”, relata.

“Lloré, lloré mucho. No podía creer y corrí dos cuadras más allá, a la casa más hermosa que conocía –y que siempre he buscado inconcientemente cuando arriendo alguna- la casa de Denrio... Había mucha gente y un ataúd y ahí estaba Denrio... su cadáver herido, y yo grité y grité. Mi padre lloraba contra la pared... El mundo se había vuelto raro”, continúa.

En 1974 se reencontró con su mamá y su papá en Argentina. “Y fue el Golpe en Argentina”. Allá reprodujo un círculo de amigos hijos de comunistas y recuerda

haber sido muy feliz, aunque la profunda depresión de su madre ya le afectaba más de lo que percibía.

El 79 volvieron a Chile los tres, Vicky fue dirigente, estuvo presa 10 días “y los pacos nos hicieron desnudarnos a todas”. El 80 supo de jóvenes violadas en la universidad y tuvo temor. Entonces, cuando le ofrecieron salir, no lo dudó. Viajó a Francia y de allí a la URSS donde estudio Periodismo.

Regresó el 89, con su compañero (hijo de un ejecutado político), con el cual hoy comparte su vida y una hija. Pertenece a las Feministas Autónomas y trabaja como terapeuta en una casa de acogida para mujeres víctimas, en El Bosque.

“Por 17 años no sólo viví violencia política, también de género. Irme de Chile fue liberarme, pero allá no se cumplieron mis expectativas del mundo socialista. Sigo siendo de izquierda, pero la discriminación de género la sentí más fuertemente en la URSS, donde las pifias de nuestra cultura latina eran clarísimas. Hoy sostengo que la autonomía es lo mejor y no ser parte de un partido político”.

Realizada por el Premio Nacional de Literatura 2006

Entrevista a Manuel Guerrero Ceballos

José Miguel Varas. LN 31 de diciembre de 2006

El 29 de marzo de 1985, el profesor del colegio Latinoamericano y dirigente comunista Manuel Guerrero Ceballos fue secuestrado desde las puertas del establecimiento junto al apoderado y miembro de la Vicaría de la Solidaridad, José Manuel Parada. El día siguiente, los cuerpos degollados de Manuel, de Santiago Nattino y de José Manuel Parada fueron encontrados en un sector de Quilicura. Pero Manuel Guerrero ya había sido detenido y herido a bala por la DINA en junio de 1976. Aquí, una entrevista inédita realizada en el extranjero por el escritor José Miguel Varas en marzo de 1977, tras su liberación y salida del país.



Quienes pudieron leer el informe del grupo ad-hoc de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, están familiarizados con el nombre: Manuel Guerrero. El “caso Manuel Guerrero” es uno de los tantos que aparecen documentados en este informe. Es un caso muy singular, pues se trata de un preso político chileno que fue detenido en plena calle, que fue baleado en la calle; que posteriormente desapareció, como es habitual hoy en Chile, y que, sin embargo, pese a todo, reapareció y logró posteriormente su libertad.

Esta noche Manuel Guerrero se encuentra con nosotros y quisiéramos hacerle algunas preguntas sobre los aspectos que podríamos llamar increíbles de la experiencia vivida por él. Y también de las causas que produjeron este feliz resultado de que se encuentre hoy vivo, temporalmente fuera de Chile.

Manuel Guerrero, conocido como dirigente estudiantil es un hombre joven, ¿de qué edad?

-28 años.

-¿Casado hace poco?

-¡Tengo dos hijos!

-Yo creo que sería interesante, en primer término, escuchar directamente de sus labios el relato de cómo se produjo la detención.

-Yo salía de mi casa, el 14 de junio de 1976, con mi esposa que se encontraba embarazada de seis meses, me dirigía al trabajo, cuando cerca de mi hogar irrumpió un vehículo y se desplazaron varios individuos y sin mediar palabra ni identificación alguna procedieron a golpearme, con pies y manos, en el rostro, en la cabeza, en el cuerpo y también a mi esposa...

-¿En qué lugar ocurrió esto?

-Esto ocurrió en la calle María Elena, en el paradero 25 de la comuna de La Florida de Santiago.

-¿Cuántos eran los individuos?

-Los que en ese instante me agredieron y bajaron de una Renoleta de color celeste eran dos, pero después me enteré que en esa operación participaron de diez a doce individuos. Procedieron a golpearme, mi esposa irrumpió en gritos y yo solo atiné a exigir identificación, y ante eso solo recrudescieron los golpes que me daban en distintas partes del cuerpo. Como es natural yo opuse una lógica de resistencia, ante la cual procedieron a balearme. Inicialmente no me di cuenta que había recibido un impacto de bala, sino que solo sentí un gran dolor que me oprimía el pecho y me doblé hacia delante. Debido a esto me tomaron en vilo y me arrojaron con gran fuerza al interior de un vehículo, lo que hizo que mi cabeza se estrellara contra la puerta contraria, que se encontraba en ese momento cerrada. La última imagen que guardé fue de mi esposa, que lloraba y pedía ayuda a los transeúntes que a esa hora, diez de la mañana, caminaban por la calle María Elena de La Florida.

-¿Había mucha gente presente cuando ocurrió esto?

-Efectivamente, había gran cantidad de vecinos que a esa hora acudían a hacer compras para el hogar.

-¿Y qué pasó después?

-Una vez en ese vehículo me golpearon el rostro con una bota, estrellándomelo contra el piso, tras lo cual me tomaron ambos brazos, me los cruzaron por la espalda, los esposaron, y me levantaron un poco para pegarme una tela adhesiva a los ojos. El vehículo partió con gran rapidez, y yo me debatía en ese instante en un estado de semi inconsciencia, solo escuché que ellos indicaban que me llevarían a un lugar que para mí, naturalmente, era desconocido.

Una vez detenido el vehículo, habiendo transcurrido, se me ocurre que treinta a cuarenta minutos, me hicieron bajar por mis propios medios, y a pesar que sangraba copiosamente, tuve que arrastrarme por el piso del vehículo hasta pararme y me exigieron caminar. Como estaba con las manos esposadas y, además, herido, y me encontraba en estado de oscuridad absoluta, caminé y ante cada paso que daba me caía o tropezaba, o simplemente me desmayaba... Ellos, mientras tanto, se burlaban de mí, se reían, incluso en un instante me hicieron avanzar y me

precipité por una escalera al suelo. Todo eso, posteriormente analizado, forma parte de todo un sistema de intimidación y humillación de parte de los agentes de la DINA hacia el detenido. Fui conducido a un salón, me parece, por el eco de las voces, donde, a pesar de encontrarme herido, me desnudaron y comenzaron a darme golpes en diferentes partes del cuerpo, de preferencia en la parte herida por la bala...

-O sea que no hubo ni un simulacro de atención médica, sino que de inmediato comenzaron a torturarlo aún estando herido, en esas condiciones.

-Exactamente.

-Y, ¿la herida era grave? ¿Qué parte del cuerpo afectaba?

-Yo, en ese momento, cuando iba en el vehículo, empecé a sentir sangre que cubría mi piel, y comencé a tener dificultades para respirar, por lo que presumí que la herida –y posteriormente se confirmó- había salido en el pecho. La bala me ingresó por el costado inferior de la tetilla derecha, para quedar alojada, sin salida, bajo la axila izquierda, es decir me atravesó todo el pecho...

-Entonces es una suerte realmente extraordinaria que estemos conversando en este momento ...

-Efectivamente. Solo circunstancias extraordinarias hicieron que esa bala, que ingresó en el costado derecho y atravesó todo el pecho, no perforara el corazón o el pulmón, y significara la muerte inmediata. Pero respondiendo su pregunta, no solo no recibí atención médica, sino que ellos me procedieron a golpear -estando desnudo, con los ojos vendados y montado sobre una tarima-, la zona de la herida, los pies, la cabeza, distintas partes del cuerpo, a la vez que aplicaban pequeñas y grandes descargas eléctricas incluso en la herida.

-¿Cuánto tiempo duró, digamos, esta primera sesión, y cuánto tiempo duraron en general las torturas?

-Conmigo estuvieron durante todo ese día 14 de junio. En tres ocasiones me plantearon un ultimátum de muerte. Hicieron aparecer posteriormente a un pseudomédico, quien me indicó que si yo no colaboraba, en cosa de veinte minutos iba a morir porque la hemorragia interna era muy grande. Esa situación se presentó en dos ocasiones más, hasta que -debido a mi extrema gravedad-, efectivamente estaba convencido que aquella tarde fallecía. En la noche de ese día fui trasladado nuevamente a un vehículo y llevado a un lugar desconocido, donde recién me dieron algunas mínimas atenciones, que para mí estaba completamente claro que eran para recuperar mi salud, sino que simplemente para evitar que muriera y poder seguir torturándome en los días siguientes.

-Como quien dice, evitar que muriera antes de tiempo...

-Así es. Ellos estaban muy furiosos que durante todas esas horas no quedaran satisfechos con todas mis respuestas, y solo me dieron atención médica para evitar mi colapso definitivo. Y en ese recinto, al que ingresé -y que estoy casi convencido que se trata del Hospital de Carabineros de Santiago-, con la venia y el acuerdo absoluto del director de ese establecimiento, me ingresaron con nombre falso y solo me dieron la atención mínima para evitar que la hemorragia me hiciera sucumbir. Durante los días siguientes fui golpeado nuevamente en ese recinto, a pesar de la atención que me daban allí las enfermeras o los médicos.

-¿Qué fuerzas, en virtud de qué circunstancias, después de encontrarse completamente aislado, completamente en manos de la DINA, en una

situación tan difícil, como la que nos acaba de describir, logró reincorporarse al mundo habitual de los seres humanos?

-En el recinto que recibí la atención médica inicial, yo era un objeto que permanecía en la oscuridad total, producto de las vendas que cubrían mis ojos. Permanecía allí durante cuatro o cinco días, para que luego me sacaran de ahí y someterme a nuevos “interrogatorios”, trasladándome a un recinto -que posteriormente me enteré que se trataba de Cuatro Álamos. En ese lugar solo recibí atención médica ocasional, incluso esos médicos o enfermeros que allí me atendían, nunca hicieron una revisión adecuada e indicaban que sólo me atendían para silenciar o responder las acusaciones que se hacían en ese instante contra la Junta y contra los métodos represivos. Por aquellos mismos días en que yo estaba siendo torturado y desaparecido, en Santiago se encontraba sesionando la Asamblea de la OEA, que justamente examinaba la violación de los derechos humanos en nuestro país.

En el recinto de Cuatro Álamos permanecí otra semana más, hasta que finalmente fui trasladado -sin que me lo dijeran expresamente- a Tres Álamos, donde se encontraban los presos en libre plática. Recién, allí, me enteré de que mi esposa no había sido detenida ni estaba desaparecida, debido a la gran conmoción pública que mi detención y baneo había generado en el sector. Los meses de junio y julio de 1976 fueron los meses de más altos índices de desaparecidos, siendo determinante la existencia de testigos o no, en esa aparición. Por lo tanto, mi aparición y reconocimiento como preso parte del hecho de la existencia de testigos...

-¿Cuál fue el comportamiento de su esposa inmediatamente después que el vehículo que lo llevaba a usted herido se alejó del lugar?

-Estaba convencida que iba a perder al bebé que llevaba en su vientre, y gritaba “se llevan a mi esposo, ayúdenme, son agentes de la DINA”. Debido a esta situación se juntó en torno a ella una gran cantidad de personas, que de hecho impidieron que los agentes se la llevaran. Esto impulsó a mi esposa a presentar un recurso de amparo, a movilizarse a los tribunales correspondientes, ante la Cruz Roja Internacional, ante diferentes organismos de carácter humanitario que existen en nuestro país, exigiendo mi reconocimiento como detenido y mi aparición. Quisiera señalar que, durante todo ese tiempo que me encontré desaparecido, el recurso de amparo fue rechazado por la Corte de Apelaciones.

-Seguramente el ministro del Interior, general Benavides, debe haber dicho que don Manuel Guerrero no estaba detenido...

-Efectivamente. El Ministerio del Interior respondió al requerimiento de la Corte de Apelaciones que yo no estaba en manos de la DINA, ni de ningún organismo de los que llama de “seguridad” de la Junta. Esto hacía que mi familia estimara que yo posiblemente estuviera muerto. Incluso tuvieron que ir a la morgue por si el cadáver de su ser querido está en ese lugar. Debido, entonces, a todas estas circunstancias, además de la gran presión internacional que se ejercía en aquel instante sobre la Junta por el caso de los desaparecidos, y también por mi pasado de dirigente estudiantil, los organismos represivos me hicieron aparecer en el campamento de Tres Álamos. Estando allí visitó el campamento la Cruz Roja Internacional, que pudo verificar que yo había recibido torturas de parte de la DINA.

También visitó el campamento de Tres Álamos el Presidente de la Corte Suprema, quien pidió verme, y ante quien reiteré la denuncia que con anterioridad mi esposa le había hecho, y se inició una suerte de investigación que finalizó en que -en el transcurso del mes de noviembre de 1976- la primera fiscalía militar de Santiago se declaró incompetente por falta de pruebas y por no haber podido determinar

quienes habían sido los que me habían mantenido en su poder, a pesar de los indicios fehacientes que indicaban que yo había sido baleado y que alguien me había hecho aparecer en el campamento de Tres Álamos. Es decir, esto solo reiteraba la mascarada judicial que existe en nuestro país, y que actualmente, dado los fallos que han emitido los tribunales, han puesto en interdicción a los propios tribunales de justicia con el régimen de Pinochet.

-A través de su propia experiencia personal, y en el contacto con otros prisioneros políticos, sin duda usted ha podido saber y conocer los métodos que utiliza la DINA.

-La DINA y los demás organismos represivos tratan de desarrollar la idea de su omnipotencia, ante la que cualquier manifestación de oposición a la dictadura resultaría estéril. Esto, por supuesto, es un objetivo que trata de detener, aplastar, paralizar cualquier manifestación en contra de la dictadura. Pero, por cierto, no pueden evitar el creciente aislamiento de la Junta militar.

Ellos chantajejan al prisionero respecto de la vida del resto de su familia, pero todo indica que los organismos represivos, como la DINA, no respeta, precisamente, la familia por una actitud de colaboración o de delación que pudiera tener alguna de sus víctimas. Y justamente la defensa del desaparecido, como la defensa de su familia, está dada por la capacidad que ella tenga de denuncia la detención, de los trámites que ella haga ante los organismos nacionales e internacionales, que impida que aquella víctima, que aquel detenido se transforme en un nuevo muerto, producto de la política represiva de Pinochet.

-La experiencia ha demostrado que la única esperanza de salvar a los detenidos desaparecidos es, precisamente, la vigorosa denuncia ante todos los organismos y ante todas las personas posibles, dentro y fuera de Chile.

- También ellos utilizan, en el trabajo represivo con los desaparecidos, el quebrantamiento moral, espiritual, el rebajar al detenido a la situación de objeto. Con esto, naturalmente, pretenden transformar a aquel detenido en un ser absolutamente entregado a su voluntad. La fuerza que posibilita que uno pueda resistir en aquellas circunstancias, es justamente sus convicciones, son precisamente sus ideales, es precisamente el inmenso cariño que lo une a sus familiares, a su patria, a la razón de ser de su vida, es lo que permite que en aquellos momentos tan duros de la tortura, de la incomunicación y del dolor extremo, uno saque fuerzas morales para resistir, para guardar esperanzas en reconquistar la libertad, en reunirse con su familia y nuevamente rehacer lo que podría denominarse una vida normal.

A través de mi caso, y de diferentes casos, podría señalar que se demuestra que por increíbles que sean las torturas, por más que los organismos represivos traten de anularle los diferentes sentidos y transformarlo en un ser completamente desposeído de atención y aislado del mundo, uno guarda esta reserva, guarda esta capacidad de seguir adelante en el recuerdo de sus seres queridos, en el deseo de vivir, en el deseo de seguir trabajando por lo que considera el norte de su vida. En esa dignidad está la gran defensa del detenido desaparecido. La inmensa mayoría de los detenidos, salvo contadas excepciones, guarda frente a sus verdugos y los carceleros una actitud digna, de desprecio ante estos individuos que matan, torturan, degradan al ser humano, tras lo cual esconden una gran cobardía, esconden un gran miedo, esconden un gran pánico ante la posibilidad de un cambio histórico en nuestro país. Y este temor, que ellos disfrazan de brutalidad, pretende sin éxito aplastar y destruir a cada uno de los detenidos.

Los medios escritos contra la dictadura

Se rompe el silencio

Richard Vera 31 de diciembre de 2006

El largo paréntesis de censura impuesto por el régimen militar concluyó a partir de 1976 cuando un puñado de publicaciones independientes surgió para contar lo que estaba prohibido y promover el regreso a la democracia.



Hasta el 10 de septiembre de 1973 todas las posiciones del espectro ultrapolitizado que caracterizaba el país tuvieron su expresión. A partir de entonces se impuso un largo paréntesis.

Tras el golpe que derrocó al Presidente Salvador Allende, la Junta Militar incautó y/o destruyó diarios y radioemisoras que habían apoyado a la Unidad Popular. Televisión Nacional fue intervenida. El resto de los medios, de grado o por fuerza, quedó bajo una eficiente censura.

La muerte de José Carrasco, en 1986, fue la culminación de una ola de asesinatos de gente de los medios de comunicación que partió el mismo día 11 de septiembre. El Informe Valech consignó que durante la dictadura militar 23 periodistas fueron asesinados y/o desaparecidos y 230 periodistas fueron víctimas de prisión política y tortura. "Morir es la Noticia", un libro de autoría colectiva publicado en 1998, reunió el perfil de más de un centenar de trabajadores de la prensa, estudiantes de periodismo, reporteros gráficos, camarógrafos, locutores y cineastas que figuran como víctimas trágicas de este período.

Por el crimen de José Carrasco y de la joven periodista Diana Aaron están en prisión los mismos de siempre, la gavilla de asesinos que actuaron con todo el poder que Augusto Pinochet confirió a la DINA y a su fundador, Manuel Contreras. En la impunidad permanece, entre otros, el crimen de Charles Horman, joven periodista estadounidense ejecutado en el Estadio Nacional el 18 de septiembre de 1973, cuyo caso dio origen a la película "Missing".

Tras el golpe, cientos de periodistas, estudiantes de esta carrera y trabajadores del sector fueron cazados, encerrados en cárceles y campos de prisioneros o lanzados al exilio.

Se instituyó una censura absoluta. Las radioemisoras debían grabar sus noticiarios y enviar grabaciones y libretos al edificio Diego Portales, sede del gobierno y de la

Dirección Nacional de Comunicación Social, la temida Dinacos. Desde ese mismo lugar salían las disposiciones para los medios y las recurrentes citaciones a sus directores para instruirlos acerca de lo que podían o no tratar.

En febrero de 1974 sobre el 50 por ciento de los periodistas estaba cesante. En Santiago, de los once diarios existentes hasta el 10 de septiembre del año anterior sólo quedaban cuatro; cinco radioemisoras habían sido bombardeadas y expropiadas; desaparecieron las revistas de izquierda.

Censura y autocensura

De los primeros efectos de la censura supieron medios autorizados por la Junta, como Qué Pasa, Ercilla, La Segunda y Las Últimas Noticias, que en 1973 y 1974 llegaron a aparecer con columnas completas en blanco, según recordó el informe de la Comisión Valech.

El mayor rigor lo sufrió Radio Balmaceda. En marzo de 1975 fueron suspendidas sus transmisiones por diez días y quedó sometida intermitentemente al régimen de censura previa, hasta que el 22 de marzo de 1976 fue clausurada definitivamente. Su director, Belisario Velasco, fue desterrado por más de tres meses a la localidad altiplánica de Putre.

En el mismo período una edición completa de revista Ercilla, que dirigía Emilio Filippi, fue requisada por las autoridades.

“A Radio Presidente Balmaceda se le acusó de fomentar una campaña de desabastecimiento de azúcar y de transmitir informaciones dañinas para los propósitos nacionalistas del gobierno. El cargo contra Ercilla fue el de publicar artículos tendenciosos destinados a desfigurar la imagen del Supremo Gobierno”, consignó la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA en su informe de 1977.

El mismo organismo constató que el Bando Número 100 de la Jefatura de la Zona de Estado de Emergencia había prohibido difundir “toda noticia, comentarios, réplicas, críticas, declaraciones, exposiciones, manifiestos, discursos y comunicaciones” sobre la expulsión del país de los abogados Eugenio Velasco y Jaime Castillo y sobre la violenta agresión que un grupo de obispos chilenos había recibido en el aeropuerto de Pudahuel por parte de agentes de la DINA, a su regreso de un encuentro religioso en Riobamba, Ecuador.

“En algún aspecto, lo más grave que sucedió en Chile a partir del 11 de septiembre de 1973 fue la suspensión de la libertad de opinión y de información. Si hubiera existido libertad de expresión habría sido imposible concebir los crímenes masivos sufridos en nuestro país. ¿Cómo imaginar, por ejemplo, la existencia de “cárceles secretas” o “centros de tortura” ubicados a escasas cuatro cuadras del palacio de La Moneda, en calle Dieciocho N° 22, simbólicamente en el mismo lugar donde anteriormente funcionó Clarín, si hubiera existido libertad de información?”, señala el abogado Andrés Aylwin.

Termina el silencio

Hubo que esperar hasta 1976 para que aparecieran los primeros órganos impresos independientes o contrarios a la ideología del régimen militar. Venciendo toda suerte de obstáculos, presiones, amenazas y agresiones, sus periodistas pudieron mostrar la otra cara de la moneda, lo que realmente estaba pasando.

Destaca en este nuevo escenario la revista “Solidaridad”, editada al alero de la Vicaría de la Solidaridad y permanente órgano de denuncia de la represión.

Aparece también “APSI”, que consigue superar el obstáculo de la censura presentándose como un medio de análisis internacional.

En 1977, ante el traspaso de “Ercilla” al grupo económico de “los pirañas”, sus periodistas abandonan este medio para crear la revista “Hoy”. Luego aparecen “Análisis”, “Cauce” y “Fortín Mapocho”. En 1987 sale a las calles el diario “La Epoca”.

La avidez por información queda en evidencia con el éxito de estas publicaciones que llegan a vender decenas de miles de ejemplares con algunas de sus ediciones en que tocan algunos de los temas más candentes del momento.

Comienza la derrota de la censura y de la información dirigida. Pero es un camino largo y sembrado de incertidumbre y de peligrosos recodos.

Secretos develados

Además de su mística, valentía y solidez de principios, al personal de estos nuevos medios se debe reconocer su consistencia profesional para realizar verdadero periodismo de investigación y sacar a la luz temas que la dictadura intentaba mantener reservados y secretos. Como los negocios de Augusto Pinochet y sus parentela; el saqueo del Estado por parte de los grupos económicos surgidos de la incubadora del régimen o las andanzas de los servicios de inteligencia con su secuela de asesinatos y torturas.

A “Cauce” se debe el temprano conocimiento que tuvo el país de las escandalosas operaciones de compras y venta de terreno que culminaron con el caso de El Melocotón y la construcción de la mansión del dictador en el Cajón del Maipo. El régimen intentó evitar la denuncia decretando el Estado de Emergencia, censuró al medio y a otras publicaciones y dictó una nueva Ley de Abusos de Publicidad.

Fue en vano. Pronto surgieron otras revelaciones en torno al búnker faraónico que Pinochet se construía en Lo Curro y a los negocios de los familiares del dictador.

Impactante y a prueba de desmentidos fue “La Historia Oculta del Régimen Militar”, minuciosa investigación sobre los hechos y los protagonistas que entran y salen del ruedo en la evolución de la dictadura y que publicó “La Epoca” en entregas semanales.

Al semanario “Hoy” se debe reconocer la amplitud de su pauta y la solidez de sus contenidos. A “APSI”, su frescura y la capacidad de transgresión planteada a través de sus artículos. A “Análisis”, su infatigable labor de denuncia. A “Fortín”, su vocación para reconocer e identificarse con los temas que acongojaban a los sectores populares. A la “Epoca”, su fortaleza intelectual y su disposición al debate para orientar la reconstrucción de la democracia.

Bajo peligro permanente

Todo este ejercicio, por cierto, no estuvo nunca libre de impedimentos, amenazas y castigos.

En estos días en que la muerte del dictador -el término que más abunda en la prensa internacional para referirse a Augusto Pinochet-, impulsa el análisis renovado de lo que fueron sus 17 años al frente del país, resalta unánime el balance en torno a la inescrupulosidad de sus agentes represores para asfixiar toda tentativa de ejercicio de la libertad para informar. Algunos casos puntuales recogidos casi al azar nos permiten una visión somera de ese pasado quemante que los periodistas enfrentaron y resistieron, en una postura ética que debemos recordar con orgullo.

En junio de 1979 “Hoy” sufre dos meses de suspensión porque, según el régimen, en entrevistas publicadas por esa revista, los dirigentes izquierdistas Clodomiro Almeyda y Carlos Altamirano ridiculizaban la decisión del régimen de prohibir los partidos políticos.

En 1982 es clausurada “APSI” por editar un número humorístico titulado “Las mil caras de Pinochet”. La publicación no alcanza a salir a las calles. La edición completa es requisada y sus responsables sufren prisión y un largo juicio por “asesinato de imagen”.

A partir de 1983 las “protestas” obligan a una apertura inesperada de los medios oficialistas, que por primera vez se ven compelidos a aceptar las opiniones de los líderes opositores, hasta entonces proscritos por la prensa del régimen y sólo reconocidos por el periodismo alternativo.

El balance de 1984 dio por resultado un total de 21 clausuras y censuras de medios y más de 30 detenciones por requerimientos judiciales y encargatorias de reo. Amén de las golpizas, allanamientos, amedrentamientos y relegaciones de periodistas, según resumió Faride Zerán en un estudio: “Atentados a la libertad de expresión en Chile, 1973-1987”.

Paradigma de lo ridículo y arbitrario en este capítulo de la historia de la censura es el bando militar que impuso a las revistas opositoras la prohibición de publicar fotografías, apareciendo los espacios en blanco donde teóricamente debían ir las imágenes. Igual de impresentable resulta la detención e incomunicación dictada por la justicia militar contra Manuel Salazar, periodista de “La Epoca”, por descubrir la identidad de la mujer que bajo la chapa de Liliana Walker acompañó a Fernández Larios a Estados Unidos para actuar en los preparativos del asesinato de Orlando Letelier.

En 1985, el decreto 571 suspendió seis revistas opositoras e impuso censura a “Hoy”. El Decreto Exento 324 de ese mismo año prohibió informar sobre los partidos políticos, llamados a protestas y actos terroristas. Esta legislación mediante decretos plagados de vaguedades permitió el ejercicio de diversas arbitrariedades contra estos medios de prensa.

En la madrugada del 7 de septiembre de 1986, horas después del atentado contra Pinochet en la cuesta Las Achupallas, la jauría vengadora de la CNI asesina a José Carrasco, editor internacional de “Análisis”. El régimen clausura las revistas “APSI”, “Análisis”, “Hoy”, “Cauce”, “La Bicicleta” y “Fortín Mapocho” y a varias agencias de noticias.

En junio de 1988, el gobierno entabla un requerimiento contra “Apsi”, “Análisis”, “Cauce” y “Fortín Mapocho” por haber publicado un aviso pagado del Comité Central del Partido Comunista de Chile dando a conocer su posición frente al plebiscito anunciado por el régimen con el ánimo de perpetuar por otros ocho años a Pinochet.

Esta práctica del régimen, de cara a la consulta de 1988 que en definitiva decidiría el término de la dictadura, aparece enjuiciada en el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos: “Durante el período examinado han recrudescido las acciones entabladas contra órganos de expresión o contra periodistas que no comparten las posiciones oficiales (...). Existen cerca de 30 periodistas procesados por los tribunales, entre los cuales se encuentran la totalidad de los directores de la prensa opositora, algunos de los cuales enfrentan varias causas” y “encaran la posibilidad que se les pueda imponer sentencias de hasta 10 años de presidio”.

“Cauce” quebró en 1989. “Fortín Mapocho” concluyó su andadura en 1990. “Vamos a comerciales y volvemos”, anunció en portada con su humor característico. “Página Abierta”, nacida en 1989, tuvo una corta vida de dos años. “Pluma y Pincel” y “Análisis” sobrevivieron hasta el 93. “La Epoca”, después de muchos avatares, cerró sus páginas en 1997. “APSI” murió en 1994. “Hoy” aguantó con dignidad hasta el 98.

La prensa que no calló

Juan Pablo Cárdenas S.

Cuesta mucho entender que una dictadura acepte el desarrollo de medios de comunicación disidentes. Una de las primeras disposiciones de la Junta Militar fue clausurar diarios, radios y revistas, tomar control estricto de la televisión y aplicar censura previa al quehacer periodístico autorizado. El bloqueo informativo recién empezó a ser vulnerado 4 ó 5 años después del Golpe Militar, con la irrupción de algunas revistas y radioemisoras que fueron siempre agredidas por la autoridad y cuya bella y particular historia habla de derroteros múltiples para subsistir, soportar el acoso y hacerse imprescindibles en la lucha contra la opresión y el desarrollo de la movilización social que forzaría la derrota del autoritarismo.

Uno de los civiles vinculados al pinochetismo me confesó una vez que el Régimen Militar jamás temió al desarrollo de estas modestas publicaciones, habida conciencia de que todos los canales de TV, la mayoría de las radios y la gran prensa le eran completamente serviles. En las Naciones Unidas, incluso un diplomático se permitió exhibir un ejemplar de la revista Análisis en su vano afán de defender la idea de que en Chile reinaba el respeto por la libertad de expresión.

Sin embargo, todo cambiaría a partir de la llamada Consulta Nacional de 1980 y la evaluación que la Dictadura hiciera sobre la influencia de estos medios en las protestas y la unidad política y social del pueblo. Efectivamente, lo que vino fue todo un itinerario de persecuciones ante los tribunales civiles y militares abyectos, prolongadas clausuras en virtud del Estado de Sitio, la persecución inclemente a los periodistas y sus familiares, como el horrendo homicidio del periodista y dirigente gremial José Carrasco Tapia. Muy de paso, digamos que el hostigamiento a la prensa sirvió para que diarios y revistas disidentes concitaran la solidaridad internacional, aumentaran explosivamente sus tirajes y consolidaran la más estrecha y efectiva vinculación con los chilenos y organizaciones disidentes de todo el país y el exilio. De allí, se hizo imposible el afán de la Dictadura por silenciar al periodismo libre; por el contrario, lo que vino fue el desarrollo de otros múltiples canales de expresión estudiantiles, culturales y sindicales, así como la inmediata presencia de medios clandestinos cada vez que se impuso oficialmente la clausura.

Además de estimular el levantamiento popular, la prensa clandestina, como la disidente, tienen el mérito de haber registrado prácticamente todos los horrores de la Dictadura. En este sentido, la investigación periodística y el trabajo de los abogados de Derechos Humanos contribuyen hasta hoy en el esclarecimiento de los crímenes y el castigo moral y punitivo a los culpables. Además, los periodistas estamos ciertos que nuestra oportuna denuncia desbarató e inhibió otras operaciones del terrorismo de estado y ayudó a que se salvaran vidas y cesara la tortura como la cárcel para muchos detenidos. Sanguinarias acciones como las de la Caravana de la Muerte, la de Corpus Christi, el Triple Degollamiento de Guerrero, Nattino y Parada fueron descubiertas por estos medios y resueltas por el periodismo

mucho antes que por los tribunales. Asimismo, el periodismo libre registró todas las operaciones fraudulentas de privatización y agresión a los trabajadores, así como el enriquecimiento ilícito del Dictador, a excepción de un descubrimiento posterior: sus millonarias cuentas en bancos extranjeros.

Pero lo que más ha costado entender es porqué estos medios que se levantaron y sostuvieron bajo la Dictadura murieron con la Transición. Sin embargo, a 16 años de iniciada la recuperación democrática es claro que el primer gobierno concertacionista (contrario a lo que predicó) efectivamente se impuso del exterminio de estos medios disidentes. Política que esencialmente consistió en bloquearles al inicio la ayuda externa, segregarlos de la publicidad estatal y, cuando fue necesario, adquirirlos con recursos de los gastos reservados y otras consabidas “malas artes” para proceder a su clausura. Estrategia comunicacional que se explica en otra evaluación que las nuevas autoridades hicieran: estos medios y sus periodistas derivarían en hostiles vigías de una transición que haría “justicia sólo en la medida de lo posible”, que sacralizaría el modelo económico de inequidad y reduciría el “servicio público” al juego cupular. Preferible fue emprender, entonces, una “política de seducción” a los medios que fueron cómplices e incondicionales a la Dictadura, para garantizarse una oposición discreta y que se tomara muchos años en difundir las aberraciones del presente.

Para que no olvidemos...

LN 31 de diciembre de 2006



1 El golpe militar del 11 de septiembre de 1973 derrocó un Gobierno elegido democráticamente y provocó la muerte del Presidente Salvador Allende Gossens.

2 La dictadura civil-militar suprimió las libertades civiles, cerró el Congreso Nacional, quemó el Registro Electoral, confiscó las imprentas, radios y edificios de la prensa de izquierda, mantuvo al país por más de una década bajo toque de queda, ordenó la detención de todos los ministros y altas autoridades del gobierno de la Unidad Popular y de los parlamentarios afines.

3 La dictadura ordenó la muerte de más de 3 mil personas e hizo desaparecer a otro millar de ciudadanos; torturó a más de 30 mil chilenos y chilenas; encarceló a más de 150 mil y empujó al exilio político y económico a casi un millón de compatriotas.

4 El gobierno civil-militar de Pinochet instigó y avaló el doble homicidio del ex comandante en jefe del Ejército Carlos Prats y su esposa Sofía Cuthbert, asesinó al ex ministro de Relaciones Exteriores Orlando Letelier, y atentó contra el ex Vicepresidente de la República Bernardo Leighton y su esposa Anita Fresno.

5 La dictadura creó y permitió la operatividad de organismos represivos como la DINA y CNI que mantuvieron cárceles secretas conocidas como Londres 38, José Domingo Cañas, Venda Sexy, Villa Grimaldi, el enclave de Colonia Dignidad y campos de prisioneros en el Estadio Nacional y el Estadio Chile, en Pisagua, Tejas Verdes, Isla Dawson y en el buque escuela “Esmeralda”.

6 La dictadura civil-militar implementó un régimen económico que generó -en su peor momento- un 35% de cesantía y más de 5 millones de pobres en 1989.

7 El modelo económico implantado por el gobierno civil-militar de Pinochet obtuvo nefastos resultados: durante los 17 años de dictadura -1974-1989- el PIB del país creció sólo 2,8% promedio anual, contra el 5,6% de los años en democracia (1990-2005). La tasa de desempleo fue de un 17,7% anual promedio; la deuda externa subió hasta alcanzar el 100,7% del PIB; el consumo privado por habitante bajó a menos 1,3% y recién en el año 1987 se recuperó el ingreso per capita que los chilenos teníamos en 1973.

8 La dictadura civil-militar despojó al Estado de empresas públicas que fueron el orgullo y sustento del desarrollo de Chile hasta 1973. Éstas, a precio de liquidación, pasaron a manos de un puñado de funcionarios públicos que manejó la economía durante la dictadura. Todo esto provocó un daño al patrimonio nacional de varios miles de millones de dólares.

9 Pero no sólo los civiles que participaron en el gobierno militar se enriquecieron impunemente durante la dictadura, también el propio dictador Augusto Pinochet Ugarte amasó una fortuna que sobrepasa, según la información recopilada por la justicia hasta la fecha, los 28 millones de dólares.

Prensa Uniformada

Letras cómplices

Francisco Martorell. 31 de diciembre de 2006

Los directores de medios y los periodistas que trabajaban en ellos se dieron cuenta rápidamente que el golpe de Estado, tras la muerte de Salvador Allende, tendría una segunda víctima: la libertad de expresión. Diarios y revistas clausuradas, radios bombardeadas y decenas de periodistas encarcelados, algunos desaparecidos y cientos en el exilio fue el primer saldo.



El Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, dirigido por el ex senador Raúl Rettig, fue categórico: “la desinformación de la Opinión Pública contribuyó sin duda a mantener las violaciones a los Derechos Humanos”.

El escrito, encargado por el Gobierno de Patricio Aylwin y dado a conocer en marzo de 1991, dice que en el primer periodo, etapa que marcó los 17 años de dictadura, los medios de prensa que “sobrevivieron” adhirieron al régimen militar, publicando y difundiendo la información que éste les solicitaba “sin preocuparse de averiguar la verdad”.

El informe no hace diferencia de soporte. Tanto la prensa, como la radio y la TV, son severamente cuestionadas, se asegura, porque “mantuvieron una actitud tolerante con las violaciones a los DDHH”.

Según un reciente manifiesto del Colegio de Periodistas de Chile, donde fija su posición respecto a lo ocurrido esos años, “la dictadura, con el objeto de desinformar a los chilenos, generó usinas de rumores, montó campañas comunicacionales y utilizó medios de reconocido prestigio en la ciudadanía para engañar al mundo entero”.

El control impuesto por las nuevas autoridades, vía censura previa hasta diciembre de 1973, fue paulatinamente relajándose porque los medios internalizaron la autocensura y compartieron las políticas del nuevo gobierno. Tal hecho fue confirmado por María Eugenia Oyarzún, periodista y alcaldesa de Santiago durante el gobierno militar, quien en la revista “A toda Prensa señaló que lo más grave fue la autocensura.

Para Juan Pablo Cárdenas, premio Nacional de Periodismo 2005 y ex director de la revista “Análisis” (1977-1993), el golpe “desgarró nuestro quehacer y alineó a los comunicadores sociales en dos expresiones diametralmente distintas: los que se arrodillaron ante los gobernantes de facto y los que intentaron romper el bloque informativo impuesto por el régimen militar”.

La diferencia entre unos y otros fue que los propietarios de diarios y revistas, así como las autoridades de los canales de TV o radios que se mantuvieron, adhirieron sin miramientos a las nuevas políticas, y los periodistas, que en algunos casos no estaban de acuerdo, debieron callar o sufrir las consecuencias. Recién a fines de los 80 pudieron sentirse voces disidentes dentro de la prensa nacional, sin embargo minoritarias y que, además, sufrieron las consecuencias de su arrojo. Otros periodistas, desde medios afines al régimen, no dudaron en sumarse a las campañas comunicacionales de la dictadura.

DE LA FALSEDAD AL MONTAJE

Si bien en los primeros días tras el golpe de 1973 e, incluso, en los meses siguientes se produjeron acciones de prensa cuya única finalidad era ocultar los fusilamientos y crímenes, también la prensa escrita se prestó para operar contra las depuestas autoridades haciéndose eco de las informaciones que surgían de las usinas de rumores creadas por los nuevos gobernantes. El Presidente Allende fue el centro de los ataques. Luego sus colaboradores.

En esos días, también, sin cuestionamiento alguno, los medios se hicieron eco de una versión que tardó años en desmoronarse y que, para los más fanáticos de la dictadura, hoy sigue justificando la asonada del 11 de septiembre: el llamado Plan Zeta.

Se trató de un burdo montaje que nació, según la investigación del periodista Francisco Herreros, el 17 de septiembre de 1973. “El servicio de inteligencia de la

Armada filtró al corresponsal en Concepción de los diarios El Mercurio y Las Últimas Noticias, Julio Arroyo Kuhn, la existencia de ‘un plan destinado a decapitar la cúpula militar y eliminar a la oposición al gobierno de Allende’”, relató Herreros.

La información, “de buena fuente”, según Arroyo, fue reproducida luego en Santiago, por “El Mercurio”: “El descerrajamiento de la caja fuerte de la Subsecretaría del Interior dejó al descubierto el minucioso plan elaborado para que se cumpliera el 17 de septiembre, a fin de asesinar simultáneamente a los jefes de las Fuerzas Armadas, políticos de oposición, periodistas y profesionales que discreparan con el gobierno depuesto”.

El hallazgo, que luego fue oficializado en el “Libro Blanco” de la dictadura, redactado por el historiador Gonzalo Vial, tuvo una seguidilla de informaciones sobre arsenales y escuelas de guerrillas que, eventualmente, lo “avalaban”. “Comunistas y socialistas serían los ejecutores: 600 familias iban a ser asesinadas en Concepción”; “Marxistas Proyectaban la Destrucción de Limache”; “Planes Siniestros Alentaban Marxistas en Zona Salitrera”; “Otra Escuela de Guerrillas se Descubrió en Nueva Imperial”, fueron, entre otros, los titulares que entregó la prensa “uniformada” en esos días. Años después, el entonces director de “El Mercurio”, René Silva Espejo, dijo a La Nación que no tenía prueba alguna de la existencia del Plan Zeta. “En ese momento se daba como un hecho cierto. Para mí es hoy una incógnita”, señaló en 1993 el fallecido ejecutivo de Edwards.

Respecto a la situación de los DDHH, mientras tanto, se ignoró lo que estaba ocurriendo y los crímenes, en su mayoría, fueron transformados en “fusilamientos legales”, “enfrentamientos” o “muertes por fuga”. El diario “El Mercurio”, por ejemplo, en su edición del 14 de septiembre de 1973, apenas tres días después del Golpe, aseguró que el director de la Policía de Investigaciones de la UP, Eduardo “Coco” Paredes, había muerto en un enfrentamiento. El ex funcionario fue detenido en La Moneda, fusilado en un regimiento y estuvo desaparecido durante décadas.

OPERACION COLOMBO

Fueron precisamente los llamados “desaparecidos” los que más dolor de cabeza provocaron a las autoridades de la época y, por lo tanto, éstas obligaron a los medios a utilizar un léxico que evitara que la ciudadanía pensara siquiera que existían. De ahí que nunca, en la prensa uniformada, la palabra se escribió o se dijo sin anteponerle “presuntamente” “presuntivamente” o “presunto”.

En 1975 eran 768 los chilenos que se encontraban en esa situación y, ante un escenario internacional desfavorable, el aparato comunicacional de la dictadura ideó un montaje que incluyó a publicaciones en Argentina y Brasil.

En dos revistas sin prestigio alguno, Lea y O’Dia, fueron publicados los nombres de 119 chilenos, que figuraban en las listas de detenidos en Chile elaboradas por familiares y presentados por la Iglesia Católica a las autoridades judiciales. Según esos medios, decenas de miristas habían sido eliminados por sus propios compañeros de lucha “en un vasto e implacable programa de venganza y depuración política” fuera del país.

La noticia, que no tenía asidero alguno y menos fuentes confiables, fue reproducida en Chile por los principales medios nacionales, entre ellos “La Tercera”, “El Mercurio” y “La Segunda”. Este último, en su edición del 24 de julio de 1975, informó con letras rojas y de catástrofe: “Exterminan como ratas a miristas”. La información, una vez más, provenía de “una fuente responsable” del gobierno chileno.

Para “La Tercera” los mencionados por las fantasmales revistas “Lea” y “O’Dia” eran “extremistas” que “jamás fueron detenidos” y que lograron salir del país. En menos de 24 horas, la agencia Latin Reuters y el diario argentino “La Opinión” desmontaron la operación comunicacional pero ello no se escuchó en Chile.

“El Mercurio” ya había sentenciado en su página editorial que “los periodistas y políticos extranjeros que tantas veces se preguntaron por la suerte de estos miembros del MIR, y culparon al Gobierno chileno de la desaparición de muchos de ellos, tienen ahora la explicación que rehusaron aceptar”.

El Comité Pro-Paz, que dio luego se transformó en la Vicaría de la Solidaridad, salió al paso del montaje y aseguró que los 119 habían sido detenidos en Chile y existían pruebas de ello. “El Mercurio” tardó 9 días en reconocer que acogió las primeras informaciones “sin aguardar confirmación oficial y limitándose a citar la fuente de donde provenía”, señalando, además que las revistas “Lea” y “O’Dia”, eran “periódicos de ninguna significación”. El daño estaba hecho.

Meses más tarde, nuevamente, la cadena de El Mercurio SA reproduciría palabras ofensivas para los familiares de personas detenidas desaparecidas al citar, sin cuestionamiento alguno, la versión que dio en la ONU el entonces embajador chileno ante el organismo, Sergio Diez, quien aseguró que muchas de las denuncias eran falsas. Cinco “presuntos desaparecidos”, según “La Segunda”, fueron ubicadas trabajando “tranquilamente” en el país y todo el enredo era “una conjura internacional contra Chile”.

El 9 de diciembre del 77, el vespertino volvió a la carga luego de un fallo judicial que rechazó el amparo presentado por 14 personas desaparecidas, asegurando que se trataba de una “Nueva Felonía Marxista Ante los Tribunales: No hay Tales ‘Desaparecidos’”. Fue su portada. Y, dos meses después, “La Tercera” la secundó con otra primera plana de antología: “Desaparecidos Se fueron en Tren, Camiones y a Dedo”.

Treinta años después de estas publicaciones, el Tribunal de Ética y Disciplina del Consejo Metropolitano del Colegio de Periodistas condenó por las mismas a los ex directores de “El Mercurio”, “La Segunda”, “Las Últimas Noticias” y “La Tercera” por no cumplir con el deber “de entregar la verdad a la ciudadanía”, respecto del secuestro y desaparición de 119 prisioneros políticos en la llamada Operación Colombo.

LOS NUEVOS MONTAJES

En los 80, luego de disuelta la DINA y en pleno reinado de la CNI, los montajes dieron paso a comunicados oficiales donde los opositores morían, casi siempre, en enfrentamientos con la fuerza pública y que, curiosamente, no provocaban bajas en las filas de la Central de Informaciones.

En medio de loas a los gobernantes, los medios de prensa adictos al régimen de Pinochet prácticamente no se cuestionaban los hechos y daban cuenta, con total normalidad, de las matanzas.

Sólo la expulsión del dirigente DC, Andrés Zaldívar Larraín, provocó la reacción de algunos directores de medios oficialistas contra la decisión de Augusto Pinochet, en un encuentro al que fueron convocados a La Moneda. Cristián Zegers y Héctor Olave, cuando el dictador les explicó la medida, le hicieron notar lo inconveniente de la misma y le solicitaron que la revocara.

Luego, con el arribo de Sergio Onofre Jarpa y el inicio del dialogo político, la prensa escrita abrió espacios a algunos opositores, los entrevistó y fue capaz, incluso, de

criticar aspectos parciales del régimen. Sin embargo, aunque algunos sostienen que hicieron lo que pudieron en esos años y que leyendo entrelíneas algo se encuentra, fue demasiado poco.

Los prensa uniformada, en general, siguió prestando oídos a los montajes comunicacionales y no tuvo voz para criticar las graves violaciones a los DDHH que se cometían delante de sus ojos.

El caso más emblemático, sin duda, es el ocurrido los días 15 y 16 de junio de 1987 cuando agentes de la CNI asesinaron a 12 dirigentes, militantes y ayudistas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), en lo que se conoció como “matanza de Corpus Christi” u “Operación Albania”. La justicia, ya en democracia, comprobó que se trató de “ejecuciones” y, a pesar de que la prensa opositora, que en esos años era representada por Análisis, Apsi, Cauce y Hoy, entre otros, lo señaló así, no tuvo eco en la gran prensa.

“Contra toda lógica y rigor profesional, amparándose en el abuso de versiones atribuidas a ‘fuentes de inteligencia’, la prensa uniformada sólo supo ver ‘enfrentamientos’ entre ‘terroristas’ y ‘fuerzas de seguridad’”, señala en su trabajo “La Prensa Canalla” el periodista Francisco Herreros y lo ejemplifica con el titular de “El Mercurio” del 17 de junio: “En Tres Enfrentamientos en Las Condes y San Miguel Fueron Abatidos 11 Integrantes del FMR”.

Para Herreros, en el trabajo ya citado y publicado en El Siglo, queda de manifiesto en este caso la “connivencia entre “La Tercera” y la CNI” por la aparición en ese diario de “testigos presenciales” que avalaban la tesis del enfrentamiento.

En este periodo, si bien el Informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación reconoce que hubo “apertura de crecientes espacios de libertad de información”, por la aparición de las revistas ya mencionadas, el periódico “Fortín Mapocho” y radioemisoras como Cooperativa y Chilena, la prensa uniformada no aprovechó el momento, asegura el escrito, “ya sea porque su adhesión al régimen los llevó a adoptar una postura ausente de toda crítica, ya porque la autocensura se transformó en un hábito del cual resultó difícil desembarazarse”.

FAVOR CON FAVOR SE PAGA

En noviembre de 1991, más de tres años después del plebiscito y cuando Patricio Aylwin llevaba 18 meses en la Presidencia de la República, el entonces juez del V Juzgado del Crimen de Santiago, Alejandro Solís, sometió a proceso por fraude al fisco a la última plana mayor que tuvo el Banco del Estado en dictadura y que encabezó Álvaro Bardón.

El economista, miembro del Consejo Editorial de “El Mercurio” antes y después de su paso por la entidad fiscal, visó con su firma, el 9 de marzo de 1990, un convenio de reprogramación financiero con “La Tercera” y “El Mercurio” que significó una rebaja de un tercio de la deuda que mantenían ambos consorcios periodísticos con el Banco del Estado.

Según la querrela presentada por el propio Banco de Estado, ya en democracia, éste sufrió un daño patrimonial de 25 millones de dólares, el 8 por ciento del capital y reserva que la entidad financiera tenía en 1989.

De acuerdo a los informes presentados en el juicio, tanto El Mercurio SA como Copesa, estaban técnicamente quebradas y, sin el arreglo que hizo Bardón, no hubieran sobrevivido empresarialmente.

Si bien la Corte de Apelaciones confirmó el fallo, la Suprema, en una sala que integraron Hernán Cereceda y Leonel Beraud, con el apoyo del abogado integrante Luis Fernández, dejaron las cosas favorables para Bardón y su cúpula y salvaron, una vez más, el honor de los diarios que se mostraron proclives al régimen militar durante sus 17 años.

20 años después de La convergencia socialista

La invención de la izquierda renovada

Marcelo Contreras N. LN 31 de diciembre de 2006

Con razón se sostiene que las autocríticas, revisiones y renovaciones son más propias de las derrotas que de las victorias. El proceso de convergencia que vivió el socialismo desde mediados de los años 70 y hasta 1989, no fue una excepción. La singularidad es que se realizó bajo dictadura y represión, en donde no pocos de sus impulsores debieron sufrir en carne propia detenciones, prisión y relegación.



El fallecido Erick Schnake (en la foto), Ricardo Núñez y Carlos Altamirano y Jaime Gazmuri fueron algunos de los protagonistas del período en que las facciones del PS y el MAPU asumieron un proceso de discusión que condujo a la convergencia de las tendencias y fueron la antesala de lo que vino a llamarse la “izquierda renovada”.

La renovación socialista fue un proceso que no sólo comprometió a las orgánicas políticas y su militancia sino fue un verdadero proceso cultural, que se desarrolló simultáneamente en el país y en el exterior, con sedes tan disímiles como México, Italia, Francia, Holanda, Alemania y en el propio campo socialista, cubriendo cada uno de los rincones que brindaron su hospitalidad y solidaridad a los exiliados chilenos.

Como todo proceso de ruptura y renovación tuvo su cuota de trauma y conflicto, dividiendo transversalmente prácticamente a todos y cada uno de los partidos que integraran la Unidad Popular y la propia izquierda extraparlamentaria, incluyendo al MIR y el Partido Comunista. Algunos de esos partidos tuvieron quiebres formales, como el propio Partido Socialista, en su mítico pleno de Argel (que en realidad se realizó en Berlín oriental) y que enfrentara a Carlos Altamirano, enarbolando las banderas del revisionismo y la renovación, con Clodomiro Almeyda, que defendía la ortodoxia y la vieja alianza comunista-socialista.

En otros partidos, con una ideología más fuerte y arraigada, como el Partido Comunista o el MIR, las ideas de la renovación que tempranamente abrazaron algunos de sus militantes, les costaron su expulsión o marginación y no pocos problemas personales y afectivos con sus viejos camaradas de partido, que no dudaron en anatémizarlos como “renegados” o traidores. En partidos menos estructurados o consolidados, como los Mapu y la Izquierda Cristiana, no todos optaron por el camino de la renovación y algunos aún subsisten como minipartidos.

Es difícil precisar una fecha en que se inicia ese proceso de renovación del pensamiento socialista, que ya tenía sus antecedentes en la propia valoración que algunos de los partidos de la UP y algunos dirigentes hacían de la experiencia encabezada por Salvador Allende, en donde algunos postulaban “avanzar sin transar”, mientras otros sostenían que había que “transar para avanzar”.

Lecciones de la derrota

Con el golpe militar de 1973 y la heroica muerte de Salvador Allende en La Moneda, se inicia un lacerante y profundo proceso de crítica y autocrítica en la izquierda chilena. Un proceso que no tiene equivalencia en ninguno de los otros protagonistas y responsables por el quiebre democrático. Ni del centro ni menos de la derecha. Algunos culpan a Carlos Altamirano y su célebre discurso en defensa de los marinos constitucionalistas a los que la Armada había sometido a proceso. Otros a la política excesivamente conciliadora y conservadora del Partido Comunista y los sectores moderados de la UP. No faltan quienes culpan al propio Allende por no haber precipitado la confrontación decisiva con la reacción. Pero más allá de esas acusaciones y contra acusaciones, la izquierda chilena empieza un proceso de reflexión teórica y política no sólo sobre el marxismo leninismo -el marco teórico dominante en la izquierda chilena hasta 1973- sino sobre su propia visión de la democracia, esencialmente instrumental, los socialismos “reales existentes” y la propia teoría de la revolución.

Son cientos de miles los chilenos que, con razón o sin ella, deben abandonar el país para salvar sus vidas, su integridad física o su libertad. Son los países europeos y algunos latinoamericanos los más generosos para brindar su hospitalidad y solidaridad con estos chilenos. Francia, Italia, Holanda, Suecia, Bélgica, Alemania, también México, abren sus puertas al exilio chileno. Los países socialistas son un poco más selectivos, recibiendo principalmente a cuadros políticos avalados por los partidos de la UP. Sin embargo este exilio masivo desborda los controles y trabas y prácticamente no quedan muchos países que no hayan recibido a chilenos como exiliados, que viven con sus maletas sin deshacer, pensando en un pronto retorno y en donde la renovación tuvo domicilio.

El exilio y el interior

Sin duda, el proceso de renovación socialista tiene la impronta del exilio. Un exilio que conoció por dentro la experiencia de los países socialistas y del capitalismo del primer mundo, que se nutrió de la socialdemocracia y de la crítica al socialismo real existente, que ya empezaba a vivir su crisis terminal a mediados de los años 70, con el inicio de la perestroika en la URSS y la experiencia eurocomunista iniciada por Enrique Berlinguer en Italia y luego extendida a la mayoría de los partidos comunistas europeos.

Pero también tiene la marca del interior. De los muchos militantes y simpatizantes de la izquierda chilena que, desafiando muchos riesgos, no sólo se quedaron en el país, algunos en la clandestinidad para organizar la resistencia y otros asumieron tareas públicas, a rostro descubierto, para defender presos políticos, trabajar por los derechos humanos y por la recuperación de la democracia en nuestro país. Tanto el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, convocado por las Iglesias, como la propia Vicaría de la Solidaridad, creada por el cardenal Raúl Silva Henríquez, contó con la colaboración de mujeres y hombres de izquierda que concurrieron a ese llamado.

Nada ayuda tanto a revalorizar la democracia y superar su visión instrumental que el hecho de haberla perdido y vivir en situaciones límites en donde, como alguna vez sostuvo el desaparecido cientista político Enzo Faletto (uno de los precursores de

la renovación socialista en el interior) luego de luchar por la revolución, la izquierda en Chile terminó bregando por la vigencia del hábeas corpus.

Dialogo con la DC

El primer diálogo formal y semipúblico entre la izquierda y la Democracia Cristiana luego del golpe militar se produjo en la Vicaría de la Solidaridad, a principios de 1976, en el palacio arzobispal de la Plaza de Armas, teniendo como protagonistas e interlocutores a Patricio Aylwin y al sociólogo Manuel Antonio Garretón. Fue un debate con altura de miras pero sincero y profundo, en donde ambos interlocutores, junto con hacer su respectiva autocrítica y la crítica a sus antiguos adversarios, concluyeron que debían trabajar para superar el estado de profunda polarización en que se encontraba el país.

Fue también un organismo de la Iglesia Católica, el Centro de Estudios Sociales (Cesoc), dependiente del Centro Bellarmino, el que editara el primer libro publicado en nuestro país, en donde Tomas Mouletto y Renzo Falién (Tomas Moulián y Enzo Faletto) formalizaban la crítica y autocrítica por la visión instrumental acerca de la democracia que predominaba en la izquierda chilena e intentaban reconciliar teóricamente el socialismo con la democracia.

De Ariccia a Chantilly

El proceso de renovación de la idea socialista ya estaba en marcha en Europa y América Latina. Raúl Ampuero, ex senador socialista y fundador de la Usopo (Unión Socialista Popular), exiliado en Italia, había comenzado el proceso en contacto con los socialistas italianos. De allí vendría el primer y el segundo encuentro de Ariccia, a fines de los años 70, que muchos señalan como el primer hito de la renovación, que reunió a socialistas históricos, básicamente del sector Altamirano, con representantes de las nuevas vertientes socialistas como el MAPU, el MAPU-OC, la Izquierda Cristiana, sectores del MIR y radicales. Allí se sentaron las bases teóricas del proceso de renovación.

Pocas veces como en esa década (1979-1989) la izquierda chilena produjo una reflexión teórica más extensa y rica sobre la democracia, el marxismo, la teoría de la revolución, el socialismo, el partido y la sociedad. Son miles los escritos que tuvieron como autores a Raúl Ampuero, Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda, Jorge Arrate y el Instituto para el Nuevo Chile, José Antonio Viera-Gallo y las publicaciones de Chile-América que fundara en Roma. Carlos Ominami, Alexis Guardia, Gonzalo Martner, en París. José Miguel Insulza, Jaime Estévez, Armando Arancibia, Marcelo Schilling en México. Jaime Gazmuri desde la clandestinidad. Tomás Moulián, Enzo Faletto, José Joaquín Brunner, Eugenio Tironi, Manuel Antonio Garretón y el propio Ricardo Lagos, en el país. Sería muy interesante revisar algunos de esos escritos no sólo para constatar su vigencia sino la propia consecuencia de sus autores.

Las escuelas de verano, organizadas por el Instituto para el Nuevo Chile, primero en Europa y luego en Mendoza, fueron el escenario de grandes debates teóricos y políticos acerca del proceso de renovación del pensamiento socialista, la crisis de los socialismos reales y el Chile del futuro. En esas escuelas participaron, como alumnos o profesores, no sólo los dirigentes de la renovación sino también representantes de la Democracia Cristiana, del Partido Comunista, feministas, jóvenes, dirigentes sindicales, artistas. La verdadera diversidad democrática del país y el exilio, no sólo para debatir y teorizar sino para reconstruir la amistad cívica y confraternizar. De allí salió Nemesio Antúnez como candidato presidencial, con proclamación y todo.

Largo sería hacer el recuento de las innumerables jornadas que jalonaron ese proceso y que tuvieron como sede el aristocrático Castillo de Chantilly, en las afueras de París (en rigor una casa de ejercicios o lugar de eventos de la Iglesia Católica), el Instituto del Nuevo Chile en Rotterdam que formara Jorge Arrate después de abandonar Berlín tras la ruptura del PS, el decisivo seminario de convergencia socialista realizado a principio de los años 80 en México, que tuvo como anfitriones a José Miguel Insulza, Juan Gabriel Valdés, Jaime Estévez, Armando Arancibia, Marcelo Schilling y numerosos exiliados chilenos en ese país y en donde participó una delegación de representantes del interior.

Fue Eugenio Díaz, uno de los participantes de ese encuentro, gracias a su prodigiosa capacidad de tomar actas taquigráficas de las intervenciones, quién propuso a un conjunto de compañeros del interior replicar ese seminario en nuestro país. Con paciencia y cuidado se preparó ese primer evento sobre la renovación socialista que ya tenía como objetivo y propósito la convergencia de las vertientes históricas y las nuevas vertientes en una gran fuerza socialista

En verdad, el seminario se transformó en una seguidilla de encuentros que reuniera, de manera sistemática, no sólo a los socialistas del 24o Congreso, como se denominaban los altamiranistas, con representantes de los dos MAPU (Garretón y Gazmuri) y la Izquierda Cristiana, sino también con sectores del PS Almeyda (entre ellos Germán Correa y Ricardo Solari) y numerosos independientes o ex militantes. Y pese a que este prolongado evento terminó de la peor manera desde el punto de vista de la seguridad (la casa de ejercicios de la Iglesia donde se realizaba terminó allanada por la CNI y muchos de sus participantes fueron detenidos), allí se sentaron las bases para la convergencia orgánica y la posterior constitución del bloque socialista.

El Bloque Socialista

En estricto rigor, la división del Partido Socialista en el exterior, en 1979, no tuvo un correlato muy exacto en el país. El abogado y ex senador, hoy integrante del Tribunal Supremo, Hernán Vodanovic (sobrino de Eric Schnake) era una de las pocas caras visibles de los altamiranistas en nuestro país a fines de los años 70. Por eso ese sector tomó la dramática decisión de hacer retornar a Ricardo Núñez, un connotado dirigente de su Comité Central, que no tenía la fatídica letra L, con la misión de estructurar a su sector en el país. Con él, llegó Luis Alvarado, el ex ministro de Bienes Nacionales de Patricio Aylwin. Prontamente se les sumaría Marcelo Schilling y Armando Arancibia desde México. La otra figura del interior, era el ex ministro del Interior de Salvador Allende, Carlos Briones, que jugaría un rol decisivo para reunificar a numerosas tendencias socialistas dispersas, que no reconocían filas en el almeydismo.

Por ese entonces ya había vuelto al país Ricardo Lagos, una figura intelectual y con evidente peso político, a quienes todos miraban como un referente, reconociendo su liderazgo. Pero fue Ricardo Núñez quien asumió la pesada tarea de reconstruir una orgánica socialista de envergadura e impulsara el proceso de convergencia socialista y luego el bloque en el que convergieron las distintas orgánicas que se reconocían en este proceso y en donde participaban como representantes partidarios Guillermo del Valle y Ricardo Brodsky por el MAPU, Pedro Felipe Ramírez y Raúl González por la Izquierda Cristiana, el autor de estas líneas, Jorge Molina y Jaime Estévez por el MAPU OC, además de Ricardo Núñez, Hernán Vodanovic y Luis Alvarado por el Partido Socialista.

Tampoco el bloque socialista tuvo mejor suerte en materia de seguridad. A comienzo de los años 80 la CNI allanó el local en donde funcionaba y detuvo a

algunos de sus dirigentes y funcionarios, entre ellos a Luis Alvarado y Guillermo del Valle, relegándolos a localidades del sur.

Pero ya estaban sentadas las bases de la convergencia de las orgánicas que la conformaban. En 1984, Carlos Briones, secretario general del PS unificado (con exclusión de los almeydistas) enviaba la carta de Unidad e Integración del Socialismo chileno en donde, formalmente invitaba a las distintas vertientes a formar una sola gran fuerza política socialista, que se materializó en un acto público en un local sindical en Santiago en mayo de 1985 y se completó en 1989 con la incorporación del MAPU y sectores de la Izquierda Cristiana.

Sin embargo, la unidad socialista se bifurcó en dos partidos luego que el PPD, un partido instrumental generado en el marco del proceso de renovación socialista para enfrentar a Pinochet en el plebiscito, por mayoría, decidiera superar ese carácter y mantenerse como un partido programático y no disolverse en el PS. En parte esa decisión tiene que ver con la opción del entonces PS-Arrate, de privilegiar la unidad con el sector almeydistas por sobre la unificación con el PPD, que para muchos representa una nueva división del socialismo. También es verdad que no todos los militantes y dirigentes del PPD se reconocían en el proceso de renovación socialista, algunos porque venían de la derecha democrática y otros porque desconfiaban de la izquierda socialista más ortodoxa, supuestamente representada entonces por Camilo Escalona. Tampoco estuvo ausente un cierto cálculo político acerca de las posibilidades que ofrecía un partido autónomo del PS para ocupar espacios de poder en la democracia reconquistada. Formalmente el Partido Socialista reunificado asumió la renovación del pensamiento socialista en su primer Congreso posterior al proceso de reunificación, realizado ya en democracia en Valparaíso. Un documento que ha tenido escasa difusión y que marca el estancamiento de este proceso.

¿Socialistas liberales?

Al cumplirse algo más de 20 años del inicio del proceso de renovación del pensamiento socialista vale destacar que ello permitió el encuentro del centro y la izquierda primero en la Alianza Democrática y luego en la Concertación de Partidos por la Democracia, dando origen a la alianza política más exitosa y duradera de nuestra historia política, haciendo del PS chileno la única fuerza de izquierda en constituirse en protagonista de la recuperación de la democracia y la posterior transición, eligiendo al primer socialista desde Allende como Presidente de Chile tan solo diez años después de terminada la dictadura y la primera mujer en convertirse en Presidenta de Chile. En el débito, la renovación del pensamiento socialista aparece hoy día como un proceso agotado. Que los socialistas reconozcan a la democracia como el espacio y límite de la acción política hoy aparece como algo natural y lógico, de la misma manera como se asume su responsabilidad como fuerza de gobierno. Algunos de sus protagonistas se pasaron de revoluciones y hoy parecen identificarse más con el liberalismo que sólo ayer anatomizaron que con el ideario socialista. No pocos socialistas asumen aún hoy día la renovación de manera vergonzante y son muchos los socialistas que piensan que es la hora de una segunda renovación. Y no son sólo los socialistas los que piensan en esa nueva renovación para una Concertación que da muestras evidentes de agotamiento y deterioro político. ¿Es ello posible en el poder o la Concertación o los propios socialistas deberán esperar la hora de la derrota para enfrentar este proceso urgente y necesario?

La renovación y después

Jorge Arrate (Ex presidente del Partido Socialista)

La “renovación” se gestó en el Partido Socialista y en las dos vertientes del MAPU. Políticos e intelectuales, dentro y fuera de Chile, iniciamos una reflexión autocrítica sobre la Unidad Popular y su derrota que colocaba en el centro la incapacidad de la izquierda para consolidar hegemonía cultural y política en torno a su proyecto.

En la fase inicial, durante los años setenta, fue influenciada por el debate italiano marcado por el pensamiento de Gramsci. La “renovación” reexaminó el concepto de Estado, incorporó la categoría de “hegemonía” y revalorizó la democracia como espacio y límite de la acción política. Propuso una revisión del modelo de partido y postuló una definición que admitiera abiertamente la participación igualitaria de marxistas y cristianos de izquierda, planteó nuevos enfoques sobre la relación entre medios y fines y entre cultura y política. El debate, empañado por la dispersión y la entrecortada relación entre interior y exterior, explotó con la división del Partido Socialista en 1979.

En los ochenta influyeron en la “renovación” las elaboraciones del socialismo democrático europeo, la transición española y la “perestroika” gorbachoviana. La constitución de la “Convergencia Socialista” fue un paso decisivo. Se inició entonces un diálogo serio con socialistas “almeydistas”, de dinámica presencia en Chile, y con otros grupos de izquierda. A fines de la década, con la unidad socialista y el Congreso Salvador Allende, el espíritu original de la “renovación” parecía haber permeado a toda la izquierda, salvo al Partido Comunista. En ese momento se habían incorporado al Partido Socialista unificado casi todos los grupos del tronco histórico, ambos MAPU, agrupaciones de ex miristas, comunistas discrepantes y, finalmente, la Izquierda Cristiana y se había zanjado por un largo tiempo (se pensó entonces) el tema de la identidad partidaria.

Sin embargo, en los noventa la bandera de la “renovación” siguió agitándose como emblema tendencial interno y, en otro cauce, fue invocada para encaminar un proceso de “post renovación”, en la que nuevas fuerzas, como sectores del Partido por la Democracia, intentaron proyectar el pensamiento renovado más allá del impulso original.

El Partido Socialista había constituido en la década de los cuarenta un corpus teórico propio, en el que destaca la “Introducción” al Programa de 1947 elaborada por Eugenio González, valiosa pieza doctrinaria que concilia socialismo y libertad. Allende, por su parte, había sostenido desde los años cincuenta que, en Chile, la democracia era el terreno más propicio para el éxito de las luchas populares y había configurado el concepto de “vía chilena al socialismo”. De esta manera, en el Partido Socialista la “renovación” estuvo asociada a conceptos preexistentes en el ideario partidista. Era renovación, pero al mismo tiempo era recuperación y revitalización, con una clara referencia a la memoria colectiva.

La “renovación” no elaboró una reflexión crítica sobre el mercado, a pesar que el neoliberalismo y la economía “reaganiana” eran ya una corriente importante en el mundo y en el Chile de los “Chicago Boys”. No realizó un debate teórico ni formuló propuestas que establecieran sin ambages criterios de preeminencia ética de lo público sobre lo privado y del interés colectivo sobre el individual. La pérdida de perfil de la izquierda socialista en el debate político y cultural tiene relación directa con esta carencia.

El espíritu de la “renovación” original, más allá de sus vacíos, fue siempre revitalizar el pensamiento socialista, no reemplazarlo o disolverlo. Sin embargo, al

peso de una transición interminable se sumó el de una “renovación” sin límites que, referida a su original, ha terminado siendo una mutación desafortunada.

Humor gráfico bajo la dictadura

El trazo que no tiembla

Carlos Salazar. LN 31 de diciembre de 2006

Durante uno de los períodos más oscuros de nuestra historia, los chistes se iban a buscar al mismo nido del dragón. Los viejos cracks del humor gráfico recuerdan cómo mantenían la mano firme en medio de amenazas, persecución y la censura en las revistas emblemáticas de la oposición. El caldo de cultivo de quienes hoy dibujan tiras cómicas y heredan el sentido del humor obtuso y desprejuiciado.



“¿Y dónde está el chiste?”, se preguntaba el lector cuando veía una caricatura incom-pren-si-ble firmada por Hervi en revista “Hoy”. Un chiste censurado por el bando 19 de 1984 que prohibía el humor político en las revistas de oposición, aplicaba tijeras y manchones de tinta sobre el trabajo de los más insignes caricaturistas de la prensa. “Apsi”, “Análisis”, “Cauce” y “Fortín Mapocho” también debían “restringir su contenido a textos exclusivamente escritos, no pudiendo publicar imágenes de cualquier naturaleza”, explicaba la hoja de roneo timbrada con sangre por el Ministerio de Defensa. Así, donde debía decir: -Doctor, siento como que algo me oprime... -Yo no me meto en política. ¡Que pase el que sigue!. salía un recuadro en blanco o simplemente las figuritas y sus globos de diálogo, pero sin el diálogo. No era ninguna gracia hacer humor durante la dictadura reconocen Hervi, Mico, Guillo, Gus, Nakor y José Gai . Todos estandartes de la vieja escuela que volvía a la vida cuatro años después del golpe militar. Un nicho espinoso se les abriría hasta fines de los '80. El período álgido en que había que pensar dos veces antes de destapar el tintero. Si bien una parte de los ilustradores se van al exilio como Palomo para poder seguir trabajando o en busca de refugio, otros como Luis Jiménez de la revista “Cabro Chico”, fueron desaparecidos y hoy es un número erróneo del Patio 29. Entre tanto, los que se quedaron se blindaron del humor suficiente para poder llegar con los nervios intactos cada fin de semana. Guillermo Bastías Moreno, alias Guillo, ha dibujado en “Apsi”, “El Mercurio” y “La Tercera”. Entre otros méritos en el portafolio guarda los originales de su tiranuelo del gorro amarillo. “Vivíamos ese riesgo, cuando llegaba el viernes del cierre siempre habían cosas horribles para publicar y tu decías, ¿me meto con esto si es tan amargo? Lo hacías, entregabas el dibujo y sabías que podía traer cola”. La gente se agolpaba en los quioscos para leer la última pachotada de la Margarita del poeta y dibujante Gustavo Donoso Véliz, creador del febril jingle “Y vaca-er”, que podía leerse siguiendo una línea punteada en plena portada del “Fortín Mapocho”.

Era como caminar sobre vidrios rotos. Un trabajo tan arriesgado como firmar un artículo de opinión o ir por los huevos del dragón a la guarida donde se fraguaban los tristemente celebres chistes. Lo gracioso. Hernán “Hervi” Vidal es reconocido por sus pares y los nuevos dibujantes como una de las máximas figuras del humor gráfico. Cuenta que durante la dictadura el chiste era una forma de supervivencia que lograba mantener cuerda a la gente. “Viendo el lado brutalmente ridículo, irónico y sarcástico del régimen se hacía difícil no verlo de manera natural”. El creador del tinterillo Super Cifuentes (hoy devenido en Ciber Cifuentes) relata que cuando trabajaba en “Hoy”, “El Humanoide” o “La Bicicleta”, “enviaba 6 o 7 dibujos al editor para que los escogiera. Pero a medida que los iba dibujando, terminaba demasiado amargado porque todo era demasiado siniestro”. Más adelante Hervi recibía llamados anónimos, amenazas veladas y otras cartas manifiestas de que sus chistes eran fomes para algunos. “yo no sé cómo mantenía el pulso para dibujar”, se ríe.

LA VIÑETA ODIOSA

Para José Gai de revista “Cauce” -donde firmaba como El Giotto- “durante la dictadura era un poco más fácil hacer humor político desde la oposición porque las autoridades siempre daban motivos para reírse. Y si esas autoridades invaden casi todas las esferas del poder, como era el caso, era más “fácil” aún. Y cuando entre los poderosos hay unos cuantos burros, el asunto se allana más. Y también ese era el caso”, cuenta. Era esencial por entonces el trabajo cooperativo para solidarizar con despidos, autoediciones y nuevos proyectos. Uno de los gestores de la revista “La Chiva” fue José Palomo, creador de “El Cuarto Reich”, el híbrido corrosivo de todas las gorilocracias de Latinoamérica. Radicado en México tras el exilio, narra a los más jóvenes sus lecciones del oficio: “cuando empiezas a usar el humor como se debe, con inteligencia, empiezas a ser incómodo sobretodo en un país con la solemnidad que tiene Chile, el personaje menos bienvenido es el que patea el pesebre”, relata en Ergocómics, el sitio dedicado a las viñetas locales editado por Mauricio García. La crítica de García es al statu quo del dibujo local. A su juicio la caricatura oficialista era sostenida por Lukas y Lugoze en “Cambalache” y “La Segunda”. “A diferencia de entonces, hoy el humor gráfico es demasiado suavcito, no hay un reflejo de la polaridad que aún existe porque el conformismo es el lugar común”.

La santísima trinidad de Hervi y Palomo se completa con Rufino, cuya marca indeleble fue dibujar por primera vez a la Dina como la Gestapo de Pinochet. “Después de que Rufino dibujó a la Dina con sus trajes oscuros, los lentes y el bigote, nos pusimos todos tan insolentes que yo le copié a la semana siguiente”, relata Hervi. Guillo a su vez “agotó”- requisación de por medio- 30 mil ediciones de un número “Apsi” que nunca vio la luz por traer en portada una alegoría de Luis XIV encarnada en el general. A la semana siguiente, la misma figura enmascarada dictaba: “El que se ríe se va al cuartel”. Sobre su propio golpe, Guillo señala: “A veces pensaba en mi propia supervivencia, pero siempre primaba el instinto humorístico. Es como cuando el centro delantero no puede contenerse de tirar el gol aunque haya otra alternativa”, señala.

Según cuenta Luis Marco Henríquez, “Mico”, el otrora veinteañero colaborador de “Análisis” y “Punto Final” los fiscales militares corrían por el despacho con carpetas hinchadas de recortes de prensa, cada una con la colección completa de los dibujantes. “Eso te da una idea de que se hacía un seguimiento exhaustivo a las caricaturas y que ninguna pasaba inadvertida. A mí, a medida que iba terminando el dibujo, se me apretaba la guata con los temas del ejército porque nunca fue graciosa la tragedia”. Guillo lamenta que nadie se la haya jugado con la viñeta

precisa tras la muerte de Pinochet y habla de un nuevo tipo de censura. Desde el retiro, Mario Navarro, Nakor, ex “Humanoide” y “La Época” echa a volar la imaginación y especula sobre el destino del humor político tras la muerte de Pinochet: “Aunque el material va a seguir de la mano de su gente, me nace una terrible relación al ver los restos de Pinochet yéndose en ese helicóptero militar: lo veo en una viñeta cómica alegando: “Señores pilotos, no me vayan a lanzar al mar, pueh!”.

NUEVAS PLUMAS PARA ENMARCAR

El sentir general de los viejos cracks de la caricatura es que la tecnología es la punta de lanza de la nueva generación de pintamonos. Desde su colorido cubículo en un rincón de “El Mercurio”, Jimmy Scott deja la pelota puesta para los nóveles talentos: “Desde hace unos diez años expone gente de gran calidad gráfica que ya se veía venir. El problema es que a diferencia de otros países hay poco espacio para ejercer ese talento en los medios de comunicación. Y yo creo que muchos se encuentran en serias dificultades para sobrevivir de la profesión”, vaticina.

El colectivo que edita “El Mono Juliao” en “The Clinic”, “La Momia Roja” o la Nueva Gráfica Chilena, albaceas de los clásicos del dibujo, tiene cada uno su blog, con su propia vitrina y pauta libre con plenos poderes para usar los desechos de la cultura plop! Rodrigo “Winnis” Salinas es uno de ellos. Aún no madura del todo pese a alcanzar recién la treintena y ya es una especie de Da Vinci generacional y responsable de las tiras cómicas “Canal 76”, “Carlitos Marx” -híbrido entre Charlie Brown y el hombre de las barbas blancas- “Rata Galdames”, un comic western y “Morgan Shila” el segundo héroe chileno después del vapuleado e incomprendido proyecto “Arturo Prat is not dead”. “Nunca se trató de mancillar la honra de Arturo Prat que a mi me cae la raja -aclara por enésima vez-. Me hablaban de desprestigiar a los militares, cuando ellos se desprestigian solos”.

Leonardo Ríos, tiene 27 años y es el crayón locuaz de la extinta “Rocinante”, el derogado quincenal “Plan B”, “El Mono Juliao”, “El Ciudadano” y el execrable álbum “Ídolos de la Farándula”, retoma la discusión en torno al vacío de espacios dejado por los noventa: “se le fue retirando deliberadamente el apoyo a las revistas, no se trataba de que llegara la alegría. Esa tensión existía y no era del todo distinto a la dictadura. Pero ahí es donde resurge el nuevo underground con Kiltraza, Christiano y Arterisko después de los noventa”, cree.

Salinas y compañía reconocen a sus maestros y celebran que a diferencia de los rockeros, los ídolos de un dibujante en Chile están vivos en su mayoría, son simpáticos y viven en comunas como La Florida: “Imagínate, cuando conocimos a Hervi, nos invito a su casa y era súper buena persona, eso es lo mejor. Cachai que pudo ser un ¡Álvaro Henríquez!, pero no”.

Una de las pocas chicas dedicadas a la viñeta es Francisca Salomon, “Rudy”, (22) se declara con total desparpajo ser discípula de Hervi con quien especializa su feminista modo de ver el mundo y de quien aprendió lecciones solemnes como la labor de malvado monstruo sarcástico del dibujante. Actualmente su personaje “Paz” (del suplemento femenino de Publimetro) está girando por Latinoamérica en la muestra “23 mujeres caricaturistas del mundo” junto a Maitena y la colombiana Adriana Mosquera. “Para mí ha sido un poco lento esto de ser mujer e incorporarme al humor gráfico. El humor propio es tan propio de nosotras...”, suspira y trata de desmarcarse de los temas de los lápices masculinos, pero vive su propia polaridad: “La generación de Salinas y Christiano esta muy condicionada por lo que fue la dictadura. Yo me aparto un poco de los temas que ellos manejan, yo hago feminismo radical”.

Carlos Lechuga (39) por su parte, no dibuja, pero es guionista del equipo de “El Mono Juliao” desde los días de “La Calabaza del Diablo” y los textos de Juanita Lacrimosa, la primera heroína depre chilena que escribe en colaboración con Christiano, el decano. El factor Hervi también fue crucial en la vocación de Lechuga que hoy integra el colectivo de La Nueva Gráfica Chilena junto a Salinas. “No podemos comparar la obra de los chiquillos con la de los viejos que es gigantesca. Recién se está empezando a publicar la historieta de nuevo en Chile. Y siempre será terrible que alguien haya tenido que jugarse la vida literalmente al dibujar. Es horrible hacer humor sin saber que alguien esta decidiendo tu destino o tu muerte”, reflexiona.

El Reyno del Sí **Rodrigo Salinas**

Según todo lo que he escuchado tras la muerte de Pinochet, yo pertenezco al bando de los malos.

Mi segundo nombre es Salvador, mi familia apoyó a la UP. Estuvo contra la dictadura, votó No y mi papá, para más remate, fue presidente del Mapu Obrero Campesino. A pesar de todo esto no me considero un peligro para la sociedad y creo firmemente que mi papá es quizá la segunda persona más buena de Chile, después de Benito Baranda.

Por eso cuando me hablan de que Pinochet nos salvó del cáncer marxista que iba a destruir Chile me pregunto: ¿Quiénes eran esos delincuentes? ¿Mi papá, los amigos de mi papá que desaparecieron, qué fueron torturados, exiliados?... ¿Tantos eran? Tiendo a pensar que había otra gente muy mala que merecía desaparecer, ser exiliada y perseguida por ser marxistas o por apoyar a Allende.

Digamos que efectivamente estábamos en una guerra y la situación era tan insostenible que fue necesario un golpe militar en el 73, sin embargo, no hubo guerra y la extirpación del cáncer marxista tomó sólo unos meses. Tengo entendido que “la resistencia marxista” fue poca, casi nula (porque como todos sabemos el “Plan Z” era un programa de televisión creado por Carcavilla) Entonces... ¿fueron necesarios tantos años de muerte, represión y censura?

Mis padres, como muchos otros chilenos, se quedaron en Chile resistiendo, con miedo. Esperando día a día que la pesadilla terminara, que El Reyno del mal acabara. En el intertanto formaron una familia (con nombres de izquierda para mantener viva la esperanza) y un buen día El Emperador, tal vez porque sus amigos del norte ya lo habían abandonado hace tiempo, o porque la presión del mundo era cada vez más fuerte, o porque el descontento popular se expresaba fuertemente en las calles de Chile, o por alguna razón oculta que aún no logro comprender, llamó a elecciones, para que todos los chilenos mayores de 18 años decidieran si se quedaba o se iba, votando SI o NO

Que ganara el NO significaba: ganarle a Pinochet, derrotar la muerte, vencer el miedo, el triunfo de la vida y la alegría. En mi casa hasta los que no votábamos, votaron que NO.

Y Pinochet perdió, vencimos a la Muerte y llegó la democracia. Pinochet, pensábamos, iría a la cárcel. El tiempo nos demostró que a la muerte no se le puede ganar. El mal NO murió, ni fue preso, ni pagó en vida por sus crímenes, vivió muchos años y cuando murió se le recordó como un héroe y sus víctimas fueron catalogadas por muchos como unos malvados marxistas comeniños.

Cuando presencié por televisión el masivo funeral de Pinochet comprendí que, afortunadamente, los buenos eran muchos más de los que yo pensaba.

Helicóptero, bus y bicicleta

Antonio de la Fuente *

El golpe no acababa aún y ya había arte y prensa contra la dictadura. En la confluencia de esos dos espacios aparece, en 1978, la revista La Bicicleta. Un verso de Erick Polhammer explica el nombre: “En la era de los helicópteros concéntricos surge como una paradoja necesaria La Bicicleta”. Un subtítulo añadía que se trataba de la Revista chilena de la actividad artística. El gentilicio estaba ahí para indicar que el arte producido en el exilio también formaba parte de la publicación.

Andando los meses La Bicicleta se fue abriendo camino desde los círculos relativamente restringidos de artistas y operadores culturales hacia un público más amplio. Fueron los jóvenes quienes se mostraron más receptivos a la propuesta. La página musical pasó a convertirse en un cuadernillo con canciones y entrevistas a los músicos que los jóvenes escuchaban bajo cuerda en esos años apagados, el llamado canto nuevo, la nueva trova, el rock. La opción de La Bicicleta por la juventud fue más bien una opción de los jóvenes por La Bicicleta. La revista saltó a los quioscos y fue ganando tiraje y periodicidad hasta que, entre 1984 y 1986, la dictadura impidió su circulación durante tres largos periodos.

Cabe preguntarse por qué. Por qué el crecimiento y por qué la censura. Tal vez La Bicicleta consiguiese abrir algunos intersticios en los murallones que la dictadura intentaba sostener, unas aberturas que la censura no lograba colmar porque le quedaban a trasmano. Tenía pegada, pero mal juego de cintura la dictadura.

Quienes hacíamos La Bicicleta teníamos dieciocho o veinte años en 1973 y ninguna gana de llegar a viejos cargando con y contra Pinochet. Si no podíamos acabar con la dictadura intentaríamos, al menos, menoscabarla. Roberto Merino, quien junto a Clotario Blest, era amigo y vecino y de La Bicicleta en el viejo barrio de la calle San Isidro, ha descrito perfectamente el procedimiento: “No hay para qué despotricar contra la llama de la libertad, basta señalar que una vez fue detenida una señora a la que pillaron haciéndose unos huevos revueltos ahí”.

Los meses de prohibición, en 1984 y 1985, dejaron a “La Bicicleta” debilitada pero en pie. El golpe de gracia lo recibió en septiembre de 1986 tras el atentado contra Pinochet. Como es sabido, las mal llamadas fuerzas de seguridad salieron esa noche a vengar la afrenta, asesinando a cinco opositores y entrando a saco allí donde quisieron. De “La Bicicleta” se llevaron hasta las placas de impresión.

No es necesario idealizar lo que hicimos durante esos años. La dictadura sólo tuvo defectos y entre ellos se cuenta su inutilidad. Frente a ella, un fuerte lazo de complicidad existía entre un número creciente de personas. Quienes hacíamos La Bicicleta vivíamos esa complicidad a través del contacto con los lectores, con los quiosqueros, en los barrios, en los teatros, en las universidades. Esta anécdota tal vez sirva para ilustrarla.

A inicios de los años ochenta se integró a “La Bicicleta”, gracias a una iniciativa de reinsertión de exiliados, un periodista que volvía de Alemania. Digamos que se llamaba Arcadio. Arcadio militaba en una de las múltiples fracciones en que se dividía entonces el Partido Socialista. Entre los miembros de “La Bicicleta” había algunos militantes del Mapu pero la mayoría era, en estas materias, de tendencia freelance. A poco de llegar a Chile y a “La Bicicleta”, Arcadio asumió la dirección del

periódico de su partido, lo que quiere decir que lo redactaba, lo imprimía y lo repartía.

Así va un día Arcadio por el centro de Santiago con su maletín negro de funcionario o de vendedor, en donde transporta los originales del periódico clandestino. En ese momento se produce una estampida entre los comerciantes ambulantes. Un bus policial avanza por la calle y una docena de policías se lanza a la pesca de los ambulantes. Estos son expertos en el ejercicio de escapar con la mercadería en volandas, pero una mujer que lleva una guagua en los brazos no alcanza a huir y un policía la atrapa e intenta subirla al bus policial.

Arcadio es aspirado por la masa de transeúntes que se acerca a contemplar la escena. La mujer se resiste y, en el forcejeo, la guagua, que llora tan fuerte como grita su madre, está a punto de rodar por el suelo. Arcadio ve negro, se olvida del maletín y se lanza a forcejear a su vez con el uniformado. La reacción de Arcadio parece dar alas a la muchedumbre, que las emprende contra el bus policial. La mujer consigue escapar pero Arcadio es detenido, encarcelado en la Penitenciaría y puesto a disposición de la justicia por agresión a carabineros y desacato a la autoridad.

La misma tarde de los incidentes suena el timbre de “La Bicicleta”. Cuando abrimos, un comerciante ambulante nos tiende el maletín de Arcadio, salvado del tumulto, con toda su documentación intacta. Se lo llevaron por defender a una mujer- nos explica el ambulante. Y agrega, con una punta de orgullo en la voz: “Pero nunca sabrán lo que no consiguieron llevarse”.

** Jefe de redacción y director de "La Bicicleta".*

Vicaría de la Solidaridad

En la huella del buen samaritano

Cristián Precht *31 de diciembre de 2006

El Comité Pro Paz, de carácter ecuménico, fue creado el 6 de octubre de 1973. se trató de la primera respuesta de emergencia que la Iglesia dio a un país cuya crisis institucional había explotado. La hermandad estaba profundamente herida y el futuro inmediato se veía más que incierto.



“Nuestra Vicaría de la Solidaridad ha sido un lugar claramente reconocido por muchos hombres desapasionados, de continuación de la acción del buen samaritano. La Iglesia, como El, no ha querido pasar de largó sin asumir los problemas derivados de la violación de su dignidad y derechos que han debido sufrir los disidentes del modelo político o bien los que han sufrido las consecuencias del modelo económico: los pobladores, los obreros organizados de la ciudad y del campo, los pequeños propietarios agrícolas. La Vicaría de la Solidaridad los ha consolado con su presencia y los ha apoyado activamente en sus problemas de subsistencia, defensa jurídica de sus derechos fundamentales, de su trabajo y organización. Ha sido un signo vivo del buen samaritano, del amor misericordioso de Dios, del compromiso liberador de Cristo. Muchas personas han reconocido en ella la presencia del Padre que no los abandona frente a su soledad y angustia”. (Cardenal Raúl Silva Henríquez)

En la mañana del 11 de septiembre de 1973 Chile amanece conmocionado. ¡Golpe de Estado! Los uniformados se toman las calles, las gobernaciones, el Palacio de La Moneda. Se escucha un mensaje del Presidente Allende y, poco después, la noticia de su muerte.

Temor, alivio, angustia, pánico, profunda incertidumbre... Espontáneamente la gente acude a las parroquias y capillas, a la Iglesia y las iglesias. Quieren saber de sus seres queridos: “fueron llevados al Estadio...”, “no se sabe nada de su paradero...”, “estaba haciendo el servicio militar y lo cambiaron de ciudad...”, “no supimos nada más desde que el martes (11) salió al trabajo...”

Esta situación explica el contexto en que el cardenal Raúl Silva Henríquez junto a pastores de otras iglesias cristianas y al gran rabino judío crean dos comités ecuménicos para enfrentar la emergencia sólo 20 días después del pronunciamiento militar.

Así nació el Comité 1 (más tarde Comité para los Refugiados) y el Comité 2 (Comité de Cooperación para la Paz en Chile) o, simplemente, Comité Pro Paz. Ambos tendrían una copresidencia católica y protestante, y un directorio en que participaban representantes de otras Iglesias cristianas.

El Comité para los Refugiados, como su nombre lo sugiere, se dedicó a la atención de los muchos extranjeros indocumentados que se encontraban en el país y fue encabezado por el Pastor Presidente de la Iglesia Evangélica Luterana, reverendo Helmut Frenz.

El Comité Pro Paz (Copachi) se dedicó a la atención de los chilenos que padecían dificultad por el régimen de facto. Este estuvo co-presidido por monseñor Fernando Ariztía, obispo auxiliar de Santiago y su primer secretario ejecutivo fue el padre Fernando Salas, joven sacerdote jesuita. Directores del Comité Pro Paz fueron: El administrador de la Iglesia Ortodoxa, José Elías; el pastor metodista Tomás Stevens; el gran rabino Angel Kreiman; el padre Patricio Cariola s.j. En sus comienzos, también formaron parte del directorio los pastores Augusto Fernández Alt (Luterano, Unelam), Julio Leal (Pentecostal) y Luís Pozo (Bautista). A la creación del Comité concurren además la Iglesia Evangélica Luterana, la Iglesia Ortodoxa, la Iglesia Metodista, la Iglesia Presbiteriana y el gran rabino.

Esta institución de carácter ecuménico, creada el 6 de octubre de 1973, fue la primera respuesta de emergencia que la Iglesia dio a un país cuya crisis institucional había explotado. La hermandad estaba profundamente herida y el futuro inmediato se veía más que incierto. Eran tiempos en que había miles de detenidos primero en el Estadio Nacional y el Estadio Chile, ambos de Santiago, en la isla Quiriquina de Concepción, en la isla Dawson y, posteriormente, en diversos campos de detención como Pisagua, Ritoque, Tres y Cuatro Álamos, etc. Los prisioneros, en su mayoría fueron torturados y centenas desaparecieron después de la detención. También hubo fusilamientos y juicios sumarios algunos sin presencia de un integrante letrado.

Extensión nacional

El Comité Pro Paz extendió su acción a la casi totalidad de las diócesis del país y fue creciendo al ritmo de las necesidades. Se organizó un grupo de ayuda social para averiguar el paradero de miles de detenidos y para brindar, a ellos y a sus familiares, una ayuda humanitaria: apoyo, víveres, consejo, trámites de urgencia...

Junto a éste se creó el Departamento Jurídico para presentar recursos de amparo, asesoría legal y defensa a los detenidos que encararon procesos en los tribunales de guerra.

Cuando la represión tocó el mundo sindical, y muchos perdieron su trabajo por razones políticas, se creó el Departamento Laboral. Por razones semejantes, se contó también con un Departamento Campesino y un pequeño Departamento Universitario.

En septiembre de 1974, Silva Henríquez nombró secretario ejecutivo del Comité Pro Paz al prebistero Cristián Precht Bañados, quien integraba el equipo de formadores del Seminario de Santiago y era vicario cooperador en la parroquia María Magdalena de Puente Alto. La razón de este cambio fue que Fernando Salas s.j. había sido puesto a disposición de la Arquidiócesis sólo por un año. Bajo la conducción ejecutiva de Precht, el Comité extendió su labor asistencial a siete de las ocho zonas pastorales de Santiago para coordinar y animar un trabajo solidario de base: organización y apoyo de comedores infantiles, creación de ocho policlínicas, atención a las necesidades sociales... Así nació el Departamento de Zonas.

Desde sus primeros días, el Comité también realizó un importante trabajo en su Departamento de Reubicación, nombre oficial que designaba a un valeroso y abnegado grupo de sacerdotes, religiosas y laicos que ayudaban directamente a quienes eran perseguidos y a los que padecían mayor necesidad. Este sólo departamento daría para escribir un libro lleno de heroísmo. Dios lo sabe. Y lo agradece.

Para tener una imagen de la magnitud del trabajo realizado, sólo en Santiago, más de 40 mil personas pidieron atención jurídica en los dos años del Comité Pro Paz; en las policlínicas se registraban más de 70 mil atenciones médicas y 35 mil niños comían diariamente en los comedores infantiles, gracias a la abnegación de sus madres y al apoyo de la comunidad local y de Caritas Santiago. Las cifras se multiplican si nos atenemos a lo que pasó en todo el país.

Junto al trabajo de asistencia social y de denuncia pública y jurídica, el Comité favoreció la organización de los familiares de detenidos para enfrentar juntos su defensa y facilitar la ayuda humanitaria. El primero y más conocido de estas organizaciones fue la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, grupo de acción no violenta, que comenzó a funcionar con 20 miembros a fines de 1974 (a pesar de que ya entonces había más de 600 desaparecidos) y que, a fines de 1975 contaba con 323 miembros que representaban a las aproximadamente mil personas entonces desaparecidas

No fue fácil para el Comité realizar su misión. Hubo de enfrentar las dificultades propias de toda obra que nace en tiempos de emergencia así como las incomprensiones que, agitadas por la pasión, deslindaban en la intolerancia. Sin embargo, este valioso signo de contradicción se abrió camino con inspiración y gran empeño, y fueron miles de chilenos los que encontraron amparo, calidez y comprensión, y muchísimos los que gracias a los miembros de Pro Paz salvaron literalmente la vida.

Crisis y término

La oposición al Comité se hizo implacable. Por una parte, sus informes denunciaban las violaciones de los derechos humanos protagonizadas por los agentes de seguridad y esto molestaba a la Junta de Gobierno. Incluso un dossier muy completo preparado para la Conferencia Episcopal, a comienzos de 1975, por descuido de un obispo fue a dar a manos de un refugiado que lo publicó en Holanda y en Italia (“Cile, rapporto segreto”), agudizando la tensión con la Junta Militar.

Signo y fruto de esta tensión fue la sorpresiva prohibición de entrar al país impuesta al pastor Helmut Frenz, en octubre de 1975, cuando regresaba de un viaje al extranjero. Pero la tensión llegó a su climax con ocasión del asilo en la Nunciatura Apostólica de un grupo de miristas fuertemente perseguido por la DINA, conocida por la brutalidad de sus métodos.

Pero, estos hechos son sólo la punta de un iceberg. El régimen ya estaba realizando una labor silenciosa presionando, desde principios de ese año, a las Iglesias miembros para debilitar su participación en Copachi. Amenazas de debilitar su estatuto jurídico, división de la Iglesia Luterana, temor en la comunidad judía y, de manera repentina, el alejamiento público del Comité por parte de la Iglesia Ortodoxa.

En este ambiente, el general Augusto Pinochet, entonces Presidente de la Junta de Gobierno, envió una carta al arzobispo de Santiago, fechada el 20 de noviembre, en la que, tras largo análisis, concluía que la raíz de las desavenencias entre la Iglesia y el Gobierno conducía inexorablemente al Comité de Cooperación para la Paz en Chile y, en consecuencia, pedía al cardenal que disolviera dicho Comité.

Previo a la carta habían sido detenidos varios de sus trabajadores, entre ellos, José Zalaquett, jefe de su Departamento Jurídico. En los mismos días fueron encarcelados varios sacerdotes, Gerald Whelan, Rafael Maroto, Fernando Salas s.j. y Patricio Cariola s.j., miembro de su directorio. A ellos, el Papa Paulo VI, les hizo

llegar personalmente un emocionante mensaje de solidaridad. Así también, algunos meses más tarde, me sentiría muy confortado por el Papa en un encuentro inolvidable, después de una audiencia concedida al cardenal Silva Henríquez. En esa ocasión el Papa me saludó con gran cariño y nos instó a seguir en este trabajo “tan evangélico que confería credibilidad a la Iglesia”.

En casa, en cambio, la cosa era muy distinta. Apremiado por estas impositivas circunstancias, el cardenal tomó la dolorosa decisión de cerrar el Comité por la Paz. En su carta respuesta a Pinochet afirmaba que el Comité concluía su labor por exigencia del Gobierno, cosa que los hechos demostraban. Pero, con la misma decisión reafirmaba, en el mismo documento, el derecho irrenunciable de cada Iglesia a continuar esta obra humanitaria en fidelidad al mandato recibido del Señor.

Creación y organización

Por medio de un decreto arzobispal del 1 de enero de 1976, el cardenal arzobispo de Santiago creó la Vicaría de la Solidaridad, nombrándome como su primer vicario episcopal y al abogado Javier Luís Egaña Baraona como su secretario ejecutivo.

Recibimos la misión de continuar e innovar la obra del Comité por la Paz. A ambos expresó su decisión de crear una institución, fiel al Evangelio que la inspira, que extendiera la solidaridad a todas las dolencias y tradujera ese mandato en la defensa y promoción de los derechos humanos, en su conjunto, así como lo exige la dignidad de cada ser humano.

Más de una vez he relatado la escena en que el cardenal me confirió este encargo, en la tarde del 8 de diciembre de 1975... Ante mi comprensible sorpresa, y hasta cierta reticencia, para aceptar el nombramiento, le di dos o tres argumentos. El último de ellos fue alegar mi corta edad -35 años- para asumir tan grave responsabilidad. Ante eso no dudó un momento en rebatirme, con picardía en los ojos, que “de esa enfermedad te mejorarás día a día”.

Al día siguiente de esa escena, partí a casa de Javier Luis Egaña, a quien ya había tratado de llevar al Comité Pro Paz, aunque él no lo sabía. Esta vez le pedí el favor de que me ayudara a organizar la nueva Vicaría. Aceptó sin vacilar y fue clave en la defensa y promoción de los derechos humanos, con la decisión, entrega y creatividad que lo caracterizan. Jamás terminaré de agradecer la generosidad de Javier, de Pilar, su esposa y de sus dos hijos...

El marco doctrinal e inspirador de la nueva Vicaría lo constituyó la carta pastoral sobre la Solidaridad, entregada por el cardenal el 25 de julio de 1975. Según su pensamiento, este nuevo organismo debería coordinar y animar el conjunto de acciones de la Iglesia de Santiago en el campo social. Por eso, el vicario de la Solidaridad tuvo relación con Cáritas Santiago y con la Fundación para el Desarrollo cuyos directores fueron nombrados para integrar el Consejo del nuevo vicario episcopal.

El nuevo vicario pidió la participación de un grupo de sacerdotes y laicos de la Iglesia de Santiago, con quienes formó el Consejo de la Vicaría de la Solidaridad. Entre ellos estaban los obispos Enrique Alvear y Jorge Hourton, los vicarios Gustavo Ferraris y Juan de Castro, Domingo Santa María, Sergio Molina (Fundación para el Desarrollo), Claudio di Girolamo, y los presbíteros Alfonso Baeza, Miguel Ortega y Sergio Correa (Caritas Santiago).

A diferencia del Comité, marcado por el signo de la emergencia, la Vicaría nació con clara conciencia de su misión y así se expresó, desde sus comienzos, en su organización. La Vicaría tuvo un Departamento Jurídico, que incluía un grupo de

abogados de planta y un número mayor a quienes se contrataba ad casum. La puerta de entrada a la acción jurídica la brindada un grupo de abnegadísimas trabajadoras sociales, rostro visible de la Iglesia para todos los sufrientes. En este Departamento se llevaba también el delicado archivo de informaciones, que más tarde costaría la vida a José Manuel Parada, y un trabajo de investigación que respaldaba nuestras denuncias.

Se creó también el Departamento Laboral que a partir de 1977 se convertiría en la Vicaría de Pastoral Obrera; el Departamento Campesino que duró en la Vicaría hasta 1982. Además estaba el Departamento de Zonas para coordinar la pastoral solidaria realizada en las zonas pastorales de Santiago y el de Coordinación Nacional, para vincularnos con las oficinas sociales o de solidaridad de las Diócesis del país.

También se organizó el Departamento de Publicaciones, cuyo rostro más visible fue la revista “Solidaridad” que empezó a circular en abril de 1976 y que tuvo gran importancia en un tiempo en que la libertad de prensa estaba conculcada. Esta revista, con sus 30 mil ejemplares, circulaba a través de instancias eclesiales y era muy requerido especialmente en los medios populares. La labor de este departamento incluyó la preparación y difusión de un número significativo de publicaciones destinadas a la formación, a la información y al testimonio de experiencias solidarias. En fin, este trabajo tuvo el soporte silencioso de los Departamento de Apoyo y Finanzas para llevar con esmero los asuntos administrativos. Finalmente, dependiendo directamente del secretario ejecutivo estaba la Unidad de Personal y la Unidad de Relaciones Públicas.

En 1983, se agregaría el Departamento de Educación Solidaria que realizó -y sigue realizando desde la Vicaría de Pastoral Social- valiosos programas para la formación en Doctrina Social de la Iglesia y Derechos Humanos.

Un trabajo pastoral

La Vicaría siempre se comprendió a sí misma como un trabajo eminentemente pastoral que se inspiró en la figura del buen samaritano y se confió al cuidado y la protección de San Francisco de Asís. De hecho, su fiesta se celebraba siempre el 4 de octubre, día de San Francisco, y con ello enlazábamos con la creación del Comité Pro Paz que, como dijimos, fue creado oficialmente un 6 de octubre.

Los hechos han demostrado que su acción fue profundamente evangelizadora, especialmente en sectores que la pastoral de la Iglesia no toca habitualmente. El Evangelio de la dignidad humana está en el corazón de la actividad evangelizadora de la Iglesia. En ese sentido, la Vicaría tuvo mucho de “pastoral de fronteras” realizada desde el corazón de la Iglesia. Para muchísimas personas, este trabajo marcado por la gratuidad del amor y alejado de cualquier proselitismo, les significó reconocer en sus vidas el rostro cercano de Jesús y la vigencia de la Iglesia.

El testimonio más conmovedor al respecto, se produjo con la muerte de Roberto Parada, destacado actor y militante comunista, padre de José Manuel. Enfermo en Moscú le pidió a su esposa, María Maluenda, que le ayudara a orar. Ella que “había olvidado las palabras que jamás se deben olvidar”, le pidió a Liria, católica, esposa de Luis Corvalán, entonces secretario general del PC., que le anotara en una hoja el Padre Nuestro y el Ave María. Y así acompañó María a su esposo agonizante.

El día de la muerte de Roberto recibí un llamado emocionado de Claudio di Girólamo para decirme -de parte de María- que la última voluntad de su esposo había sido: “dígame al cardenal Silva y al padre Cristián Precht que muero como hijo de la Iglesia” sin abdicar del camino recorrido. Y agregó que si él hubiese conocido

esta Iglesia en su juventud, siempre habría sido parte de ella. Fue conmovedor cuando en el responso de Don Roberto, celebrado en “La Chascona”, María confesó que “desde la muerte de José Manuel Roberto descubrió la trascendencia”...

** Primer Vicario de la Solidaridad*

LAS ESTADÍSTICAS DE LA VICARÍA

Esta información fue extractada del documento de la Vicaría de Solidaridad titulado “Algunas cifras sobre atentados a los derechos humanos durante el régimen militar”, dado a conocer en noviembre de 1992. No tenemos la cifra exacta de las personas que fueron atendidas en la Vicaría. Suman decenas de miles los que se beneficiaron con las distintas facetas de su acción.

Para dar una idea aproximada es oportuno transcribir las estadísticas globales de la Vicaría sobre las principales situaciones aflictivas en materias de derechos humanos en el período comprendido entre 1973 y 1989. El promedio anual de personas que solicitaron asesoría o apoyo de la Vicaría fue de 91.973 personas. De esas, un promedio de 10.933 pidieron asistencia jurídica.

La institución trabajó con un promedio de 1.600 organizaciones de base y con unas 60 mil personas afiliadas a ellos. Entre 1973 y 1988, la Vicaría presentó cerca de 9.000 recursos de amparo, para casos individuales y masivos, de los cuales los tribunales sólo acogieron 23.

Detenidos desaparecidos

La Vicaría consigna un total de 999 detenidos-desaparecidos. Con posterioridad se ha conocido la ubicación de los restos mortales de aproximadamente un tercio de estas personas.

Derecho a la libertad personal

En el período consignado se registra en Santiago 40.043 personas detenidas. De ellas, 12.470 fueron detenidas individualmente y 27.573 en manifestaciones callejeras. Durante estos años entre el Comité y la Vicaría se interpusieron más de 9.000 recursos de Amparo, muchos de ellos por varias personas a la vez. Hubo un bullado recurso colectivo presentado en diciembre de 1973 en favor de 119 personas de las que se afirmó que habrían huido a Argentina. En su casi totalidad, resultaron ser detenidos desaparecidos...

CRONOLOGÍA DE LA VICARIA DE SOLIDARIDAD

Cronología de la Vicaría de la Solidaridad



- 1973** **11 de septiembre:** Golpe de Estado en Chile que termina con el gobierno del Dr. Salvador Allende G.
- 6 de octubre:** Creación del Comité de Cooperación Para la Paz en Chile (COPACHI) y del Comité para los Refugiados. Preside el Comité Pro Paz el obispo Fernando Ariztía Ruiz. Copresidente el pastor presidente de la Iglesia Luterana, D. Helmut Frenz. Secretario ejecutivo, el P. Fernando Salas sj.
- 1974** **El 11 de septiembre** asume como secretario ejecutivo el P. Cristián Precht B.
- A fines de 1974** nace la agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos.
- 1975** **Pastoral Sobre la Solidaridad del cardenal** Raúl Silva Henríquez y sus vicarios episcopales.
- Agosto:** Nacen las Arpilleras.
- Noviembre:** Por presiones del Gobierno Militar el cardenal decide poner término al Comité de Cooperación para la Paz en Chile.
- 1976** **1° de enero:** El cardenal Silva Henríquez, crea la Vicaría de la Solidaridad, del Arzobispado de Santiago, la que abre sus puertas en el antiguo palacio arzobispal (Plaza de Armas 444). El cardenal nombra como primer vicario a Mons. Cristián Precht y secretario ejecutivo a Javier Luis Egaña Baraona.
- Marzo:** Al inaugurarse el año judicial la Vicaría de la Solidaridad inicia la tradición de presentar cada año un informe al presidente de la Corte Suprema sobre la violación de los derechos humanos en Chile.
- 12 de abril:** Es expulsado del país el abogado del ex Comité de Cooperación para la Paz en Chile, José Zalaquett, quien se encontraba detenido desde 1975.
- Mayo:** Se publica el primer número del boletín Solidaridad de la Vicaría.
- 12 de mayo:** Es detenido el abogado de la Vicaría de la Solidaridad Hernán Montealegre, quien permanece incomunicado durante 17 días en el Campamento de Detenidos de Cuatro Alamos.
- 1977** **25 de marzo:** El Comité Permanente del Episcopado da a conocer el documento "Nuestra Convivencia Nacional". En él se pide al general Pinochet que se aclaren los casos de desapariciones de personas.
- 1978** **El cardenal Raúl Silva Henríquez** declaró 1978 como el Año de los Derechos Humanos por cumplirse 30 años de la Declaración Universal. Nombra presidente a Mons. Ignacio Ortúzar, vicario general del Arzobispado y a la Vicaría de la Solidaridad como Ejecutiva para organizar el año.
- 24 de agosto:** Se realiza el primer Encuentro Nacional del Año de los Derechos Humanos.
- 22 al 25 de noviembre:** Se realiza el Simposio Internacional de los Derechos Humanos, bajo el lema "Todo hombre tiene derecho a ser persona."
- Culmina el simposio en la Catedral** con la firma de la Carta de Santiago, por la cual diversas personalidades nacionales y extranjeras se comprometen en la defensa y promoción de los derechos humanos.
- La Vicaría recibe el **Premio a los Derechos Humanos** conferido por la ONU a personas e instituciones por su acción sobresaliente en este campo. Lo recibe en la sede de la ONU, Nueva York, el cardenal Silva acompañado por su vicario Cristián Precht, el día 10 de diciembre, en sesión especial de dicha organización.
- 1 de diciembre:** Se descubren los restos de 15 campesinos
- 1979** **2 de octubre:** Son exhumados 18 cadáveres desde un cementerio en Yumbel. Los cuerpos correspondían a detenidos desaparecidos de Laja y San Rosendo.
- 1980** Premio **Herzog** otorgado por el Sindicato de Periodistas del Estado de Sao Paulo, Brasil, a la revista "Solidaridad".
- La Vicaría es distinguida con el **Premio a la Paz**, otorgado por los Jóvenes Católicos de Alemania Federal.
- 14 de marzo:** Son dinamitados los hornos de Lonquén, los que ocultaron durante años los cuerpos de 15 campesinos.
- 11 de septiembre:** El gobierno llama a la ciudadanía a pronunciarse en un plebiscito respecto a su propuesta de nueva Constitución.
- 1981** **11 de marzo:** Entra en vigencia la nueva Constitución aprobada en el plebiscito de 1980.
- 18 de mayo:** El diácono Enrique Palet sucede a Javier Luis Egaña, como secretario ejecutivo de la Vicaría.
- 19 de mayo:** Es detenido el doctor Manuel Almeyda, médico de la Vicaría de la Solidaridad. Sale en libertad incondicional el 14 de julio.
- 1982** **15 de marzo:** Se prohíbe entrada al país de Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, quien había sido invitado por el cardenal Silva Henríquez, a participar en encuentros con organismos de la Iglesia.
- 24 de diciembre:** El Gobierno autoriza el ingreso al país de 125 chilenos que permanecían exiliados.
- 1984** **El padre Ignacio Gutiérrez s. j.** asume como nuevo vicario como sucesor del presbítero Juan de Castro.
- 9 de agosto:** Jornada Chile defiende la Vida.
- La Vicaría es distinguida con un premio otorgado por la Fundación **Bruno Kreisky**, en Austria.
- 1985** **Monseñor Sergio Tapia** asume como nuevo vicario de la Solidaridad.
- 29 de marzo:** José Manuel Parada, funcionario de la Vicaría de la Solidaridad es secuestrado y degollado por personal vinculado a Carabineros de Chile.
- La Vicaría recibe el **Premio Príncipe de Asturias en Libertad**.
- 1986** La Vicaría recibe la distinción **Letelier-Moffitt Award for Human Rights**, de la fundación del mismo nombre en Washington, USA.
- Funcionarios de la Vicaría**, Gustavo Villalobos, abogado y el doctor Ramiro Olivares, médico, son detenidos por haber atendido a una persona que negó su participación en un hecho de violencia. Proceso que se transforma posteriormente en un juicio a la Vicaría de la Solidaridad.
- 1 de abril:** Llega a Chile el Papa Juan Pablo II y esa misma tarde se encuentra con la directiva de la Vicaría de la Solidaridad.
- 1987** **14 de junio:** Muere el vicario de la Solidaridad, monseñor Santiago Tapia. Lo sucede monseñor Sergio Valech.
- Premio de la Fundación **Carter-Menil**, otorgado en Atlanta, Georgia, USA.
- 1988** Premio **Simón Bolívar** de la UNESCO.
- 1992** Se constituye La Fundación de **Documentación y Archivo de la Vicaría de la Solidaridad**.

Los muertos que vos matasteis

Jaime Collyer. LN 31 de diciembre de 2006

El “apagón cultural” fue la consecuencia lógica y más obvia del procedimiento en cuestión. Las cifras de la UNESCO se ocuparon luego de calcular sus frutos concretos, estimando que en los primeros dos, tres años de la dictadura, la cifra de nuevos títulos publicados en el país decayó a la mitad o incluso menos, y que nunca más volvió a repuntar o alcanzar los índices precedentes, sino hasta que vino la transición.



En los días inmediatamente posteriores al golpe, ésos en que andaba uno enterrando en el patio –con cierto fatalismo implícito pero muy justificado– sus libros de Marta Harnecker y, por si acaso, los manuales acerca del “Cubismo” pictórico, me topé entre esos materiales con un ejemplar de la vieja revista “Sucesos” sobre La Guerra Civil Española. Por unos días detuve la maniobra de enterramiento y me instalé a leerlo. Lo hice de un tirón. Me sorprendió –aunque no debía sorprenderme– la semejanza casi textual entre los discursos del alzamiento franquista contra la República y los de los primates uniformados que ahora persistían en la televisión, vociferando sus propias razones para la sublevación que acababan de imponernos, con las dificultades sintácticas que todos los conocimos durante años. Era evidente que parte de esos bandos iniciales habían sido literalmente copiados del inspirador franquista. En ambos casos se hablaba del “deber moral” de “salvar a la patria del marxismo ateo” y refundar desde sus cimientos “nuestra tradición cristiana y occidental”. En lugar destacado asomaba, entre los próceres franquistas, la figura grotesca del general Millán Astray, el mismo que se confrontó con Unamuno en la Universidad de Salamanca y proclamó su conocido “¡Viva la muerte!”. Ese que afirmaba con sorna que, siempre que oía la palabra cultura, echaba mano a su revólver.

La cruzada pinochetista siguió a su vez, y al dedillo, esta doctrina tan elocuente de Millán Astray, perfeccionándola a su manera. Bien documentado está el caso del arrasamiento masivo de las tiradas dejadas a su paso por la Editorial Quimantú, que fueron enviadas a una conocida empresa manufacturera de papeles y cartones para ser oportunamente trituradas y convertidas en papel de envolver, el llamado “papel ceбра”, así rotulado porque venía en estrías bicolors, para su alegre aprovechamiento por el comercio local. Vale decir que, cuando los generales

chilenos oían la palabra cultura, o “libro”, echaban mano a algo mejor que su revólver: a las máquinas trituradoras de la empresa aludida.

El “apagón cultural” fue la consecuencia lógica y más obvia del procedimiento en cuestión. Las cifras de la UNESCO se ocuparon luego de calcular sus frutos concretos, estimando que en los primeros dos, tres años de la dictadura, la cifra de nuevos títulos publicados en el país decayó a la mitad o incluso menos, y que nunca más volvió a repuntar o alcanzar los índices precedentes, sino hasta que vino la transición.

Tres fueron, con seguridad, las instancias en que la intelectualidad, el estudiantado de la época, se ocupó para neutralizar ese estado de cosas.

La primera, una etapa coincidente grosso modo con los años del Mamo Contreras y sus secuaces y que podemos rotular como una “estética de la resistencia”. El término es equívoco, puesto que proviene de una novela del alemán Peter Weiss en la cual denunciaba las purgas asociadas al estalinismo, no sólo en lo cultural. En nuestro caso, el término se cargó de una resonancia épica, necesaria, ineludible, y su fruto más tangible fue la serie de publicaciones que proliferaban al interior de las universidades (revistas de poesía y cuento, de debate improvisado y escueto), todas ellas –por razones obvias– anónimas, de circulación gratuita y bajo cuerda, muchas veces alimentadas por los partidos de izquierda en la clandestinidad. A esas publicaciones, había que sumar entidades de naturaleza asamblearia como la Agrupación Cultural Universitaria, la Unión de Escritores Jóvenes y otras instancias propiciadoras del debate en la época.

La segunda opción fue, desde luego, el teatro, que evidenció por sí mismo una vocación aglutinadora y a la vez asamblearia, de convocatoria de la intelectualidad opuesta a la barbarie reinante. Desde el Ictus en su sala habitual, hasta nombres como Juan Radrigán, Raúl Osorio, Ramón Griffiero y un largo etcétera de omisiones que siempre resultan injustas, el teatro consiguió mantener, por así decirlo, en alto el espíritu de resistencia. Curiosa coincidencia con lo que sucedió a la vez en Francia bajo la ocupación alemana, donde el teatro de Sartre, por citar un solo caso, germinó para suscitar el mismo nivel de inquietud y debate que el teatro criollo provocaba entonces. Se cuenta que en la época hubo, cuando ya la DINA había sido cosmetizada por la CNI, una carta del director de este nuevo organismo en la cual explicaba la razón por la cual el régimen toleraba la actividad tan efervescente del teatro. Aludía a su carácter “elitista”, a una instancia que llegaba sólo a unos pocos, y esos pocos eran desde ya opositores al régimen, así que no era tanto el daño al status quo, más costoso resultaba reprimirlo. Evidentemente, la doctrina hacía excepciones, como quedó bien probado cuando los pirómanos oficiales incendiaron una noche la carpa donde se daban las “Hojas de Parra”, del siempre activo Don Nica. Elitista o no, había ciertos límites que, al parecer, no era razonable tolerar. En la misma vena asamblearia cabe mencionar desde luego a la Nueva Canción Chilena, fenómeno que heredó del Canto Nuevo su impronta y su temática identificada con el universo popular o marginal urbano.

La tercera opción atañe a los talleres literarios de variada índole, donde germinó un poco a hurtadillas la narrativa que, al sobrevenir la transición, habría de saltar a la palestra. El exilio se vivió de otro modo y fue, desde luego, cuento aparte. Dos generaciones de escritores habían sido o bien inducidas a permanecer en el extranjero (el caso de Donoso, Edwards, Giaconi), o bien expulsadas directamente del país (el caso de Dorfman y sus coetáneos). Su labor hubo de madurar, y desde luego proliferar, en los países donde se había afincado, con las desventajas que ello supuso (desconexión con el público local, fragmentación geográfica), pero también sus ventajas (ediciones masivas y bien difundidas, temáticas que versatilizaron el

drama del golpe militar y dejaron de vivirlo como una “llantina” perpetua y entre las alambradas de Tejas Verdes o Tres Álamos). A la par de la narrativa, proliferaba en casa la poesía (de un Lihn, un Rojas, un Teillier aún muy activo, la de nuevos cultores como Llanos y Montealegre), con mejor suerte que la de los ficcionadores, menos reprimida y censurada, quizá por la mayor abstracción consustancial al género poético, que hacía difícil, para los émulos criollos de Millán Astray, descifrar cabalmente las metáforas cuando iban en su contra.

Dentro del segmento del exilio, cabe mencionar por último al cine, enfocado inicialmente a una estrategia de denuncia y plasmación de lo que había sido el golpe militar y sus consecuencias. Si bien hubo aquí, en muchas de sus producciones financiadas en el extranjero, cierto panfletarismo a ratos flagrante, que hoy resulta incluso caricaturesco (piénsese, por ejemplo, en una imagen de la época donde se veía a Allende cayendo al piso en La Moneda con música de fondo de Astor Piazzolla), el valor testimonial de piezas como “La batalla de Chile” de Patricio Guzmán es insustituible y seguirá siéndolo indefinidamente en las cinetecas de todo el mundo. No está demás mencionar, a la vez, la faceta irónica y de claro alejamiento de ese discurso panfletario que ha caracterizado al cine de Raúl Ruiz, posiblemente quien más nítidamente capitalizó a su favor, en términos vivenciales y estéticos, un discurso alternativo a ese que corría el riesgo de eternizarse en la gesta de la derrota.

Viva la muerte, decía el perro de presa franquista, pero la muerte es –pese a su carácter tan definitivo– un proyecto de corto aliento. A la luz de lo ocurrido en el sector editorial, en el teatro y el cine, con la transición, cabría pensar, más bien, que el intento de contener la cultura criolla a pistoletazos o con las máquinas de triturado sólo condujo a la reafirmación de un decir más antiguo que el del abyecto Millán Astray: los muertos que vos matasteis gozan hoy de muy buena salud.

Radios Chilena y Cooperativa bajo la dictadura

Voces desde las tinieblas

Miguel Ángel San Martín. LN 31 de diciembre de 2006

Poco antes de la nueve de la mañana del 11 de septiembre de 1973, dos aviones de combate sobrevolaron un par de veces sobre la planta transmisora de Radio Corporación, la emisora que el PS había comprado dos años y medio antes- a precio de saldo- al grupo El Mercurio SA. A la tercera pasada por Avenida Vicuña Mackenna, los aviones soltaron sus rockets con precisión milimétrica, destrozando y acallando las antenas de la emisora...



Jaime Moreno Laval

Desde el primer momento del golpe de Estado de 1973, los militares demostraron que no querían testigos de lo que estaba sucediendo. La represión a los medios de comunicación fue brutal. Y un manto de tinieblas cayó sobre Chile en forma de desinformación masiva, manipulando y sometiendo a una población aterrada.

La radio, medio de comunicación que entra fácilmente en los hogares, que burla los controles represivos y que transmite mensajes a cualquier hora a los ciudadanos, se convirtió en el referente fundamental de los chilenos para romper el oscurantismo. Primero, desde el exterior, donde el esfuerzo de los partidos políticos chilenos que se reconstituían dificultosamente -envueltos en una lucha de recriminaciones mutuas-, conseguían espacios en emisoras oficiales de diversos países para transmitir por onda corta noticias, denuncias y consignas. Las voces de periodistas militantes comenzaron a hacerse conocidas a través de Radio Moscú, Habana-Cuba, Berlín Internacional (RDA), Radio Algerie (Argelia), etc. Mención especial para Radio Tirana, de Albania, que resultó ser la que tenía mayor potencia de todas y que llegaba a Chile con una claridad excepcional, aunque su mensaje, marcadamente pro-chino, no interesaba demasiado a los partidos de la izquierda chilena.

Esas programaciones consiguieron levantar en parte la moral de los chilenos. Y sólo en parte, porque sus denuncias aparecían como demasiado dramáticas y las noticias difícilmente comprobables. Además, los desmentidos machacones de los medios de comunicación afines a la dictadura, también daban sus frutos.

Otras radios que jugaron un papel importante en esta primera etapa de la represión, fueron las oficiales de países democráticos. Las emisiones en castellano de las Radios Nederland (Holanda), Francia Internacional, BBC de Londres, RAI de Italia, por citar sólo algunas, recogían también con generosidad las noticias que les proporcionaba el exilio chileno.

RADIO CHILENA

En el “interior”, como se usaba en la nomenclatura verbal de la época, la Iglesia Católica no pudo mantenerse al margen de la corriente de denuncia y protesta que germinaba en el país. El cardenal Silva Henríquez fue un firme defensor de que la emisora del Arzobispado de Santiago, la Radio Chilena, diera voz a los que no la tenían.

De acuerdo a las posibilidades, la Chilena comenzó tímidamente a dar pasos hacia la información amplia y veraz de lo que ocurría. Las primeras críticas se comenzaron a oír en los informativos con un lenguaje críptico, con un doble sentido rápidamente descifrado por las mayorías populares. Incluso en los programas musicales, donde Miguel Davagnino le cedía espacios a cantantes comprometidos, como Joan Manuel Serrat, Pablo Milanés, Silvio Rodríguez, Ana Belén y Víctor Manuel... incluso, a Violeta Parra. O el profesor y folclorista Ronnie Medel, que hablaba de la auténtica música de raíces populares, del folclor chileno “de verdad”. También se oía al erudito Mario Céspedes, hablando en doble sentido de historia, de filosofía, de hechos diversos. Todos ellos, en claros gestos de rebeldía.

La radio, como un cómplice anhelado, entró a las casas con fuerza, con mensajes de libertad. La jerarquía eclesiástica, en consecuencia, estaba por hacer un periodismo plural y libre, y así lo comenzó a hacer Radio Chilena.

En los informativos se incluían comentarios políticos, donde las voces de Ignacio González Camus y de Jaime Moreno Laval fueron ganando espacios de credibilidad. Un día, el publicista y hombre de la comunicación Jaime Celedón tuvo una idea: crear en radio un programa similar a lo que fue “Esta noche se improvisa”, de la

televisión de los setenta. Y lo tituló “Improvisando”, en claro afán recordatorio, y que tuvo un éxito enorme gracias a la participación en él de invitados : Ricardo Lagos, Alejandro Foxley, Hermann Chadwick, Alvaro Vial, etc. Se emitía los sábados, al mediodía, pero por su gran aceptación y audiencia debía repetirse los domingos por la noche.

Mario Gómez López, periodista de amplia trayectoria regresó del exilio, pero no encontró trabajo. Nadie se atrevía a dárselo. En la Chilena encontró espacio.

Cuando la Plaza de Armas de Santiago se transformó en el lugar de las protestas, la ubicación de la Chilena en calle Phillips le permitía tener un observatorio privilegiado desde donde informar los acontecimientos en vivo. Se llegó al extremo en que los lustrabotas, los vendedores ambulantes o los jardineros, se transformaron en fieles colaboradores que advertían a los periodistas de la radio sobre la presencia de los agentes de la DINA, los informantes o los simples “sapos” de la represión.

La emisora fue clausurada en diversas ocasiones, condenada cada vez a varios días de silencio, por informaciones que se daban y que no gustaban a las autoridades. Su periodistas fueron perseguidos y se les amenazaba constantemente, en forma anónima a través del teléfono o bien en escritos que les dejaban en los buzones de la radio o de sus domicilios. Jaime Moreno Laval, que fue director de la Chilena entre 1984 y 1989, se cambió de casa siete veces por las amenazas. Siempre tenía a un falso taxi, con tres o cuatro personas en su interior, pisándole los talones. En una ocasión encontró a su familia aterrada porque en el patio de su casa se paseaban dos personas con traje y corbata...

Radio Chilena desapareció del dial en 2005 y su señal ahora la ocupa la radio Play FM, una musical que pertenece al Canal de la TV de la Universidad Católica.



RADIO COOPERATIVA.

La veterana emisora que nació en Valparaíso a mediados de los años 30 y que se consolidó como radio informativa en 1940 al asumir su propiedad la Compañía Chilena de Comunicaciones, jugó un papel fundamental en la lucha por las libertades de nuestro país.

Poco tiempo después del golpe militar, la Cooperativa comenzó a alejarse de la obsecuencia predominante en los medios de comunicación que permitían los militares golpistas. Las violaciones constantes y flagrantes de los derechos humanos conmovieron al Consejo Directivo de la Compañía, con afinidades a la Democracia Cristiana, quienes comenzaron a ejercer una tibia oposición al régimen. En lo informativo, se usaba también un lenguaje críptico, mientras que en lo conceptual se desarrolló un sorprendente doble lenguaje que movilizó a la ciudadanía. Era más que curioso comprobar cómo opositores al régimen militar y también afines, se convertían en files oyentes de la emisora. Hay testimonios al respecto de personas que se declaraban pinochetistas pero que escuchaban puntualmente los informativos de la Cooperativa, “para estar bien informados”.

Los servicios informativos, bajo la dirección del ya fallecido periodista Guillermo “Willie” Muñoz, se abrieron al mundo mediante una extensa red de corresponsales. Para ello, Muñoz contactó con veteranos profesionales chilenos -muchos de ellos exiliados- con la premisa de hacer un periodismo del máximo rigor y con la mayor

objetividad. Las voces de Bernardo Suárez desde Moscú, Jorge Piña en Roma, Domingo Valenzuela en Londres, Víctor Hugo de la Fuente en París, Hernán Rodríguez Molina en los Balcanes, Enrique Gutiérrez en México, Miguel Angel San Martín en Madrid, fuimos -y varios lo son aún- referentes de la noticia internacional de Cooperativa.

Lo mismo hizo en el interior del país, extendiendo esa red de corresponsales hasta los más lejanos rincones. La información de la Cooperativa fue, entonces, amplia, rica, plural y muy completa. En los estudios centrales, hombres y mujeres de alto nivel profesional se la jugaron cada día. Por citar sólo algunos, Manola Robles, Analaura Cataldo, Eduardo Segovia, Sergio Brotfeld, Marco Antonio Cumsille, dieron lustre a una programación rigurosa y comprometida en todas las áreas de la información. Y en los mandos técnicos, Waldemar Cristensen, verdadero “patriarca” de los controles de sonido que luchaba denodadamente para que las noticias, los despachos, los mensajes salieran al aire con la mayor calidad posible.

Es un hecho indiscutible que la Cooperativa fue señora en cuanto a la apertura informativa, desafiando a la represión. Al comienzo tímidamente con “Reportajes”, para entrar después de lleno en la pelea con “El diario de Cooperativa”, que fue conducido inicialmente por Jaime Moreno Laval. Más tarde este profesional se transformó en director de la Chilena y Presidente del Colegio de Periodistas de Chile.

El Diario de Cooperativa fue un referente indiscutido de la sociedad chilena. Los tambores sonando a cualquier hora del día, anunciando una noticia de último minuto, elevaba la adrenalina de todo el país, sometiéndolo a una rara excitación de lucha, de combate, de protesta... Bajo la conducción de Sergio Campos, este programa logró (hasta el día de hoy) los más elevados índices de sintonía nacional.

Cooperativa -y su programa estrella- fueron objeto de la más dura y descarnada represión, como lo relata en una crónica aparte Sergio Campos. Pero eso no amilanó a propietarios y profesionales. Todos ellos, cual más cual menos, han aportado un importante rayo de luz al proceso de liberación de nuestro pueblo y se sienten orgullosos de lo conseguido.

Luis Corvalán y el rol del PC durante el régimen militar

“Sin el atentado, Pinochet dura 10 años más”

Mirko Macari. LN 31 de diciembre de 2006

A la enfermedad del anticomunismo, la injerencia norteamericana y al cardenal Fresno atribuye la exclusión del Partido Comunista de un amplio acuerdo contra la dictadura. Aquí recuerda los infructuosos intentos de entendimiento con la DC y señala que desde antes de que ganara Allende ellos ya tenían cuadros preparándose para una solución militar en la política chilena.



-¿Dónde estaba cuando murió Pinochet don Luis?

-Aquí en mi casa, lo escuché por la televisión.

-¿Celebró?

-Por supuesto, pero con ningún trago. Me alegré obviamente, yo tengo un hijo muerto a consecuencia de las torturas.

La casa de la que habla es una apacible y sencilla vivienda en un pasaje de Ñuñoa, con parrón incluido, donde da la sensación de que el tiempo se ha detenido. Las canas del mítico ex secretario general del PC nos recuerdan que eso no es posible. A sus 90 años, don Luis es un monumento vivo de la política de viejo cuño, donde la palabra escrita hacía las veces de verdad develada e incorruptible. A lo largo de la conversación va buceando a cada momento sus apuntes, documentos y hasta su libro de memorias “De lo vivido y lo peleado”, para luego leerlos a modo de respuesta.

-¿El golpe era inevitable?

-No, no fue inevitable. ¿Por qué iba a ser inevitable?

-Mucha gente así lo piensa.

-No, había otras salidas. Está claro que Salvador Allende iba a llamar a plebiscito el día 11, pero Pinochet lo supo porque fue a verlo junto con el general Urbina a Tomás Moro el domingo 9. Yo estaba en una entrevista con Allende ese día, y a la salida, tipo 11:30 de la mañana, estaban ellos esperando al ladito de afuera. En este encuentro Allende les dijo que iba a llamar a un plebiscito para que la ciudadanía se pronunciara sobre el conflicto creado. Pinochet adelantó el golpe, que tenía planeado para el 16 de septiembre, para que no se alcanzara a hacer ese anuncio.

-Se dice que durante la Unidad Popular el PC mantuvo una postura moderada, legalista ¿tenían razón los sectores que hablaban de que el enfrentamiento era inevitable?

-Efectivamente hubo diferencias con el PS y con el MIR, nosotros fuimos partidarios del plebiscito, ellos no. Y desde el comienzo propiciamos una política más amplia. Lo de moderada a mí no me gusta mucho, yo la llamaría política realista, que era la de buscar un entendimiento con la Democracia Cristiana. Había gente en la DC que estaba de acuerdo en la creencia de que tras un breve período se convocarían a elecciones y volverían al Gobierno. Pero no Aylwin que era el presidente del partido.

-Una vez producido el golpe, ¿cuál es el razonamiento que lleva al PC a autorizar el entrenamiento militar de sus cuadros en otros países socialistas, en lo que sería la antesala del FPMR?

-Antes del triunfo de Salvador Allende ya teníamos gente que se preparaba para el caso de que fuese necesario recurrir a las armas para defender al Gobierno. Después con mayor razón.

Nosotros somos comunistas, somos revolucionarios, no somos contrarios al uso de las armas. No las preferíamos en las condiciones de Chile. Tuvimos el mérito de propiciar un cambio social profundo por una vía no armada, y los hechos demostraron que esa era una posibilidad real porque Allende gobernó mil 41 días. Esa posición de los comunistas tuvo una gran repercusión internacional, se la llamaba “vía pacífica” pero nosotros preferíamos llamarla “no armada”, porque no era tan pacífica. Implicaba enfrentamientos con la policía, tomas de terreno, actos de fuerza.

Después del golpe nosotros llamamos a la política de rebelión popular (PRP) que implicaba las más diversas formas de lucha, incluso armada.

-Producido el golpe ustedes ponen el acento en esa política.

-Inmediatamente después no, primero se sigue el camino de la resistencia y de la conformación de un amplio espectro contra la dictadura, incluso con la DC, a pesar de que la DC había votado una resolución en la Cámara de Diputados que abrió el camino al golpe.

-¿Frente antifascista era ese frente amplio?

-En los hechos sí.

-¿No es su política militar el origen del aislamiento del PC en la política chilena?

-Esa política ayudó a que saliera Pinochet. Si no hubiese sido por la PRP, por las protestas, por los sabotajes, por los cortes de energía eléctrica, si no hubiese sido por el atentado a Pinochet y la internación de armas en Carrizal, Pinochet dura 10 años más. La protesta de 2 y 3 de julio de 1986 fue tan grande que asustó a los norteamericanos y entonces mandaron para acá a Robert Gelbard, subsecretario adjunto del Departamento de Estado. Según él mismo declaró (lee de sus memorias), “conversó con un amplio espectro de chilenos, incluso ministros de régimen y dirigentes de la oposición (...) Y a los dirigentes de la Asamblea de la Civilidad los instó a desistir de todo acuerdo con los comunistas, señalando que aquellos que otorgan legitimidad a los comunistas y a otros grupos extremistas no están contribuyendo a un Chile estable y democrático”.

-¿Entonces el aislamiento del PC tiene que ver con la influencia norteamericana en la DC y un sector del socialismo?

-¡El aislamiento tiene que ver con esto! (dice golpeando el libro que tiene en sus manos) Esto está claro, este hombre abrió paso a los acuerdos que tomaron la oposición con gente de derecha y con el cardenal Fresno, en el convento de Calera de Tango.

-En 1986, por las protestas, el gobierno militar estaba a la defensiva. ¿El fracaso del atentado no le permite a la dictadura retomar la iniciativa y aplicar más fuerza?

-El atentado ayudó a que la derecha viera que si no se llegaba a un acuerdo con Pinochet, esto iba hacia una solución más radical, y lo de Carrizal lo mismo.

-En todo caso, eso fue a costa del propio Partido Comunista.

-Así es la vida. Nosotros fuimos los que más nos jugamos contra Pinochet, los que opusimos más resistencia, contribuimos a su salida, aunque no a la salida revolucionaria que esperábamos.

-¿Por qué se rompe la alianza histórica entre comunistas y socialistas en esos años?

-Porque se separan de nosotros y prefieren seguir el camino del entendimiento con la DC, siguiendo una política completamente distinta a la de la UP.

-Eso es porque se asume que cualquier bloque político sólido debe contar con al menos dos de los tres tercios de la política chilena.

-Nosotros buscamos la salida de Pinochet a través del entendimiento. (Y lee un documento partidario del año 79) “En reemplazo de la dictadura fascista hoy no está planteada la constitución de un Estado socialista... El futuro régimen político deberá retomar las mejores prácticas democráticas de Chile pero también incorporar nuevos valores y edificarse con materiales más sólidos, nos pronunciamos por un nuevo régimen democrático y popular, (...) y en franco y claro entendimiento con las demás fuerzas democráticas, en primer término la DC”.

-¿Y por qué no resulta ese entendimiento con la DC?

-Eso pregúnteselo a los demócratacristianos. En la DC este documento nuestro se vio con simpatía, y le voy a decir más: “Declaramos que no queremos una nación dividida en tres porciones, ni en dos mitades, sino unida en torno a los valores de una democracia política y social...”.

(Interrumpe la lectura) Disculpe si pego en la mesa, pero es porque me irrita. Cómo diablos estas cosas se meten en la cabeza de la gente y no se ve como fueron en realidad. (Y continúa leyendo sus memorias) “Este documento tuvo una amplia divulgación, en Chile el partido hizo varias ediciones, en el exterior se publicaron en italiano, inglés y danés. Sus planteamientos despertaron notorio interés, especialmente en la DC (...) Poco después llegó a Moscú Máximo Pacheco invitado por el Soviet Supremo, allí se había desempeñado como embajador y se ganó el aprecio de los soviéticos. Me habló extensamente sobre nuestro proyecto democrático, había comprendido muy bien el mensaje que contenía para toda la oposición, especialmente los DC”.

-Pero en los hechos la historia fue por otro lado....

-El anticomunismo era una enfermedad muy grande y primó. ¿Por qué hoy día nos mantienen 16 años fuera del Parlamento? Porque prevalecen los intereses anticomunistas que promueven la reacción y el imperialismo, y porque ellos mantienen esta política neoliberal, de globalización y de multinacionales, que viene de Pinochet y de los Estados Unidos.

La televisión chilena bajo la dictadura

17 años de cadena nacional

Christian Fuenzalida. LN 31 de diciembre de 2006

Recién había terminado el bombardeo de La Moneda y la televisión chilena ya tenía su primera víctima. El director de Prensa de Televisión Nacional, Augusto Olivares, se había quitado la vida de un balazo en la sien en un baño del palacio presidencial en llamas. Las trasmisiones del canal de gobierno fueron cortadas y le correspondió a

Canal 13, entonces bajo la dirección de Raúl Hasbún, informar cómo se desarrollaban los sucesos que empezaron con aquellas narraciones in situ de Claudio Sánchez.



En el círculo: Antonio Vodanovic, uno de los rostros de la televisión en dictadura, durante el acto de Chacarillas en que el régimen premió a 77 jóvenes “promisorios”. A su derecha, se aprecia al periodista Claudio Sánchez.

Una patrulla militar había ido a buscar a Don Francisco para que hiciera el primer trabajo de propaganda de la naciente dictadura militar, pero con el olfato político que lo acompañaría siempre, el famoso animador se las arregló para encontrar la excusa que lo sacara de una pantalla puesta completamente al servicio de los vencedores y la humillación de los vencidos.

La épica del régimen naciente, plasmada en su ética y estética de la “reconstrucción nacional”, encontró un poderoso aliado en la televisión chilena. Sin contrapesos los canales plasmaron en imágenes el orden que nacía. Soldados que desfilaban cantando “Libre”; el éxito de Nino Bravo; jóvenes construyendo casas al son de “Chile eres tú. Patria, bandera y juventud”; elaboraron el imaginario de los primeros años de la dictadura a través de clips propagandísticos, cuya máxima expresión se alcanzaría en 1977 con la transmisión del Discurso de Chacarillas. El 9 de julio de aquel año, 77 jóvenes que emulaban a los Héroes de La Concepción subieron el cerro provistos de antorchas para iluminar una noche de escenografía fascista, diseñada por Germán Becker y Enrique Campos Menéndez, donde Pinochet anunciaría su itinerario político e institucional. Entre los condecorados como representantes de la nueva juventud chilena destacaban catódicas figuras como Antonio Vodanovic, José Alfredo Fuentes, María Graciela Gómez y Coco Legrand.

INFILTRADA POR LA DINA

Pero la televisión no sólo aportaba luces y brillo al más bien gris ambiente de los uniformes militares. También realizó contribuciones a la seguridad nacional como la descrita en el libro “La Historia Oculta del Régimen Militar” (Cavallo, Sepúlveda, Salazar), donde se cuenta cómo la DINA se preocupó de las actividades extraprogramáticas de los delegados que asistieron a la Sexta Asamblea de la OEA realizada en Santiago. Uno de sus agentes, ex funcionario de Televisión Nacional y con buenas relaciones en la farándula, propuso constituir una Brigada de Mujeres, realizando un pseudo casting con la ayuda de un periodista del canal. “Decenas de jóvenes fueron reclutadas. Muchas salieron de los propios programas, de cabaret y del círculo de amistades de los agentes. El motel El Sauce de la Gran Avenida fue especialmente habilitado para uso exclusivo de la nueva brigada”. Su misión, además de entretener a los delegados, era recoger algún tipo de información de los extranjeros y también de funcionarios chilenos que emitieran comentarios negativos contra el Gobierno.

Para la DINA la televisión era uno más de los campos de batalla contra la subversión. Para ello organizó purgas al interior de las estaciones, infiltró agentes y orquestó campañas de desinformación sobre las violaciones de los derechos Humanos. Mientras, la institucionalidad televisiva, consagrada en la Ley Hamilton de 1970, era adecuada a los nuevos tiempos en virtud de un nuevo Consejo Nacional de Televisión que se convertía en niñera de todos los chilenos al decidir cómo se debían informar y entretener. Fue tal la importancia que el régimen de Pinochet le atribuyó a este organismo, que le dio rango constitucional a su existencia, en una decisión que el investigador Lucas Sierra no duda en calificar como “una locura”. A partir de ese momento el Consejo construyó una bien ganada fama de censor, aun cuando el control de las universidades a través de rectores delegados y el uso discrecional de Televisión Nacional por el Gobierno, hacían innecesarias tantas preocupaciones. Del Consejo de Televisión de la dictadura se recuerda especialmente la creación de la Franja Cultural, que ancló en los canales el concepto de cultura entendida como programas de animalitos o viajes naturalistas al estilo de Jacques Cousteau.



LA ERA DE LOS ESTELARES

La consagración de la televisión comercial fue fundamental en la difusión del modelo económico liberal que implementaron los Chicago boys en el país. Gracias a la pantalla chica los chilenos nos informamos sobre la trascendencia de incorporarnos al entonces naciente sistema de AFP: “No sea quedao compadre” comentaban las caricaturas que invitaban a afiliarse al nuevo sistema previsional; aprendimos a través de la Teletón y los “Chile ayuda a Chile” que la caridad pública podía juntar los recursos que negaba una ausente política estatal; y nos ilusionamos con la idea del progreso personal dependiendo de la puerta A, B o C o de si “dispara usted o disparo yo”.

Con la llegada del color en 1978 y de los dólares baratos, la televisión chilena vivió momentos de esplendor. Su historia, convertida actualmente en trivía de jóvenes sin memoria política, prolifera por estos días en sitios web dedicados al anecdotario de los “años dorados” de la televisión. No son pocos los que añoran esos días de “televisión con estilo”, donde los programas nocturnos se iniciaban con musicales a lo Broadway y las vedettes lucían posaderas fenomenales, mientras que en sus plateas de mesas y sillas con lamparitas, funcionarios del régimen y bigotudos agentes de la CNI migraban desde la piscola al whisky importado.

La entretención se erigió a inicios de los '80 como la principal función de la televisión. La prensa comenzó a llamar pomposamente “estelar” a esta clase de producciones. El director de programas de Canal 7, Sergio Riesenber, explicaría en el libro “La era ochentera” (Contardo, García) cómo este cambio le transformó la vida profesional: “Yo me especializaba en programas de carácter dramático, en teleteatro, pero lo último que hice en el género fue “Martin Rivas”. De ahí simplemente me dijeron que la onda eran los musicales. Diría que se acentúa la decisión del Gobierno militar por hacer programas en Canal 7 con grandes costos, dando la impresión de que este país estaba muy sólido en lo económico. Evidentemente, antes que pensar había que cantar y bailar”.

En aquellos tiempos los chilenos ejercían su derecho a elegir optando semanalmente entre los programas de Cesar Antonio Santis en Canal 13 o el de Antonio Vodanovic en el 7; diariamente también podían decidir entre ver “Éxito” con el Pollo Fuentes por el canal católico o el “Festival de la Una”, el portaviones

popular comandado por Enrique Maluenda en el canal estatal. Era la democracia a la manera de la televisión.

En un país donde la información televisiva sobre temas nacionales se limitaba a lo que el régimen quería o permitía, se instaló por más de una década la idea que los noticiarios debían ser leídos por reinas de belleza, que los programas periodísticos de calidad eran los que viajaban a mostrar guerras o novedades científicas en el extranjero y que los comentaristas internacionales eran la máxima expresión de la credibilidad periodística. Avalado por ese currículum, cuando las recién instaladas autoridades de TVN en democracia tuvieron que elegir al nuevo director de Prensa optaron por el entonces comentarista de Canal 13, Bernardo de la Maza.

Momentos estelares de la televisión en dictadura

1974: El humorista Edmundo “Bigote” Arrochet canta “Libre” sobre el escenario de la Quinta Vergara. En la platea del Festival de Viña del Mar, Augusto Pinochet y su señora Lucía, aplauden al humorista que de rodillas grita “Viva Chile” en medio de antorchas de papel de diario que iluminan la galería.

1976: Canal 13 no le permite al cardenal Raúl Silva Henríquez que dirija un mensaje al país para hablar sobre las violaciones de los derechos humanos. La entonces reportera del canal católico, Andrea Vial, recuerda que una vez quiso entrevistar al cardenal en el aeropuerto y que el Gran Canciller de la U. Católica, propietaria de Canal 13, le tapó el micrófono y le dijo que no perdiera tiempo, que su canal nunca iba a pasar las declaraciones.

1981: En medio de la conmoción nacional por saber quién mató a Patricia, el guionista de La Madrastra, Arturo Moya Grau, anuncia a la prensa que “en pocos días todo Chile sabrá quien es el responsable de un crimen tan cobarde”. Las autoridades de Canal 13 piden que la teleserie sea reeditada para que el capítulo final no salga el 11 de septiembre como estaba programado originalmente, sino una semana después.

Durante la cuarta Teletón la CNI se contacta con los productores de la jornada solidaria para aportar su granito de arena a tan noble causa: quieren donar una ambulancia. El gesto solidario de los agentes de inteligencia de Pinochet sale al aire a las 6 de la tarde.

El joven cantautor Oscar Andrade participa en el programa musical “Chilenazo” de Canal 11 con la canción Noticiero Crónico. Advertido por un productor que su tema iba a ser censurado, se esconde por media hora de las autoridades del canal hasta escuchar que Jorge Rencoret anuncia que es el ganador. Ningún sello acepta grabar la exitosa canción.

1983: Mientras canta “Fumando espero” en el programa “Sabor Latino”, la vedette española María José Nieto da un inesperado giro y exhibe su generosa anatomía posterior. Medio Chile cae rendido antes sus encantos, entre ellos el jefe de operaciones de la CNI, Alvaro Corbalán, quien convierte a la española en su amante. Entre aquellos inmunes a Maripepa se encuentra el sacerdote Raúl Hasbún, quien califica lo ocurrido como un caso de “terrorismo anal”.

1984: Javiera Parada, de 9 años, se convierte en la estrella infantil de Canal 7 gracias a sus roles en las telenovela “La Torre 10” y “Marta a las 8”. Un año después su padre, José Manuel, aparece degollado junto a otros dos miembros del Partido Comunista. Televisión Nacional nunca más la vuelve a poner en pantalla.

1985: La telenovela “La Dama del Balcón” es sacada abruptamente del aire, reeditada y vuelta a programar. Nadie entiende la nueva historia tras los cortes del guión original que eliminaron la presencia de nazis, campos de concentración y experimentos genéticos. Ocho años antes, el canal de gobierno había suspendido las grabaciones de la telenovela “El Secreto de Isabel”, cuya trama giraba en torno a una madre que buscaba afanosamente a un hijo perdido.

1987: La estudiante universitaria Karin Eitel (en la foto), aparece en el noticiario de mediodía de TVN autoinculpándose del secuestro del coronel Carlos Carreño. La joven estaba detenida en un cuartel de la CNI y la entrevista, catalogada como exclusiva por Canal 7, fue hecha en uno de los 34 días que permaneció incomunicada por el fiscal militar Fernando Torres Silva.

1988: Canal 7 censura el capítulo 82 de la serie “Miami Vice”, que transmitía con gran éxito desde hace dos años. En el capítulo “Baseball de la muerte” los detectives Ricardo Trubbs y Sony Crockett sospechan que el jefe de la policía secreta chilena está involucrado en un caso de doble asesinato.

Las imágenes del país invisible Augusto Góngora

Las imágenes del país invisible era el eslogan de “Teleanálisis”, un programa mensual en video de una hora de duración que fundamos con Fernando Paulsen en 1984 y que se extendió hasta 1989. El programa contenía notas, reportajes, entrevistas y debates, y a él estaban suscritos 350 organizaciones sociales de todo el país.

Poner en pantalla las imágenes del país real era una respuesta a los canales de TV de la época, férreamente controlados por la dictadura, en los que aparecía un país de utilería, una versión televisiva que daba cuenta de los antojos del dictador y de las necesidades de control social por parte del régimen autoritario.

Antes de dirigir “Teleanálisis” tuve la oportunidad de realizar una investigación exploratoria en terreno para conocer “el grado y la forma en que los sectores populares eran condicionados por la TV en su percepción de la realidad nacional y en su práctica cotidiana de consumo” (“La Tele-Visión del mundo popular”, Augusto Góngora, 1983, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, ILET). Allí me encontré con dos percepciones respecto de la TV. En sectores populares no organizados se consideraba que muchos aspectos de la TV eran vistos como algo “natural”, es decir, la TV sólo podía ser de una manera. En cambio, en los sectores populares organizados había una cierta percepción histórica del medio y del entramado de factores e intereses que lo condicionaban.

Más adelante, en otro estudio, pudimos sostener que lo verdaderamente alternativo del “Video Alternativo” no eran sólo los contenidos sino también “la construcción de modalidades colectivas, críticas y creativas de recepción” (“Video Alternativo y Comunicación Democrática”, Augusto Góngora, 1984, Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, ILET).

Es por eso que el aporte de “Teleanálisis” tenía que ver con sus contenidos, pero también con otros dos aspectos cruciales. El primero se relacionaba con los modos de recepción de cada programa, es decir, a continuación del visionado venía un debate en el que participaban los miembros de un sindicato, los integrantes de una organización juvenil o poblacional, etc. Y el segundo es que, desde esas instancias, nos llegaban propuestas de temas y puntos de vista que incorporábamos a los contenidos de futuros programas. Esos eran mecanismos concretos para articular

una experiencia de comunicación alternativa con los esfuerzos de reorganización del movimiento social para terminar la dictadura y recuperar la democracia.

“Teleanálisis”, y otros esfuerzos similares de la época, instalaban una mirada que cuestionaba la visión propagandística y manipuladora de la televisión dictatorial. Las experiencias alternativas y de contracultura se fueron ampliando cada vez con mayor fuerza.

Una de las que más me llamó la atención fue relatada en una publicación de esos años: “Durante una de las protestas callejeras un misterioso triciclo con una armazón de madera circulaba en medio de los manifestantes. Las bombas lacrimógenas, el guanaco y la agitación de la calle no amedrentaban a tres jóvenes de 15 años. Mientras uno pedaleaba, otro iba encima del cubículo de madera alertando sobre los peligros y el tercero se encontraba oculto en su interior. A través de un disimulado orificio registraba con una pequeña cámara de video los incidentes. Pocas horas más tarde llegarían a su colegio para exhibir el material al resto de sus compañeros y discutir los sucesos de esa mañana” (“La mirada impertinente: el video alternativo”, 1984, Revista Nueva Sociedad, Caracas).

El canto popular de los ochenta

¡Jefe!, ¿Una cantaíta?

Sebastián Montecino LN 31 de diciembre de 2006

Era una época difícil. Los trabajos formales escaseaban, pero talento y ganas habían. Los músicos populares, en su mayoría autodidactos, se ganaban el pan en las micros y en la calle con un repertorio que no sonaba en ningún otro lado. Silvio, Violeta y Víctor amenizaron muchos trayectos de ese tiempo.



En 1992, cuando Silvio Rodríguez visitaba Chile, pidió reunirse con un grupo de cantantes de micros. Le habían llegado noticias de este curioso fenómeno de la música popular y quería conocerlo de primera fuente. Eugenio Salazar fue uno de los afortunados que logró llegar a la reunión y atesora una fotografía junto al cubano como uno de sus más preciados recuerdos.

El Keno, como es conocido Salazar, se había pasado los siete años anteriores haciendo equilibrio, guitarra en mano, en el transporte público capitalino, mientras a voz en cuello pregonaba los versos del trovador cubano. Él fue protagonista de una batalla desconocida que se peleó en las calles y cuyas armas no disparaban balas, sino versos y acordes.

En los ochentas, cuando la cesantía marcaba índices de dos cifras, fueron muchos los chilenos que salieron a la calle a ganarse el pan improvisándose en algún oficio. Entre vendedores de superochos, charlatanes y cuenteros, estaban los músicos callejeros. Era la época en que la estratégica esquina de 10 de julio con Vicuña Mackenna era conocida como La Cuna del Folclore por la cantidad de exponentes que aglutinaba.

El repertorio, además de Silvio Rodríguez, incluía a Sol y Lluvia, Víctor Jara, Violeta Parra, Pablo Milanés, Illapu y un largo etcétera de compositores prohibidos por su sospechosa militancia política. Una vez sobre la micro, la presentación solía incluir un pequeño discurso o historia sobre el tema que iba a ser interpretado. Más de alguna vez, algún pasajero se levantaba indignado espetando un “porque no te bajai, comunista de mierda”, el que era confrontado inmediatamente por otros, que defendían al músico y denostaban al “momio” de turno. Chile estaba dividido y eso se notaba hasta en las micros. Como la propina era mejor cuando había discusiones, el discurso provocador llegó a ser un gaje del oficio.

LOS QUE “MATABAN LA MÚSICA”

Los enemigos del artista callejero vestían de verde y detenían a destajo a cualquiera con pinta de hippie y guitarra al hombro. Los encontrones con carabineros, además del mal rato y la posible multa, implicaban la pérdida de los instrumentos. Para los músicos era una terrible tragedia. Mítica es la historia de los hermanos Manuel y Jonás Betancourt, que inspirados en Capazorro, se defendieron a guitarrazo limpio de un piquete que quiso arrestarlos. Igual les fue mal. Además de la paliza fueron derivados a la Fiscalía Militar.

Un truco que permitió a muchos artistas callejeros trabajar tranquilos (sobre todo a aquellos que no calzaban en el estigma de pelucón hippie), fue la idea que un charlatán trasnochado importó desde Buenos Aires: la de Los Misioneros del General Juan Domingo Perón, que acá, como no, adoptó el nombre de Misioneros del General Augusto Pinochet Ugarte. Con una foto carné y una pequeña cuota, el interesado obtenía un documento que por un lado tenía los datos de afiliación y por el otro una pomposa foto del dictador. “Nadie te preguntaba si eras pinochetista, porque la idea era pasar piola y trabajar tranquilo”, comenta René Álvarez, el Mago Palito- toda una tradición de la Plaza de Armas de Santiago. La mayoría de los carabineros, ante la sola presentación del documento, los soltaban. Álvarez, por si no bastaba, andaba también con una foto suya junto a Pinochet, tomada durante una actuación para un primero de mayo. Era más que efectiva: al mostrarla, los agentes de la ley preferían hacer la vista gorda, y no meterse en honduras.

“NO MÁS MÚSICOS EN MI COMISERÍA”

Con el tiempo, los artistas también aprendieron las rutinas de la ley. Sabían a qué hora pasaba el piquete y escondían los instrumentos o aprovechaban el rato para almorzar. También había oficiales permisivos. El más conocido era el “Teniente Colorín”, que las oficiaba de cabeza de la Cuarta Comisaría. Eugenio Salazar recuerda la primera vez que “El Colorín” los detuvo. Tras una inspección en el patio donde estaban los detenidos del día, el oficial divisó un bombo y con sorprendente amabilidad lo pidió prestado. Acto seguido se puso a improvisar un solo y a marchar, lo que sacó las carcajadas de los presentes: “¿Y ustedes de qué se ríen?- fue su respuesta- si yo cuando ingresé a la institución tocaba la caja”. Tras los procedimientos de rutina, dejó a los músicos irse y les devolvió los instrumentos. A la segunda oportunidad en que hubo redada, reconoció al dueño del bombo y volvió a pedirlo. Repitió la rutina, pero al concluir preguntó a sus subalternos quién había traído a los músicos. Salazar todavía recuerda lo que “El Colorín” dijo al suboficial

culpable de la detención: “Estos tipos hacen lo que ni tú ni yo podemos hacer. Los músicos son alimento para el alma”. Y concluyó: “No quiero más músicos en mi comisaría”.

La mayoría de los cantantes de micro provenían de sectores populares como Lo Hermida y La Pintana. Y así como tocaban en las micros, era común verlos aparecer en las peñas de fin de semana, en donde además de apoyar a la causa correspondiente (casi todos estos eventos tenían algún fin benéfico) se reunían a mostrar su arte y a compartir con sus pares. Era entonces cuando intercambiaban canciones y recopilaban, realizando sin proponérselo, la misma labor que hicieron muchos de los músicos que interpretaban con veneración. Una de las más recordadas peñas de la época, fue la realizada a favor de Mario Mejía, el valeroso poblador que habló sin tapujos al Papa Juan Pablo II en el acto en La Bandera y que a cambio recibió una nutrida paliza por parte de los organismos de seguridad. Fueron horas de desfile interminable de músicos, provenientes de todos los sectores de Santiago.

Así eran esos años. Mientras algunos se arriesgaban por sus ideales, otros se preocupaban sólo de sobrevivir. Pero a pesar de la ley de la calle, la solidaridad era un valor muy cultivado. Cuando no había grandes escenarios para el folclore comprometido, hubo que enfrentar la represión y tomarse los pocos espacios disponibles para cantar. Nunca fueron reconocidos públicamente, a pesar de ser un factor clave en la contracultura que sobrevivió a Pinochet. Mal que mal, no fueron pocos los chilenos que conocieron a Víctor Jara entre el ruido del motor destartado de una Matadero Palma.

MIR y FPMR

El fracaso de la vía armada para terminar con Pinochet

Manuel Salazar Salvo LN 31 de diciembre de 2006

Los combates fueron breves, pero implacables: el asalto con tanques a La Moneda, la ocupación de ciertas industrias en los cordones periféricos, una dramática resistencia en la población La Legua y algunos conatos en los edificios del centro cívico, en los alrededores del palacio de gobierno. “El pueblo no debe sacrificarse”, había dicho Salvador Allende en su último discurso transmitido por Radio Magallanes. Se ordenó el repliegue y el paso a la clandestinidad.



El poder de fuego de los insurrectos era incontrarrestable. Si hubo dudas, el bombardeo rasante de los Hawker Hunter sobre la sede del Poder Ejecutivo hizo evidente que cualquier resistencia sería suicida.

En los faldeos cordilleranos de Panguipulli, en la provincia de Valdivia, un grupo de obreros forestales dirigidos por el “Comandante Pepe” se trabó en desigual combate con los golpistas. Pocas horas más tarde la osadía fue pagada con el fusilamiento. Lo mismo ocurrió con soldados, clases y oficiales que se negaron a participar en el levantamiento contra la autoridad constitucional.

A las 15 horas del día 11 de septiembre de 1973 se puso en vigencia el toque de queda. Ocasionales disparos de francotiradores furtivos eran silenciados de inmediato por el tableteo de las ametralladoras. Las proclamas y las marchas copaban el dial de las radios y la televisión quedó sometida a una férrea censura. Cayó la noche y los rumores se extendieron por doquier. Algunos confiaban en que tropas leales al gobierno socialista y al general Carlos Prats someterían a los conjurados; otros, sufrían el desgarramiento de los sueños truncados y las viscerales contracciones del miedo.

En las semanas siguientes más de 30 mil personas se asilaron en diversas reparticiones diplomáticas; otras 45 mil fueron detenidas y conducidas a diversos lugares de reclusión en todo el país.

“El MIR no se asila”

El primer objetivo de los aparatos de inteligencia castrenses fue capturar y eliminar a los miembros del Dispositivo de Seguridad Presidencial (DSP), mejor conocido como el “Grupo de Amigos Personales” (GAP), encargado de proteger a Salvador Allende. Con ellos no hubo condescendencia ni piedad. Lo mismo ocurrió con algunos boinas negras del Ejército, que se negaron a participar en la asonada, y que fueron ejecutados bárbaramente en el campo militar de Peldehue. Las prioridades siguientes para los golpistas eran el frente interno del Partido Socialista, la fuerza central del MIR y la dirección del Partido Comunista.

En el Estadio Nacional, en el Estadio Chile, en buques de la Armada, en la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes y en otros recintos, esa misma noche se empezaron a aplicar sistemáticamente diversas formas de tortura, las que se fueron refinando y diversificando en las semanas y meses siguientes. De los golpes se pasó a las descargas eléctricas, de las picanas al soplete de acetileno, del quebrantamiento de huesos a las violaciones consecutivas. El horror se extendió por los subterráneos de lugares secretos y vigilados. Era la puesta en práctica de lo aprendido de los oficiales norteamericanos y brasileros sobre los conflictos de baja intensidad, las denominadas “guerras sucias”.

En la superficie, en tanto, se hacían todos los esfuerzos necesarios para preservar la imagen de las Fuerzas Armadas como salvadoras y redentoras de la nacionalidad. Las nuevas autoridades militares y civiles operaban tratando de no alterar las rutinas de la cotidianeidad, buscando la apariencia normal de la vida ciudadana.

En los extramuros de las poblaciones marginales y de los barrios de clase media, mientras, miles de agentes y colaboradores de los aparatos de seguridad trataban de desarticular las redes clandestinas de la “resistencia” e impedir cualquier intento de desarrollar focos insurreccionales.

Los únicos militantes de la izquierda que habían mantenido las armas empuñadas eran los miembros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), dirigidos por Miguel Enríquez. Ellos levantaron la consigna “El MIR no se asila” y se dispusieron a lavar con su sangre las calles de Santiago, ocupadas en breve por unas

camionetas Chevrolet de color rojo donde se movilizaban los hombres de la naciente Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), comandados por el coronel Manuel Contreras.

Muy pronto, Enríquez y los miembros de la dirección del MIR comprobarían que carecían de la preparación y de los elementos necesarios para emprender una resistencia armada que no sólo se sustentara en el arrojo y en el ardor de sus corazones. Tampoco sabían que de sus propias filas saldrían hombres y mujeres que los delatarían, que los señalarían en las esquinas, que colaborarían en la cacería para exterminarlos.

Un año después, el balance era desolador: de la Comisión Política y del Comité Central había nueve muertos, 24 presos, diez exiliados, un expulsado y ocho prófugos.

La “Operación Retorno”

Tuvieron que pasar cinco años para que el MIR emprendiera una nueva aventura en contra del régimen militar, tras un paciente trabajo de formación en Cuba. Libia y Argel de nuevos guerrilleros urbanos y rurales.

A mediados de 1979, viajando primero a Europa y desde allí a países del cono sur, los miristas empezaron a regresar a Chile. La dirección del movimiento estaba en manos de Andrés Pascal Allende y de Hernán Aguiló, secundados muy de cerca por Arturo Villabela y el argentino Hugo Ratier.

En abril de 1980, la reestructurada fuerza central del MIR inició una serie de asaltos a bancos y supermercados para financiar los apoyos logísticos y otros requerimientos de la resistencia armada. El 15 de julio, en una cuidadosa emboscada, dieron muerte al coronel Roger Vergara, director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, provocando una sorda pugna en los aparatos de inteligencia de la dictadura, que terminó con la reestructuración de la Central Nacional de Informaciones, CNI, entidad que en 1978 había reemplazado a la DINA.

No obstante los aparentes éxitos, los militantes del MIR empezaron a ser detenidos o abatidos antes de que pudieran asentarse en la clandestinidad. Varios años después, dos agentes de inteligencia del cubano Departamento América, comprobaron en terreno que la Operación Retorno había sido infiltrada en La Habana y en Madrid, y que los nombres y las fotografías de los miristas habían sido entregados por la CIA a los organismos represivos de Augusto Pinochet.

Un intento paralelo por crear dos escuelas de guerrillas en el sur de Chile, en Neltume y en la Cordillera de Nahuelbuta, también fueron barridos por la inteligencia militar chilena. El “Coño” Villabela y Ratier fueron ejecutados por la CNI en la denominada matanza de Janequeo y Fuente Ovejuna, en septiembre de 1983, sumiendo al MIR una vez más en el desconcierto, en las recriminaciones mutuas y en sucesivas divisiones, proceso del que nunca más pudo recuperarse

En los análisis y autocríticas de ese período, muchos miristas han coincidido en que la Operación Retorno tuvo fallas tan severas como la escasez de casas de seguridad, falta de financiamiento para la supervivencia diaria, ineficiencia en las comunicaciones y en los contactos y falta de medios de transporte, entre otras muchas carencias.

La irrupción del FPMR

El intento más serio para enfrentar con las armas a la dictadura de Augusto Pinochet lo realizó el Partido Comunista a través de la formación de oficiales en

escuelas militares de diversos países de los llamados socialismos reales. La selección de los militantes se había iniciado a comienzos de la década de los '70, pero se hizo mucho más intensa tras el golpe militar de 1973. En Cuba, principalmente, pero también en Bulgaria, en Rumania, en la República Democrática Alemana e incluso en la URSS, se formaron varios cientos de oficiales en las más variadas especialidades castrenses, llegando incluso a desempeñar roles propios de oficiales de estado mayor, como fue el caso de ciertos chilenos que combatieron en Nicaragua junto al Frente Sandinista de Liberación Nacional, a fines de 1978.

Aquellos oficiales adquirieron el convencimiento de que la formación de los Frentes de Liberación Nacional era el camino adecuado hacia el socialismo, según sus propias experiencias en Nicaragua y en El Salvador y el adoctrinamiento recibido en Cuba.

Hasta hoy se desconocen los detalles de las discusiones emprendidas en la dirección del PC, pero en diversos documentos oficiales se aprecia, primero en junio de 1977 el reconocimiento de un "vacío histórico" en la política militar y luego, tras el fracaso de los intentos por conformar un Frente Antifascista amplio con el Partido Demócrata Cristiano, a fines de la década de los '70, la decisión de utilizar todas las formas de lucha para conseguir el término de la dictadura militar.

Los chilenos fueron trasladados desde Cuba hacia Nicaragua para combatir en el Frente Sur, donde las fuerzas militares de Anastasio Somoza habían concentrado sus mejores tropas y sus principales recursos bélicos. Aquella zona, vecina a Costa Rica, posee una geografía que impedía la lucha guerrillera y que requería el uso de técnicas propias de la guerra regular. Allí los chilenos inclinaron el resultado de la sublevación sacando el mejor partido posible a la artillería de que disponían y consiguiendo el desbande de la Guardia Nacional somocista y la fuga del dictador en julio de 1979.

Las disyuntivas del PC

En el comunismo chileno se enfrentaron tres tesis de gran tonelaje. La primera defendía la tradición leninista de un aparato militar interno bajo la supervisión de la dirección política; la segunda se inspiraba en la vía italiana al socialismo puesta en práctica tras la Segunda Guerra Mundial, que indicaba que la correlación de fuerzas internacionales no permitiría el tipo bolchevique de ruptura revolucionaria; y, la tercera, estaba alimentada por la experiencia militar cubana en cuanto a la promoción de los Frentes de Liberación Nacional.

Algunos investigadores del tema han sostenido que el diseño de la política de rebelión popular de masas (PRPM), impuesta finalmente por una parte de la dirección del PC, no provino del interior del partido y provocó desde sus inicios muy serias discrepancias dentro de la comisión política, encargada de dirigir la estrategia militar. Se ha insistido, incluso, en que las disensiones fueron mantenidas en estricto secreto por muchos años, siendo desconocidas por los propios miembros del comité central.

A partir de 1980 la dirección del PC puso en marcha el trabajo militar de masas (TMM), consistente en entrenamiento paramilitar orientado a atentados menores, tales como bombas en postes de alumbrado y de teléfonos, bombas de ruido en dependencias públicas, boicots, sabotajes, propaganda armada, disturbios callejeros, barricadas, etc.

Para ello se dismantelaron y reorganizaron los distintos frentes del partido, orientándolos hacia el trabajo en las poblaciones.

Muchos de estos cuadros estaban preparados para labores de propaganda, agitación y organización en todo tipo de circunstancias, tanto legales como ilegales, públicas y conspirativas. Mantenían una férrea disciplina jerárquica y poseían entrenamiento para la aplicación de algún grado de fuerza militar.

Se hizo un esfuerzo enorme para intentar una especie de refundación del partido, con una integración más clara y definida del aspecto militar. Ello cuando parecieron agotadas las vías políticas hacia la redemocratización y se observó una creciente combatividad en diversos estamentos sociales. La decisión, sin embargo, no fue compartida por muchos cuadros de la dirigencia del partido, habituados a los compromisos, al uso de la “muñeca” y a las diversas formas de hacer política durante décadas en la democracia “burguesa” tradicional.

La fuerza del PC

Tras el golpe militar la militancia comunista descendió a unas 12 mil personas, pero al iniciarse los años 80 ya se tenían unos 60 mil, muchos de ellos jóvenes y ansiosos por trabajar en la resistencia.

Junto con la llegada de los primeros oficiales se inició una ambiciosa preparación logística: se compraron o arrendaron casas de seguridad, se organizó un parque de vehículos, se montaron arsenales de armas y municiones, un sistema de medicina militar, comunicaciones, mecanismos de financiamiento y de apertrechamiento para un vasto contingente que operaría inicialmente en a lo menos tres regiones del país.

Poco a poco el nuevo aparato militar del PC empezó a foguearse en las poblaciones de Santiago, Valparaíso y Concepción. Primero, pequeñas acciones de propaganda, luego algunas bombas para derribar los tendidos eléctricos y en seguida las primeras escaramuzas con los aparatos de seguridad. A fines de 1983 se dispuso que los elementos de la fuerza militar propia se desplegaran como una unidad político militar con apariencia de acción independiente. Al promediar el mes de diciembre, nació oficialmente el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR, con un atentado múltiple que derribó varias torres de alta tensión y dejó a oscuras a gran parte de la zona central del país.

En 1984 los mandos de la CNI y de las diversas estructuras de inteligencia de las ramas de las Fuerzas Armadas y de Carabineros comprobaron que estaban frente a un nuevo tipo de resistencia, más organizada, más decidida y más profesional. Optaron, sin embargo, por desconocer la existencia de un conflicto armado no internacional, como los establecen los Convenios de Ginebra y los protocolos adicionales que lo definen. En ellos se afirma que este tipo de conflicto es “toda situación en la que dentro de los límites del territorio de un Estado, se registren hostilidades caracterizadas en las que se enfrenten fuerzas armadas con grupos armados organizados”.

El haberlo aceptado, significaba el reconocimiento de normas explícitas como la siguiente: “Los combatientes capturados y las personas civiles que estén en poder de la parte adversa tienen derecho a que se respeten su vida, su dignidad, sus derechos personales y sus convicciones”.

El régimen de Pinochet se opuso terminantemente a darle esa categoría a los miembros del FPMR. Ellos serían siempre “terroristas” o a lo más “presos políticos”.

La aventura fracasada

Desde 1983 se observaron nítidamente en Chile dos caminos para recuperar la democracia. Uno, conducido por el PDC con el apoyo de la Iglesia Católica y la

simpatía de los gobiernos occidentales, orientado a promover una ingobernabilidad que obligara a los militares a pactar su salida del poder y una transición a la democracia por la vía electoral: el otro, promovido por el PC, en búsqueda de una “sublevación nacional” como vía al establecimiento revolucionario del socialismo en Chile.

Entre 1983 y 1986, el FPMR realizó cientos de acciones de variados tipos y diversas magnitudes, orientadas a asumir la vanguardia de una rebelión popular generalizada. Una de las más relevantes fue la internación secreta de un cuantioso arsenal traído desde Cuba, gran parte del cual fue descubierto por el Ejército chileno, probablemente con la asesoría de la inteligencia estadounidense, al iniciarse el otoño de 1986. Las armas venían empaquetadas para durar largo tiempo guardadas, a la espera del momento propicio de ser usadas.

La otra operación decisiva, fue el fracasado intento de matar a Pinochet en una emboscada en el cajón del Maipo, el 7 de septiembre de ese mismo año.

Estas dos frustradas operaciones significaron la agudización de las pugnas al interior del PC y el repudio de la mayoría de las fuerzas sociales y políticas chilenas que luchaban por recuperar la democracia. Los comunistas quedaron aislados y en cuestión de semanas decidieron un brusco giro estratégico, optando por dismantelar al FPMR antes del término de ese año.

La casi totalidad de los oficiales sobrevivientes, encabezados por Raúl Pellegrín, se opuso tenazmente a la decisión. Pero en junio de 1987 el PC acordó relevar la dirección nacional del Frente, ante lo cual los antiguos comandantes prefirieron romper todo vínculo con el partido y seguir por un camino propio, convencidos que la sublevación nacional era la única forma para terminar con la dictadura.

Casi simultáneamente, acicateados por conseguir el quiebre final entre el PC y el FPMR, los mandos de la CNI pusieron en marcha la denominada Operación Albania. Entre los días 15 y 16 de junio de 1987, los agentes de la CNI asesinaron a 12 frentistas, entre ellos varios de los más connotados comandantes del Frente que habían participado en el atentado a Pinochet.

La crisis final

El 1 de septiembre de 1987 los hombres de Pellegrín respondieron con el secuestro del coronel Carlos Carreño, exigiendo un rescate de dos millones de dólares y la liberación de cuatro prisioneros. Tropas del Ejército revisaron gran parte de las viviendas de Santiago, pero los frentistas una vez más demostraron su enorme capacidad para emprender operaciones de gran complejidad logística.

Finalmente liberaron a Carreño en Sao Paulo, Brasil, casi tres meses después, entregándosele indemne al actual director del diario “La Tercera”, el periodista Cristián Bofill.

En 1988, el FPMR inició la preparación de su guerra patriótica Nacional, un intento por crear focos de guerrillas rurales con bases en el norte, centro y sur del país, pese al conocido fracaso de experiencias similares en América latina.

La noche del plebiscito, el 5 de octubre de 1988, seguros de que Pinochet no acataría el triunfo del NO, los frentistas acuartelaron a 150 combatientes de elite, mejor apertrechados que los participantes en el atentado del cajón del Maipo y dispuestos a enfrentar a la Unidad de Acción Rápida que el Ejército había dispuesto en la Escuela Militar, integrada por blandados, paracaidistas y helicópteros.

La historia una vez más fue diferente y Raúl Pellegrín, en contra de la opinión de sus principales asesores, optó por lanzar el 26 de octubre la guerra patriótica nacional, decidiendo asumir personalmente la conducción de la columna que entraría a la localidad de Los Queñes, en la precordillera de la Séptima Región, lugar elegido de improviso y a última hora.

Sería su última misión. El 28 de octubre Pellegrín fue detenido por fuerzas de seguridad junto a Cecilia Magni Camino, la “comandante Tamara”, y ambos asesinados luego de ser sometidos a crueles torturas. Con él moría la “mística rodriguista” que alguna vez alentó las esperanzas de llegar al socialismo a través de la vía armada.

Resistencia, pacto de gobernabilidad y democracia

Andrés Pascal Allende

El MIR fue una de las organizaciones de izquierda que más tempranamente inició la lucha contra la dictadura militar. En los primeros años fuimos pequeños núcleos clandestinos del MIR y de otros sectores de izquierda los que, bajo una brutal represión gubernamental y con un alto costo humano, mantuvimos en alto la bandera de la resistencia antidictatorial al interior del país.

Esa acción moral dio paso, a partir del año 78, a una gradual extensión de la resistencia popular que, junto con acciones de sabotaje y el hostigamiento armado contra los aparatos represivos y la multiplicación de la propaganda clandestina, avanzó en la rearticulación social en las poblaciones, centros de trabajo y estudiantiles, y en la valiente defensa pública de los derechos humanos y democráticos. El desarrollo de esta segunda fase de la lucha antidictatorial fue posible por la confluencia y perseverante acción de los miristas, comunistas, socialistas y agrupaciones cristianas, sin la cual no habría sido posible el paso a una nueva y superior etapa de resistencia popular.

La profunda crisis económica que explotó en el año 1982 como resultado de la política económica neoliberal y el aumento de la represión estatal terminaron por empujar en el año 1983 a la masificación de la resistencia popular mediante sucesivas movilizaciones de descontento y protesta ciudadana en todo el país. Esta tercera fase de la lucha antidictatorial provocó un creciente debilitamiento político del gobierno pinochetista e hizo temer a parte de los altos mandos uniformados, a la derecha política y los grandes grupos económicos asociados al régimen autoritario, que la crisis política y económica pudiera desembocar en una situación de desgobierno y auge de la lucha democrática revolucionaria.

Los mismos líderes demócratacristianos que participaron activamente en el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende y apoyaron inicialmente la dictadura militar, se sumaron tardíamente a la oposición democrática con el propósito de contener la movilización popular, aislar a los sectores democráticos más radicales, y con el respaldo del gobierno norteamericano erigirse en interlocutores válidos para la negociación de un pacto de gobernabilidad con sectores del autoritarismo. Se abrió así, en la segunda mitad de la década de los ochenta, una última y crítica fase de resistencia antidictatorial que llevó a la desmovilización popular y al aislamiento de quienes aspirábamos a que el término de la dictadura abriera paso a cambios democráticos y sociales profundos en la sociedad, provocando fuertes crisis en el MIR (división y posterior atomización) y en el Partido Comunista (desgajamientos y debilitamiento). La llamada estrategia de “concertación” fue plenamente exitosa: consiguió que la dictadura concentrara su represión sobre el ala revolucionaria de la oposición democrática y aceptara

negociar con el ala concertacionista. Logró dividir a la izquierda y atraer a la “renovación socialista” al proceso negociador, concitar las esperanzas democráticas y el respaldo pasivo de una amplia masa ciudadana, negociar con los militares y la derecha el proceso de transición a un régimen civil que bajo la formalidad de procedimientos democráticos (elecciones, división de poderes, partidos políticos) asegurara la continuidad de la misma economía neoliberal al servicio de los grandes empresarios, la coadministración entre la Alianza y la Concertación de la institucionalidad política (candados constitucionales, binominal), el control monopólico de los medios de comunicación y reproducción cultural, el papel de las FFAA como garantes de la gobernabilidad institucional, y la impunidad y olvido de la responsabilidad dictatorial.

Este breve recuento de la lucha antidictatorial no es sólo un ejercicio necesario de memoria histórica, tiene también por propósito recordar el pacto de gobernabilidad en que se sustenta el sistema político actual. Todo pacto de gobernabilidad, incluso los que se visten con el ropaje de la democracia formal, consiste en un acuerdo de repartición del poder entre los de arriba para darle continuidad y estabilidad al gobierno sobre los de abajo. En el caso histórico que recordamos, el pacto consistió en lograr la continuidad de los mismos grupos de poder que sustentaron la dictadura a cambio de darle participación a parte de la oposición (la Concertación) en la repartición de los beneficios de la administración compartida (con la derecha política) del Estado. De este pacto nació la actual clase política concertacionista-aliancista que en vez de velar por la participación e igualdad democrática promueve la exclusión de la ciudadanía de las decisiones políticas que afectan a todos; que sustenta su poder electoral en las coimas, el clientelismo y el binominalismo; que ha convertido la corrupción en sistema de vida y fuente de fortuna; y que ha pervertido el sentido de servicio público transformándolo en la práctica del lobbismo al servicio de los grandes empresarios.

Afortunadamente, no hay mal que dure mil años. Este sistema político concertacionista-aliancista ha iniciado su proceso de crisis terminal. La actual clase política pierde aceleradamente su legitimidad, y en el ámbito parlamentario y de las instituciones regionales y municipales comienza a emerger una nueva generación rupturista y crítica al actual sistema político. Es de esperar que esta nueva generación logre converger con esa vasta diversidad de organizaciones políticas y sociales que presionan desde los márgenes por el cambio de este sistema político elitista y conviertan el creciente malestar ciudadano en una activa movilización por la democracia participativa, directa, social e igualitaria. Así, el sacrificio de los que en la noche dictatorial cayeron luchando por una democracia sustantiva no habrá sido en vano.

Las protestas

Sin miedo a Pinochet

Soraya Rodríguez LN 31 de diciembre de 2006

En noviembre de 1977 se lanzó en Valparaíso la Comisión de Derechos Juveniles, su primer presidente fue Atilio Gárate, DC. La movilización contó con el concurso de todos los partidos opositores al régimen y los detenidos también fueron de todas partes, característica de tiempos en que la unidad era sinónimo de vida.



“La verdad/es que no puedo mantener mi nombre atado/a los días y a los/hombres que me vieron derrotado... /Enderézate/y préstale atención a lo que digo/porque yo estoy cantando por la voz de mis amigos./Simplemente que estas cosas/son de todo el que las sienta/y es mi voz la que las dice /mas es de todos la conciencia/simplemente las verdades /se van haciendo una sola/y es valiente quien las dice/más valiente en estas horas”. (Luis Le-bert/Santiago del Nuevo Extremo).

El proceso de perder el miedo y asentar en la población que era posible salir a la calle a reclamar contra la dictadura tuvo en Chile su origen en las víctimas de violaciones de los derechos humanos y en la conducta audaz y unitaria de los jóvenes. A ellos se sumaron luego dirigentes sindicales y de colegios profesionales que, en un contexto de represión masiva y de aumento de la pobreza, encontraron el ánimo propicio para llamar a la Primera Protesta Nacional que se concretó el 11 de mayo de 1983.

El camino para llegar a ese día fue el de la creación, el coraje y la unidad. Sin quererlo y gracias a sus propios errores estratégicos, la dictadura llevó en sí la llave del despertar. Mientras cientos de familias se organizaban para buscar a sus seres queridos, en las universidades, en 1976, el canto, el teatro y la poesía fueron el espacio para convertir el dolor en organización y lucha.

De las parroquias que habían acogido a los opositores de la dictadura, la reorganización de los partidos empezó a ocupar el espacio universitario en lo público; en lo privado, el MIR intentaba rearmarse; el PC discutía nuevos escenarios, unos desde el exilio, otros con acento en Chile; el PS debatía entre varias fracciones y se aliaba con el Mapu y la IC en lo que luego serían la Convergencia Socialista y el Bloque Socialista; y la DC evaluaba los pasos ante la consulta de 1978.

Con la espontánea necesidad de reunirse, se retomaron antiguos talleres culturales en las universidades de Chile y Católica. Al año siguiente se realizó el I Festival del Cantar Universitario y se creó la Agrupación Folclórica Universitaria (AFU) en la Escuela de Ingeniería. También tuvo lugar un acto en la capilla del campus oriente de la UC.

Valparaíso en la vanguardia

En noviembre de 1977 se lanzó en Valparaíso la Comisión de Derechos Juveniles, su primer presidente fue Atilio Gárate, DC. La movilización contó con el concurso de todos los partidos opositores al régimen y los detenidos también fueron de todas partes, característica de tiempos en que la unidad era sinónimo de vida, recordó uno de sus líderes, el también DC Manolo Tobar.

Militantes políticos desde el MIR a la DC en el puerto, junto con ser los primeros en sacar el conflicto a la calle, iniciaron la democratización de los centros de alumnos, y en 1983 lograron la primera federación estudiantil democrática en la UCV.

“A diferencia de otras universidades, la nuestra fue una lucha, claramente por los derechos humanos. Fue un movimiento político, no cultural”, dijo Tobar. “Nos fuimos ampliando a todas las universidades de Valparaíso y salimos a la calle. En nosotros la organización fue de la mano con la acción”. La represión relegó al dirigente del Codeju Aldo Villaseca y detuvo y torturó al “jotoso” Jorge Maturana, entre otros varios estudiantes.

La unidad también se vivía entre los adultos opositores que dieron pie al Grupo de los 24, en las mujeres y en alguna medida en el incipiente movimiento sindical.

El 4 de enero de 1978, la dictadura realizó su consulta con el objetivo de rechazar la condena que el régimen sufrió en la ONU por violar sistemáticamente los derechos humanos. También ese año, la AFU dio paso a la Agrupación Cultural Universitaria (ACU) que, extendida por diversos campus de la “U”, organizó el primer “Caupolicanazo”. En tanto, la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos mantuvo por 87 días una huelga de hambre que repercutió en una notable solidaridad internacional. En mayo de ese año se fundó la Coordinadora Nacional Sindical y en el centro de Santiago se realizó la “Marcha del Silencio”.

PERDIENDO EL MIEDO

Sin duda, 1979 marcó el inicio de la pérdida del temor: la dictadura, nuevamente, anunció pasos que significaron mayor motivo de reorganización opositora: promulgó su Plan Laboral con restricciones de tal nivel que favorecieron la búsqueda de unidad de los trabajadores. También anunció un plebiscito para sancionar una nueva Constitución en 1980. Mientras, en la DC se debatían dos grandes líneas, una que excluía al PC y otra que lo incorporaba.

Entusiasmados con el triunfo del sandinismo en Nicaragua, la dirección de los comunistas se había reinstalado en Chile y dio un giro táctico, que a la larga sería también el origen de su hasta ahora aislamiento. Ante el “vacío histórico” de una política hacia las FFAA reconocido en el pleno del ’77, lanzó su Política de Rebelión Popular e incorporó “todas las formas de lucha”.

Bajo la consigna de “unidad en la acción” siguió el trabajo en la calle, y el Día Internacional de la Mujer 30 personas fueron detenidas.

El 18 de abril, 62 familiares de detenidos desaparecidos se encadenaron a las rejas del Congreso Nacional. El Primero de Mayo, en la primera acción masiva dirigida por la ANEF y la reciente Coordinadora Nacional Sindical, encabezada por el DC Manuel Bustos, fueron detenidos más de 400 manifestantes.

El 15 de septiembre se celebró en la Catedral Metropolitana una misa fúnebre por las víctimas de Lonquén. A la salida, 43 personas fueron privadas de libertad.

El 23 de noviembre de 1979 fueron detenidas 107 personas del Movimiento Juvenil Democrático, que lideraba el DC Miguel Salazar. Las manifestaciones se sucedieron y ya se empezaba a contar con un verdadero calendario que establecía hitos anuales. El 8 de Marzo (Día Internacional de la Mujer), el Primero de Mayo y “Septiembre Rojo”, como claves.

En la Universidad Técnica del Estado -que la dictadura convirtió en 1981 en la actual Usach- también fue la cultura el nido propicio, y la primera actividad que desarrollaron los opositores fue la peña Onda Latina, realizada en un local ubicado

nada menos que entre las calles Libertad y Esperanza. Aldo Saavedra Fenoglio, actual académico de la Usach, recuerda que el 13 de junio de 1980, 98 estudiantes de la UTE fueron detenidos en la peña, cuando realizaban un acto de solidaridad con los alumnos sancionados. Posteriormente, 22 fueron relegados. Saavedra fue enviado a Chonchi.

La represión se instaló en las universidades con expulsión de alumnos y exoneración de académicos, como en la Universidad de Concepción, donde el nuevo rector, el mayor en retiro Guillermo Clericus, expulsó al profesor Manuel Sanhueza, ex ministro de Justicia y entonces presidente del Grupo de los 24, que estudiaba un proyecto constitucional alternativo al del régimen.

A comienzos de ese año, tres militantes del MIR fueron detenidos en sus casas y posteriormente relegados, entre ellos Cristián Galaz, quien posteriormente dirigió los videos de Los Prisioneros y “El chacotero sentimental”.

El Pedagógico

También el '80 el régimen adelantó la nueva Ley General de Universidades que puso término al arancel diferenciado y a las universidades nacionales, separando al “Peda” de su alma máter. Ese hecho, junto a las relegaciones, se convirtió en una fuente de descontento que contribuyó a difundir el ánimo de rebeldía.

En los meses venideros, los estudiantes del “Peda” se negaron a una medida de los decanos, entre ellos Joaquín Barceló, que les exigía presentar su carné para ingresar. Paralelamente, el campus comenzó a ser enrejado y se instalaron los “guardias azules”. Con dos centros de alumnos democratizados, contra las órdenes de la Fecech (organismo cuyos dirigentes eran designados por la dictadura), se inició una nueva fase y el conflicto se masificó al calor de demandas ya propiamente estudiantiles.

El decano tomó entonces otra medida que encendió los ánimos: exoneró a la profesora Malva Hernández. Ella había presentado el 11 de junio de 1976, ante el 4° Juzgado del Crimen, una denuncia por presunta desgracia de su hijo Rodrigo Medina, militante del MIR detenido desaparecido.

Bajo el lema “La Malva no se va, se queda”, las marchas se hicieron constantes y guardias golpearon a la alumna Patricia Torres. Sus compañeros atacaron entonces la oficina de seguridad y el decano reaccionó con represión. A partir de entonces se instaló la convicción que era posible recuperar la FECH, lo que se logró en 1984.

Al cumplirse 199 años del nacimiento de Andrés Bello, 50 estudiantes del Pedagógico llegaron a la casa central de la “U” para homenajearlo. El alumno de periodismo Claudio Leiva salía del Metro cuando se encontró con la represión y gritó contra Carabineros, lo cual bastó para ser relegado a Chiloé junto a Franklin Santibáñez, Javier Sáez y Claudio Gutiérrez, dirigentes PC que sí habían participado en la acción.

En la UC, cuatro escuelas recuperaron sus centros de alumnos elegidos democráticamente, y bajo el alero de la Codeju realizaron “trabajos voluntarios”, mientras los trabajadores de Panal se declararon en huelga y fueron relegados varios estudiantes de la “Ponti”, como el PS Mario Bugueño. Pero lo que marcó ese año fue el asesinato del estudiante de Periodismo de la Universidad Católica Eduardo Jara, a manos del Comando de Vengadores de Mártires (Covema).

La represión también llegó a la ACU, la que dejó de existir en febrero de 1981. Pero ya había sentado las bases de un movimiento empeñado en recuperar las federaciones en todo el país.

En 1982, la inflación se elevaba por sobre un 20%, el desempleo era de 24% y en algunas regiones de hasta 40%. En tal escenario, la dictadura devaluó el peso drásticamente y subió el dólar de 39 a 46 pesos. El efecto fue devastador. Al año siguiente, cuando el régimen negoció con los bancos para contener el descalabro, los sectores medios y populares ya contaban con suficiente organización política y social como para reclamar en grande.

JORNADAS DE PROTESTAS

En 1983 se creó la Alianza Democrática, con la DC y el PS renovado como ejes de la coalición que buscaba la salida pacífica a la dictadura. El PC y el PS Almeyda formaron, a su vez, el Movimiento Democrático Popular (MDP), por una política de movilización de masas y confrontación.

Impulsado en un comienzo por la Confederación de Trabajadores del Cobre, el Comando Nacional de Trabajadores, que dirigía el DC Rodolfo Seguel, convocó para el 11 de mayo de 1983 al primer paro nacional. Pocos días antes, la DC evaluó como inconveniente un llamado a paro y propuso cambiar la convocatoria a una “protesta nacional”.

“El cambio de paro a la figura de la protesta tenía que ver con la masividad y su éxito. También, para algunos, llamar a protesta implicaba acotar los medios a utilizar, frente al PC y las formas de lucha”, recuerda Yerko Ljubetic, quien en 1984 fue elegido el primer presidente de la nueva FECH.

La primera protesta nacional marcó lo que serían los siguientes años hasta 1986. Los estudiantes reclamaban en el día y los pobladores en la noche.

El 14 de diciembre de 1983, un hecho se expresó con notable precisión militar y alertó a todos. Con un apagón que abarcó varias regiones del país, nació el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Entre los hitos de las protestas que siguieron destacó el “Puntarenazo” del 26 de febrero de 1984, cuando decenas de personas le gritaron en la cara “¡asesino!” a Pinochet en la austral ciudad.

En 1984 se creó en Valparaíso, con la concurrencia de unos 400 dirigentes de todo el país, la Confederación de Estudiantes de Chile (Confech). El 4 de septiembre fue asesinado mientras leía su Biblia el sacerdote francés André Jarlán, en la parroquia de La Victoria.

La movilización de masas era para el PC lo que gatillaría la caída de Pinochet, no un acuerdo político. En ese marco, en enero de 1985 aprobó la tesis de la sublevación nacional. “Se trata de llegar a un estado de rebelión generalizado, que lograra la paralización real del país”, planteaba un informe al pleno del Comité Central.

El cuadro alertó al cardenal Juan Francisco Fresno, que el año '85 pidió a Fernando Léniz, ex ministro de Economía de la dictadura; a José Zabala, presidente de la Unión Social de Empresarios Cristianos (USEC), y a Sergio Molina, ex ministro del Gobierno de Eduardo Frei Montalva, que redactaran un Acuerdo Nacional de Transición a la Democracia que, por cierto, excluía al MDP. El 30 de marzo de ese año fueron encontrados los cuerpos degollados de tres profesionales comunistas: José Manuel Parada, Santiago Nattino y Manuel Guerrero.

Para el PC, 1986 sería “el año decisivo”. Su principal objetivo, no ser excluido. Ese año se fundó la Asamblea de la Civilidad, con la participación de las 15 organizaciones sociales más relevantes del país, que en su “Demanda de Chile” exigieron la apertura de los registros electorales y elecciones libres.

El clima era tal que para la protesta del 20 de mayo de 1986, la dictadura ordenó salir a las calles a un contingente de 19 mil efectivos. Uno de ellos asesinó al estudiante Ronald Wood, de 19 años, en el puente Loreto.

La Asamblea de la Civilidad organizó las marchas y actos de masas más multitudinarios vistos hasta entonces. Llegó a reunir más de un millón de personas en el Parque O'Higgins y organizó el paro nacional del 2 y 3 de julio de 1986. En esas jornadas, una patrulla militar quemó a Rodrigo Rojas Denegri y a Carmen Gloria Quintana. Sólo la última logró sobrevivir.

Primero estaba informar Manola Robles

Un privilegio haber estado 20 años en la Cooperativa, luego de siete de cesantía absoluta después del golpe militar. Llegué de la mano de Marianela Ventura. Aprendimos un vocabulario nuevo, para decir lo que no se podía, diciéndolo. Y lo maravilloso es que todo el mundo entendió.

Informar no fue fácil. Pese al miedo, me sentí reina; en la pobreza, fui rica; pese a nuestra debilidad, me sentí poderosa, acompañada por miles de chilenos que conocían y reconocían nuestra voz. Cómo no, un café concert que se llamó Manola Cobres, o alguien que tuvo la idea de poner Manola a una marca de ropa interior ¡Qué derrota más brutal para el régimen de Pinochet!

Viví el dolor de todos y cada uno, la mayoría no conocidos, que aportaron incluso con su vida o su futuro a los cambios. Recuerdo cuando me avisan que Rodrigo Rojas estaba grave en la Posta y pensé primero en un dirigente de los camioneros del mismo nombre o apellido. Hasta que me di cuenta que era Rodrigo, que había llegado en una cruzada juvenil desde EEUU, para conocer la dictadura por dentro. Rodrigo, con sus largas piernas estiradas por las que saltaban mis hijos. No hubo caso: la cruzada por salvarlo junto a mi amigo, el doctor Jorge Villegas, fue imposible. Mientras tanto seguíamos trabajando. Había que tener la voz clara y entera, combinar la información, los despachos, la noticia con la tristeza y la impotencia. Aún vivo, recuerdo que le acaricie un talón, un pedacito de su joven piel que no estaba quemada.

Ese 1 de Mayo especial en la Basílica de El Salvador, cuando carabineros entró golpeando a la gente que se había refugiado y yo en el púlpito con mi grabadora al lado del sacerdote que iba a officiar la liturgia, que me dice: "¿Qué pasa?". Y le respondo: "Están reprimiendo padre". Y él: "¿Qué hacemos?" Le digo, "cantemos 'Escucha hermano'". Y nos ponemos a cantar, yo con mi voz tiritona. Y como la repre no paraba, le digo: "la Canción Nacional". Todo quedó grabado porque cuando ocurrían estas cosas, echaba a andar la grabadora para que no se fuera ningún detalle: los gritos, las carreras, las órdenes.

Y los apagones. Ese tremendo antes del plebiscito, para asustarnos. Al filo del informativo final buscando dirigentes para que dijeran lo que yo no podía como periodista, llamar a no tener miedo, a votar al día siguiente. Ahí encontré a Jaime Estévez. Los economistas que alzaron su voz, enseñando lo que se venía encima con las privatizaciones, la previsión, la salud. Los de Cieplan, con Foxley liderando. Los del Pet con Humberto Vega, también Ricardo Lagos, y tantos más.

O el día que murió Frei. Yo de vacaciones con los niños. Las primeras en serio, en la playa, embarazada. Y llamo a la radio y Willy me dice que suspenda todo. Me ordenó salir al aire, no demostrar el miedo...todavía recuerdo mi voz temblona, hablando del IPC, de las privatizaciones, muerta de miedo. De los interrogatorios, y finalmente del bebe que no nació, pese a los esfuerzos de médicos solidarios y el

rostro de la Marisa Latorre, mi amiga, al despertar...eran los días que asesinaron a Tucapel.

La Paquita, el Curro y Carlos, mis hijos entonces pequeños y mi marido, también sentían mi miedo y los propios. Lo supe años mas tarde. El resumen, sólo tengo dos hijos y muchas lágrimas que no derramé porque primero estaba informar. No importa, se ganó la democracia.

La internación de armas por Carrizal Bajo y el atentado a Pinochet en 1986

El “Año Decisivo”

La Nación 31 de diciembre de 2006

La atmósfera que se respiraba en septiembre de 1986 era de cortarse con cuchillo. Augusto Pinochet se aprestaba a cumplir 13 años en el poder en medio de jornadas de protestas cada vez más masivas y violentas. El Partido Comunista había decretado ese año como “decisivo” y elaborado su política de Sublevación Nacional para derrocar al dictador. Las dos mayores operaciones del FPMR pretendían ser el golpe de gracia.



En 1985 el comité central del Partido Comunista aprobó la tesis de la sublevación nacional, ampliación de la política de rebelión popular de masas (PRPM) definida en 1980 por la dirección interior del PC y ratificada por su secretario general Luis Corvalán, exiliado en Moscú. A pocos días de que se aprobara la Constitución de 1980, el 3 de septiembre, fecha en que se conmemoraba el décimo aniversario de la victoria de Salvador Allende, Corvalán pronunció un discurso transmitido por Radio Moscú anunciando el giro en la línea de su partido: “El pueblo no tendrá otro camino que recurrir a todos los medios a su alcance, a todas las formas de combate que lo ayude, incluso de violencia aguda, para defender su derecho al pan, a la libertad y a la vida”. Sus palabras eran la confirmación de la apuesta del PC para derrocar a Pinochet por medio de grandes movilizaciones populares usando todas las formas de lucha y la antesala del nacimiento oficial del FPMR, su brazo armado, en 1983. Ese año y el siguiente, las protestas masivas más el sostenido aumento de jóvenes interesados en militar en el FPMR, junto con la llegada al país de oficiales de la organización preparados en Cuba y con experiencia en combate en Nicaragua, presentaban un cuadro auspicioso para agudizar el enfrentamiento con la dictadura.

Por eso, definida la tesis insurreccional en enero de 1985, la dirección interior del PC encabezada por Gladys Marín y Guillermo Teillier, junto a Corvalán, dieron luz verde a la internación de armas de Carrizal Bajo, la operación de mayor

envergadura de la historia de la colectividad; y decretaron 1986 como el “Año Decisivo” para tumbar a Pinochet.

LAS ARMAS DE “PEDRO”

Uno de los chilenos que combatió la dictadura de Anastasio Somoza en Nicaragua e integró el Estado Mayor del Frente Sur de la guerrilla sandinista fue a quien se le encomendó dirigir y organizar el desembarco de las 70 toneladas de armas proveídas por Cuba, en Carrizal Bajo, una pequeña caleta a 90 kilómetros al noroeste de Vallenar, en la Tercera Región. Su especialidad era la logística y sería ampliamente conocido en el FPMR como el comandante “Pedro”, jamás identificado en el proceso judicial del fiscal militar Fernando Torres.

En la operación a su cargo participaron cerca de 50 personas.

Según la investigación del fiscal Torres, “Pedro” le encomendó a Claudio Molina y Alfredo Malbrich recorrer el litoral del norte del país en búsqueda de lugares adecuados para el desembarco de las armas y su ocultamiento. Escogieron el sector de Carrizal Bajo debido a sus condiciones marítimas y porque en las cercanías existían minas abandonadas que servirían para guardar el armamento, hasta su traslado a los distintos puntos del país. Para llevar a cabo la tarea, el grupo de “Pedro” montó a fines de 1985 dos empresas de fachada: “Productos del mar”, dedicada a la comercialización de algas marinas, y “Chungungo Limitada”, de cultivo de ostiones; arrendó casas de seguridad, y adquirió varios vehículos y las goletas “Chompalhue” y “Astrid Sue”, que harían contacto en alta mar con las naves cubanas que traían las armas, para transportarlas a tierra firme.

El 23 de mayo de 1986, frente a las costas chilenas los tripulantes de la “Chompalhue” recibieron en alta mar el primero de los tres cargamentos de armas para el Frente: bultos con fusiles M16, cargadores y municiones, equivalentes a “aproximadamente 30 o 35 toneladas”, detalla el proceso. La descarga del armamento en pequeños botes zodiac tomó hasta el 28 de ese mes. Para el segundo desembarco del 15 de julio se empleó nuevamente la “Chompalhue” y en el último, el buque “Astrid Sue”, que descargó las armas en Caleta Corrales. En cada ocasión las armas ingresadas, estimadas en un total de 80 toneladas, fueron guardadas en barretines ocultos en cavernas del sector.

A fines de julio, efectivos de la Central Nacional de Informaciones (CNI) llegaron hasta el sector. Hasta hoy la dirigencia del PC ha señalado que fue gracias a las advertencias que le hizo el gobierno norteamericano a la dictadura de Pinochet, que la CNI dio con la operación. El 6 de agosto los agentes René Alfaro, Oscar Miranda, Martín Ruiz y Andrés Díaz detuvieron en Caleta Corrales a cuatro frentistas. Horas más tarde fueron detenidos Italo Moya y Gonzalo Valenzuela.

En una tarea que duró casi una semana, la CNI detuvo a cerca de 20 integrantes del FPMR, entre ellos a Sergio Buschmann, quien aparecía como cabecilla del grupo. Luego de esta diligencia se incautaron más armas en Paine y La Pintana.

En total, se decomisaron 53 de las 80 toneladas de armamento, compuesto por tres mil M16, dos millones de balas, 320 cargadores, 102 fusiles FAL, seis ametralladoras M-60, 114 lanzacohetes RPG 6, mil 836 cohetes, 167 cohetes LAW, 2 mil granadas de mano, nueve bombas de mortero, 2 mil 200 kilos de TNT, 14 mil de T-4 y 99 rollos de mecha.

Fue un golpe devastador que sacudió a los líderes del PC y a los comandantes de la dirección del Frente, echando por la borda la más secreta operación del brazo armado del PC.



MATAR A PINOCHET

La jefatura del FPMR venía analizando la decisión de eliminar al general Augusto Pinochet desde 1984, por la misma fecha en que se acordó la internación de armas de Carrizal. Aun así, la decisión final habría de ser tomada en la cúpula del Partido Comunista y con participación expresa de su comisión militar, dirigida por Guillermo Teillier, y consensuada con la Dirección Nacional (DN) del Frente. Todos concordaban que para dar luz verde a la operación era necesario contar con la mayor cantidad de datos sobre la seguridad y los traslados del dictador. Por ello, secretamente, la dirección del Frente decidió encargarle a un joven y fornido militante de la organización el delicado trabajo de investigar la rutina de Pinochet. Su misión era definir la mejor forma de ajusticiar al general. Además, fueron destacados Cecilia Magni Camino, comandante “Tamara”, como encargada logística de la operación, y José Joaquín Valenzuela Levy, comandante “Ernesto”, como jefe de la misión.

Finalmente, tras desechar otras opciones de atentados, el grupo del FPMR propuso hacer explotar el vehículo de Pinochet -al estilo del atentado de ETA a Luis Carrero Blanco en 1973 en España- cuando volviese a Santiago de su residencia de fin de semana en El Melocotón. La idea fue aceptada por el PC y se iniciaron los preparativos, que incluyeron la compra de una panadería en el sector de Las Vizcachas, desde el cual se cavó un túnel de 18 metros que llegaba al centro de la ruta donde se pondrían los explosivos para hacer estallar los autos de la comitiva de Pinochet. No obstante los preparativos, el plan fue abortado el jueves 7 de agosto, el día siguiente del descubrimiento de la internación de armas de Carrizal Bajo.

La noticia recibida ese jueves por el grupo operativo de la “Operación Siglo XX” obligó a modificar el plan para matar a Pinochet. Rápidamente se tomó la decisión de hacerle una emboscada en la cuesta Las Achupallas, uno de los sectores del Cajón del Maipo que los grupos de exploración habían consignado en sus reportes como adecuado, en caso de requerir una variante del plan original. El domingo 31 de agosto ya estaba todo listo y los 21 fusileros que habían sido reclutados entre las filas del FPMR, con poco más de un mes de antelación, se hallaban apostados en la casa de La Obra 06210-B, el nuevo cuartel general del grupo. La amplia casa de piedra había sido arrendada por Cecilia Magni y César Bunster, quien a su vez rentó los vehículos para transportar al grupo.

Ese día, los fusileros ya estaban en estado de alerta “combativa” estudiando la operación encerrados con su grupo respectivo en las habitaciones de la casona, esperando el anuncio del comienzo de la misión. Sin embargo, a las ocho de la noche se dieron cuenta que nada ocurriría. ¿La razón? En la madrugada del domingo 31, Pinochet bajó de El Melocotón a Santiago junto a su comitiva, ya que el Presidente Jorge Alessandri Rodríguez agonizaba. El comandante “Ernesto” fue avisado a mediodía, pero recién en la noche pudo confirmar plenamente el hecho: Pinochet no estaba.

La operación se postergó para el siguiente fin de semana. Tras casi una semana aparentando ser misioneros shoenshtatianos en la Hostería Carrió, los frentistas regresaron a la Casa de Piedra el jueves 4 de septiembre. Hasta el sábado mantuvieron la rutina asignada y esa noche, por primera vez, pudieron conocer el terreno en que emboscarían a Pinochet al día siguiente. Divididos en pequeños grupos se situaron en el sector ubicando puntos de referencia.

El sonido del teléfono cerca de las 18:20 del domingo cortó el aire de tensa espera en la Casa de Piedra. La ciudadana suiza Isabel Mayoraz alertaba a José Joaquín Valenzuela Levy, el comandante “Ernesto”, que la comitiva del general Pinochet pasaba por San José de Maipo en dirección a Santiago. Desde la ventana del segundo piso de la Hostería Inesita tuvo la vista perfecta para cerciorarse de que estaba en lo correcto. “¡Vamos!”, gritó el comandante “Ernesto”.

El primer vehículo en salir de la parcela fue la camioneta Toyota Hilux del Grupo de Retaguardia, seguido por el jeep Landcruiser comandado por “Enzo”, en que iba el Grupo de Asalto No1 y el comandante “Ernesto”. Luego el Nissan Bluebird beige del Grupo de Asalto No2 y, finalmente, el Peugeot Station con la casa rodante conducido por “Milton”.

Los fusileros bajaron de los automóviles en la zona del Mirador y subieron cada uno a su posición establecida en el terraplén de la cuesta. Uno de los frentistas fue dejando los fusiles de cada uno en fila y detrás de él otro iba poniendo en el piso granadas de mano.

Para entonces el grupo de contención más los dos de asalto ya estaban en sus posiciones. El de retaguardia en la Toyota Hilux aguardaba el momento en que debería acercarse al Mirador, y el Nissan y la Toyota Landcruiser apuntaban sus narices a Santiago, más abajo del Peugeot.

Los hombres abrieron fuego al ver la primera baliza. Se oyeron tiros y explosiones por doquier. El primer automóvil de la comitiva, un Chevrolet Opala conducido por el sargento Córdova se detuvo con el chofer muerto en su interior. El Mercedes donde viajaba Pinochet que seguía al Opala inició el retroceso. Uno de los fusileros preparó un Law, gatilló y el cohete no salió. Lo cerro y lo volvió a estirar, disparó y el cohete impactó en una de las ventanas sin hacerle mucho daño. El auto de Pinochet dobló en U y retrocedió camino a El Melocotón mientras “Daniel” le vaciaba su cargador. Habían pasado cuatro minutos cuando los fusileros escucharon los dos pitazos de retirada.

Tras el fallido magnicidio de Augusto Pinochet, en el que murieron cinco de sus escoltas, la CNI y los organismos policiales iniciaron una infructuosa cacería para encontrar a los integrantes de la Operación Siglo XX. Aquella noche se realizaron múltiples reuniones en La Moneda para analizar la situación y decidir las acciones futuras. A medianoche el país se fue a dormir bajo estado de sitio. Nadie podía desplazarse por las calles, salvo un grupo de hombres armados que en represalia por el intento de magnicidio secuestraron y asesinaron de 14 balazos en la cabeza al periodista de la revista opositora “Análisis”. No fue la única víctima de esa noche. La vendetta también cobró la vida de Felipe Rivera, Gastón Vidaurrázaga, Abraham Muskablit y la de 12 frentistas asesinados al año siguiente por la CNI en la Operación Albania.

El descubrimiento de la internación de armas de Carrizal Bajo junto al fracaso de la Operación Siglo XX, quebró los lazos de confianza que el PC había tendido hacia la DC, significó el alejamiento del PS Almeyda y del MIR de la tesis insurreccional, y echó por tierra el trazado del “Año Decisivo”.

Carrizal y el intento de tiranicidio

Guillermo Teillier. *Presidente del Partido Comunista*

Los infructuosos esfuerzos realizados por el Partido Comunista hasta el año 1980, para lograr una amplia unidad antidictatorial que incluyera a la DC y los partidos

de la Unidad Popular, le hizo vislumbrar que no habría freno a la represión sangrienta de la dictadura contra el pueblo. Más de 600 de sus mejores cuadros dirigentes eran ya víctimas del asesinato o la desaparición forzosa. Dos de sus direcciones habían sido aniquiladas. La gota que colmó el vaso fue la realización fraudulenta del plebiscito de 1980 con que se dio por aprobada la Constitución que prolongaba indefinidamente a la dictadura, ahora institucionalizada. Tal razonamiento llevó a los comunistas a proclamar la política de la rebelión popular y el uso de todas las formas de lucha para echar abajo la tiranía. No era posible seguir aceptando la impunidad con que se realizaban las más atroces violaciones de los derechos de las personas.

Este llamado tuvo eco en importantes sectores populares, se potenciaron y masificaron las grandes protestas nacionales, que adquirieron un carácter político desestabilizador. La respuesta de la dictadura fue más represión y crímenes, sin embargo ello no ahogó la lucha.

El año 1984, en una conferencia nacional clandestina, el Partido Comunista resuelve hacer un mayor esfuerzo para sacar al dictador del poder. Se enfrentaba sin embargo a una disyuntiva. A esa altura estaba claro que existían dos probables salidas a la dictadura: una, la que propiciaban los comunistas y otros sectores de izquierda, mediante un levantamiento popular que creara condiciones para llamar a una Asamblea Constituyente y establecer una nueva Constitución de carácter democrático; o la salida pactada que ya propiciaban los círculos gobernantes de los Estados Unidos con la aceptación de la Constitución impuesta por Pinochet.

El PC determinó que cualquiera fuera la salida, sin una acción decidida del pueblo y de las fuerzas de izquierda no sería posible ninguna de ellas. Por tanto igual había que hacer un esfuerzo supremo y el partido lo hizo. Puso en tensión todas sus fuerzas. En diciembre de 1983 se había creado el FPMR y se decidió también el uso de formas de lucha armada para potenciar la lucha popular. Tal vez, la internación de armas por Carrizal y el ataque a la caravana armada de Pinochet son de los hechos político militares que más van a trascender de esa etapa de lucha del pueblo contra la dictadura y por la democracia. Aunque pueden considerarse fracasos desde el punto de vista operativo, no tienen la misma connotación desde el punto de vista político. Quedó de manifiesto que ni la dictadura ni el dictador eran invulnerables. La confianza del gran socio externo del régimen terminó abruptamente. A partir de esos hechos la dictadura nunca más volvió a ser la misma, su deterioro era evidente.

Estos hechos aceleraron la búsqueda de la salida pactada. Los mismos que promovieron el golpe, los EEUU en primer lugar, ahora le amarraban las manos a Pinochet. En la misma medida que se potenciaba la salida pactada, se debilitaba la posibilidad de una salida popular. Los que se habían beneficiado enormemente con las privatizaciones forzosas y en muchos casos corruptas, preferían también una salida de ese tipo que evitara los sobresaltos de un quiebre institucional. Total, manteniendo los privilegios, qué más da quien gobierne. Esperemos que algún día se reconozca el papel jugado por quienes sacrificaron de verdad sus vidas en la conquista de un Chile sin dictadura y que se pueda avanzar hacia una democracia verdadera de profunda justicia social.

Dos visiones, dos alternativas

Jorge Insunza Becker LN 31 de diciembre de 2006

En 1986 se reabrieron espacios de convergencia. Emergió la Asamblea de la Civilidad, estructura donde la cara visible eran dirigentes sociales de distintas vertientes, tanto de la AD como del MDP y que operaba en paralelo con un Comité Político Privado que integraban representantes de los partidos integrantes de AD como del MDP.



Los comunistas, junto a otras fuerzas de izquierda, enfrentamos a la dictadura desde el primer día desafiando condiciones extremadamente duras.

En pocos días pusimos en las manos de militantes y amigos una primera toma de posición ante el golpe. Apareció el primer ejemplar de “Unidad Antifascista”. La indignación contra los facilitadores civiles del golpe no nos nublaba la vista. En correspondencia con la caracterización fascista de la dictadura, promovíamos la unidad de acción de todos los demócratas. En ello concordábamos con el Partido Socialista que reconstruyeron Ponce, Lorca y Lagos (también Ricardo aunque ninguno de los conocidos), con el MAPU OC, la IC y radicales que permanecían en la UP.

Pocos días después del golpe tuvo lugar un primer contacto con demócratacristianos que con dignidad repudiaron el golpe, el mismo que Frei y Aylwin defendían ante el mundo. Un contacto con Bernardo Leighton permitió su intervención para tratar de salvar la vida, desgraciadamente sin éxito, de Isidoro Carrillo y otros 3 compañeros fusilados en Concepción. Poco después, tuvieron lugar reuniones con Renán Fuentealba y otros dirigentes del sector antigolpista. El objetivo concreto era entonces coordinar esfuerzos para defender el movimiento social y contener los asesinatos. Esos contactos perduraron en el tiempo con una frecuencia que no la determinaba la voluntad común de unidad de acción sino sobre todo la crudeza de la represión.

La rearticulación del movimiento avanzaba. Tuvo también retrocesos violentos. Los más duros quizá fueron las caídas de la dirección socialista en 1975 y de tres direcciones comunistas en 1976. Cuando leí hace unos días el miserable documento de Pinochet recordé esos días. Era 1976 y desde la misma casa donde cayó Víctor Díaz se informó a Pinochet del “éxito”. Tras meses de detención y torturas, Pinochet fue a verlo en una llamada Casa de Piedra para tratar de convertirlo en traidor. Ante la dignidad de Víctor ordenó matarlo junto a otros compañeros caídos que formaban una parte esencial del núcleo proletario del Partido.

Ese coraje, en un proceso de luces y sombras, abrió el camino a la confrontación abierta, de cientos de miles que, en el curso ascendente de la rebelión popular de masas que proclamamos en 1980, se abrió paso con la participación de un amplio espectro de fuerzas desde 1983 con las protestas nacionales que emergieron precisamente desde del mundo del trabajo.

El carácter supuestamente imbatible de la dictadura (un “fin de la historia”, avant la lettre) se desmoronaba. La nueva situación era el resultado de la unidad de acción de muchos y muchas, empleando formas de lucha diversas.

Fueron las protestas las que condicionaron la emergencia de la Alianza Democrática (AD) (agosto, 1983). La fuerza de la protesta de agosto forzó la caída del gabinete que llevó a Jarpa al ministerio y a la oferta de negociación, con el arzobispo Fresno como mediador. Ese sector de la oposición aceptó. Fue lo que el cínico Pinochet llamaría luego el “juego de piernas” que hace un boxeador a punto de nocaut. La AD cayó en la trampa pero no por pura ingenuidad sino, al menos para una parte de ellos, para garantizar una salida a su medida. Ello hizo decaer temporalmente la potencia de la resistencia. El boxeador grogic tomó aire y pateó la mesa el 2 de octubre. Entonces emergió el Movimiento Democrático Popular (MDP) como expresión de un camino alternativo que se proponía derrumbar el proyecto dictatorial. En diciembre de ese año emergió públicamente el FPMR que ya actuaba desde un tiempo apoyando la movilización social.

Se reinstalaron las protestas nacionales. No obstante, los operadores más conservadores de la AD continuaban buscando el pacto con la dictadura. Patricio Aylwin declaró entonces que lo apropiado era “eludir deliberadamente el tema de la legitimidad de la Constitución (de 1980)”, concepto fundante del lastre que el país arrastra hasta nuestros días. Unos meses después, el arzobispo Fresno propuso una Acuerdo Nacional y la AD aceptó hacerse parte. Pinochet dejó hacer por un tiempo y luego cerró el capítulo humillando a Fresno.

En ese cuadro se reabrieron espacios de convergencia. Emergió la Asamblea de la Civilidad, estructura donde la cara visible eran dirigentes sociales de distintas vertientes, tanto de la AD como del MDP y que operaba en paralelo con un Comité Político Privado que integraban representantes de los partidos integrantes de AD como del MDP. Allí se resolvió de común acuerdo promover protestas nacionales en tiempos siempre más breves y de duración más prolongada. La de los días 2 y 3 de julio de 1986 fue extraordinariamente poderosa y la represión en extremo brutal. Fue entonces que oficiales de Pinochet quemaron a Rodrigo Rojas y Carmen Gloria Quintana.

El dictador (que a la hora de su muerte deja dicho que nunca pensó estar tanto tiempo en el poder) declaró el 16 de julio que su Constitución significaba que él disponía de “8 años para normar y otros 8 para aplicar”, es decir hasta 1998.

Pero, sus protectores de antaño veían con pavor que de seguir las cosas como estaban una salida a la plebeya era un riesgo real. Y operaron en consecuencia. El embajador norteamericano, Harry Barnes, concurrió al sepelio de Rodrigo Rojas. El secretario de Estado adjunto, Robert Gelbart, se reunió con personeros de la AD para exponerles que el gobierno de los EEUU actuaría para construir una salida negociada a condición de la exclusión de los comunistas del frente antidictatorial. Unos saborearon, otros tragaron.

Sería impropio eludir el efecto contradictorio en el curso del proceso de acción común de dos fracasos de la fuerzas revolucionarias. El descubrimiento en agosto de la internación de armas por Carrizal, descubrimiento hecho con apoyo imperial, y el fallido ataque a Pinochet y su comitiva en septiembre. Ambos fueron aprovechados a fondo por la dictadura, de una parte, y por los sectores conciliadores de la oposición, de la otra.

La Asamblea de la Civilidad perdió relieve, la unidad de acción se resintió. Los sectores conciliadores en AD ganaron espacios. El MDP siguió con el despliegue de la movilización social aunque era más difícil. La influencia del MDP en el

movimiento social crecía al punto que el PS (Núñez) planteó su retiro de la AD en diciembre de ese año 86.

Lo que estaba en el centro de los acontecimientos era la disputa entre dos tipos de salida: la que buscaba un pacto con la dictadura y la derecha y la que se proponía terminar con todo resabio de la herencia pinochetista. Una parte de la AD proponía la primera, el MDP buscaba la segunda. El año 87 estuvo marcado por esa disputa.

En febrero la dictadura abrió la inscripción electoral. Asumirla entonces era elegir el primer camino. El MDP resistió y trató de reabrir el camino de las protestas. ¿Ilusión? Diría más bien esperanza, que, es cierto, se frustró.

Las diferencia entre las dos líneas se pueden sintetizar con una frase de Aylwin ese año: “movilización social: es gastar pólvora en gallinazos”. Su línea única era el pacto con la dictadura. Y al final se impuso. Ya ese año la DC resolvió inscribirse en la legalidad de la dictadura y lo propio hizo el PH. Hacia fines del año siguió ese camino el PPD. Poco después se constituyó la Concertación de Partidos por la Democracia con exclusión explícita de los comunistas. El ciclo se completaba. El camino de la solución pactada se impuso.

La contradicción principal seguía siendo dictadura o democracia. La derrota de Pinochet, aunque fuera a medias, era necesaria. Por eso en junio llamamos a votar NO. Nuestra consigna fue “No hasta Vencer” y prevenimos del riesgo del autogolpe que estuvo ad portas la noche del 5 de octubre. Ese día Enrique Krauss por la Concertación y yo mismo por el PC coordinamos todo el día para enfrentar las maniobras del dictador. Pero esa es otra historia.

27 de agosto de 1980 en el teatro Caupolicán
Discurso del exPresidente Eduardo Frei Montalva

Este país tuvo un desarrollo económico creciente, de acuerdo a los tiempos, y llegó a obtener la tercera renta per cápita en América Latina. Proyectó un desarrollo social que fue diseñando una sociedad justa y moderna; instituciones estables; universidades que irradiaban influencia, con un prestigio notable en todo el continente. Era un país de científicos y de gran progreso cultural. Fue en esos años, que hoy se denigran, cuando el nombre de Chile era universalmente respetado.



(...) Se ha llamado al pueblo a un plebiscito para que apruebe el texto de una Constitución y una serie de artículos transitorios propuestos por los actuales gobernantes, y simultáneamente para que se designe para ocupar la Presidencia de

la República, por a lo menos 9 años más, a la misma persona que la ha ocupado durante estos últimos 7 años (...)

Este plebiscito carece de validez y lo rechazamos porque no reúne las condiciones mínimas que garanticen su legitimidad.

-No es válido, porque no se puede llamar a un plebiscito cuando el país vive bajo estado de emergencia.

-No es válido, porque requeriría un sistema electoral que asegure la auténtica expresión del pueblo al que se confronta.

-No es válido, porque no existen registros electorales, y han transcurrido prácticamente siete años desde su destrucción, lo que revela la voluntad deliberada de no rehacerlos.

-No es válido, porque las mesas que recibirán los sufragios y harán su recuento están formadas por personas designadas por los alcaldes que, a su vez, son nombrados por el Jefe de Estado.

-No es válido, porque todo el proceso de cómputo de votos y sus resultados, en sus dos primeras fases, está en manos de las autoridades, primero del alcalde y su secretario, y después del gobernador, nominados por el Ejecutivo (...)

-No es válido, porque están proscritos los partidos políticos y, en consecuencia, no puede haber apoderados fidedignos que controlen la votación y la seriedad de los escrutinios.

-No es válido, porque no existe libertad de reunión ni de manifestaciones públicas. El hecho de estar aquí hoy no significa sino una excepción muy limitada y condicionada(...)

-No es válido, porque no existe libertad de información ni de expresión. Los que disienten no tiene acceso a la televisión, que en nuestro mundo es el principal instrumento de comunicación, y muy escaso a las radios y a la prensa.

-No es válido, porque esas restricciones se han intensificado al extremo desde que se llamó a consulta.

-No es válido, porque existe la permanente amenaza de detenciones, relegaciones o secuestros(...)

El resultado de este plebiscito está predeterminado.

Aprobar esta Constitución y sus artículos transitorios es una opción que contradice toda la historia de Chile. Es la antihistoria.

Este país ha seguido en sus 170 años de vida republicana un proceso evolutivo siempre ascendente, en busca de perfeccionar la democracia, asegurar la libertad y el imperio del derecho, e integrar todas las clases sociales en un progresivo desarrollo (...)

Este país, de escasos recursos en comparación con otros, tuvo un desarrollo económico creciente, de acuerdo a los tiempos, y llegó a obtener la tercera renta per cápita en América Latina; y proyectó un desarrollo social que fue diseñando una sociedad justa y moderna; instituciones estables; universidades que irradiaban influencia, con un prestigio notable en todo el continente. Era un país de científicos y de gran progreso cultural. Fue en esos años, que hoy se denigran, cuando una mujer y un hombre chilenos recibieron el Premio Nobel, y cuando el nombre de Chile era universalmente respetado (...)

Qué pedimos

La verdadera alternativa es no volver al 10 de septiembre de 1973, sino encontrar un camino que nos permita ser lo que fuimos: una patria libre y democrática, con instituciones renovadas de acuerdo a las nuevas realidades y exigencias.

Fundados en estas razones es que venimos a proponer una alternativa para Chile, que le permita retornar a la democracia debidamente renovada.

Para este objeto consideramos necesario:

-Que se organice de inmediato un gobierno de transición cívico-militar, cuyos objetivos básicos serán establecer durante el plazo de dos a tres años como máximo las condiciones para restañar las heridas del pasado, restablecer la unidad y la paz entre los chilenos, recuperar el pleno ejercicio del régimen democrático y garantizar la seguridad interna y externa de los chilenos. Durante este período de transición el Gobierno retendrá las facultades legislativas.

-Que, constituido este Gobierno de transición, se elija por votación popular una asamblea constituyente u otro organismo auténticamente representativo de todas las corrientes de opinión nacional, como fue en 1925, que tendrá a su cargo la elaboración de un proyecto de Constitución. Este proyecto se someterá a plebiscito, bajo un sistema que dé absolutas garantías, y con opciones claramente definidas y plena libertad de expresión.

-Que, progresiva y rápidamente, se restablezcan las libertades públicas, el derecho de asociación, la libertad de opinión e información, el derecho a reunión, el regreso de los exiliados, la derogación del estado de emergencia.

-En todo caso la libertad de opinión e información se restablecerá de inmediato con las limitaciones que contemplaba la legislación ordinaria.

-Que se dicte de inmediato y se ponga en vigencia una ley electoral que defina los requisitos para ser ciudadano, que regule las inscripciones electorales, los sistemas de votación y escrutinios, los organismos y tribunales autónomos del gobierno provisional, que tendrán a su cargo asegurar la corrección de los procedimientos (...)

Por eso insistimos, a pesar de la reciente negativa, que se nos permita presentar esta opinión a través de la Televisión Nacional que mi gobierno instaló a través de todo Chile para uso de todos los chilenos.

No la pedimos para cualquier ocasión. En las elecciones de 1970 todos los candidatos pudieron aparecer en los canales televisivos. Este plebiscito es tanto o más importante que una elección presidencial.

Más aún, pienso que sería extremadamente útil e ilustrativo un debate directo con el Jefe de Estado. Estos debates son comunes en todas las grandes democracias. Ahora mismo el Presidente de los Estados Unidos ha ofrecido una controversia pública con su oponente.

Es cierto que soy un simple ciudadano, pero el pueblo me ha dado títulos. Me eligió una vez con la mayoría absoluta para ejercer como Presidente de la República y, posteriormente, nuevamente con la primera mayoría nacional llegué al Senado, el cual me designó su presidente.

Si se aceptara esta proposición que formulo se respondería a la tradición democrática de Chile y se contribuiría a esclarecer el significado de las distintas opciones que se presentan y la naturaleza del plebiscito a que se nos convoca.

El interés de Chile no es aplastar a los que disienten; es probar ante el país que se tiene la razón (...)

¿Qué pedimos ¿ Sólo dos cosas simples y claras:

Primero, que el plebiscito cumpla con todos los requisitos esenciales que hemos señalado para que tenga validez, requisitos que universalmente se reconocen como las condiciones sine qua non para ser estimados correctos.

Segundo, que se planteen claras alternativas.

Por nuestra parte frente a la proposición del Gobierno, formulamos una alternativa manifiestamente definida: El regreso a la democracia a través de un Gobierno de transición.

El país espera una respuesta (...)

Este pueblo ya decidió votar que NO, aunque sabe que no tendrá medios de control verdadero sobre los escrutinios. Por eso nadie se hace ilusiones sobre el resultado.

Su NO será categórico: No al plebiscito mismo y a todo lo que significa.

Será así un testimonio ante su propia conciencia y ante su propia patria.

Esa conciencia seguirá creciendo después del 11, y su marcha profunda no podrá ser detenida.

Tengamos valor, fe y esperanzas en Chile.

Belisario Velasco

Opositor de primera hora

Ana Verónica Peña LN 31 de diciembre de 2006

Al firmar la Declaración del Grupo de los 13, Belisario Velasco se convirtió en uno de los primeros opositores al régimen de Pinochet. Condición que mantuvo pese a cinco detenciones y dos relegaciones bajo los 17 años de dictadura. Velasco fue también el primer funcionario de la democracia, al asumir el 9 de marzo de 1990 la subsecretaría del Interior. Aquí, sus recuerdos de esos años.



La muerte de Pinochet sorprendió a Belisario Velasco Baraona como ministro del Interior de la Presidenta Michelle Bachelet, quizás el último cargo político de su extensa carrera.

A estas alturas el secretario de Estado acumula casi medio siglo de militancia demócratacristiana y un rol protagónico en la historia de la oposición y resistencia a la dictadura, que comenzó el mismo día del golpe de Estado y culminó un par de días antes del 11 de marzo de 1990, cuando asumió como el primer funcionario de la recuperada democracia.

Su protagonismo como opositor a Pinochet estuvo ligado la mayor parte del tiempo a los medios de comunicación: entre 1973 y 1976, se desempeñó como director gerente de Radio Balmaceda y, entre 1980 y 1986, fue presidente del directorio de revista "Análisis". También fue dirigente clandestino del PDC, estuvo cinco veces preso y dos, relegado.

Esos son los episodios más conocidos de la vida de Belisario Velasco bajo dictadura. Pero hay otros menos contados, como las gestiones que realizó ante la hija mayor de Augusto Pinochet para tratar de evitar las torturas y muertes en centros de reclusión clandestinos, en la década del 70, o su intervención siempre junto a Inés Lucía para facilitar el ingreso de jóvenes exiliados al país, ya iniciados los 80.

Parte de una historia que la primogénita de Pinochet le recordó tras la muerte de su padre, cuando el secretario de Estado declaró que Pinochet será recordado como "un típico dictador de derecha que violó los derechos humanos y se enriqueció".

Acá repasamos la historia de Velasco opositor. Pero empecemos por el principio.

- La declaración de los 13 no sólo es su primera manifestación de oposición a Pinochet, es la primera manifestación pública de oposición a Pinochet que registre la historia de ese tiempo. ¿Qué recuerda de aquello?

- La declaración de los 13 dada a conocer un 13 de septiembre es un documento que elaboramos trece demócratacristianos encabezados por Renán Fuentealba, Bernardo Leighton e Ignacio Palma, para plantear nuestros puntos de vista después del golpe militar. La hicimos de común acuerdo. Nos juntamos el día 12 porque el 11 no pudimos, convenimos en hacer un documento, se elaboró y volvimos a juntarnos al día siguiente y se entregó a la opinión pública y a la prensa cuando habían transcurrido sólo horas. Allí planteamos nuestro punto de vista político sobre lo que estaba sucediendo, un golpe de Estado, un golpe militar, y lo que significaba a nuestro juicio para el país. También señalamos cuáles eran, en nuestra opinión, las razones que hubo para este golpe militar y las consecuencias que podía tener para Chile.

-¿Qué importancia histórica le asigna a esta declaración?

- Creo que sería un tanto exagerado decir que tiene una importancia histórica. Por el momento que se vivía creo que tiene importancia para nuestro partido, para la juventudes de aquel entonces y para que sirviera de documento en que se afirmara cuál era el pensamiento de la DC o al menos de un sector importante de la DC. Nosotros no hicimos en esa oportunidad juicios respecto de quienes no pensaban como nosotros. Pedimos firmas de otras personas que pensamos podían coincidir con nosotros, pero no se dio.

- ¿A qué personas, por ejemplo?

- No, no voy a dar nombres.

-¿Usted calificaría este grupo de los 13 como disidentes a la directiva de entonces, o más bien como un grupo que se anticipó a la directiva partidaria?

-No éramos un grupo disidente. En la DC habían dos corrientes muy claras con posiciones diferentes en la Junta Nacional que habíamos tenido ese mismo año.

Pero nosotros no pensábamos quebrar el partido, sino que plantear nuestros puntos de vista, de forma clara y legítima en donde los únicos que corríamos un riesgo real éramos los que firmábamos la carta. Tanto es así que hubo varios exiliados, varios presos, varios relegados. Yo mismo estuve preso y fui dos veces relegado y encarcelado otras tantas. Entonces, pagamos un costo personal por nuestra posición, pero plantear nuestro punto de vista categórico respecto a lo que había ocurrido no era en contra de nadie.

-Cuando ustedes deciden hacer esta declaración, a sólo 24 horas de ocurrido el golpe, ¿tenían datos que le permitían evaluar la crudeza de lo que estaba ocurriendo?

-Habíamos hecho análisis respecto a lo que significaba un golpe militar. Tratamos de reflejarlo en el documento que firmamos los trece. Nosotros teníamos nuestras aprensiones respecto a que se fuera a devolver al pueblo el derecho a elegir a sus autoridades y lo planteamos así.

-Respecto a la violencia y violación de los derechos humanos.

-La violencia observada ese día, la muerte del Presidente de la República, el asesinato de muchos colaboradores del Presidente de la República, ocurridos el mismo día 11 de septiembre y al siguiente, nos dieron una imagen bastante real de lo que le esperaba al país y tratamos de plantearlo de alguna manera en nuestro informe. No podíamos ser más precisos porque no teníamos las pruebas de lo que sí nos constaba porque nos lo había sido relatado por personas de nuestra confianza o por lo que ya se preveía o se visualizaba. No podíamos precisar más, pero no era ajeno a la historia de América Latina un golpe militar como el de Pinochet en una situación como la que vivía el país.

-¿Cómo podría graficar el rol de la DC en el desarrollo y organización de la oposición a la dictadura?

-La DC primero se reconcilia entre sus militantes y pasa a desempeñar un papel muy importante en la recuperación de la democracia. Figuras como Gabriel Valdés y Patricio Aylwin son muy importantes para la unidad dentro de la DC y la unidad de la oposición respecto a una opción que, en definitiva, pasó a llamarse Concertación de Partidos por la Democracia. En eso creo que la DC jugó un papel muy importante con la tremenda ayuda del PS y el PPD, recién formado en ese tiempo, y del PRSD más una serie de partidos y movimientos que sumaban 11 y que, con el tiempo, se fueron decantando en los cuatro partidos que hay hoy día más otros movimientos que siguen colaborando. Pero la DC encabezada por Gabriel Valdés y, posteriormente por Patricio Aylwin, que llegó a ser el primer Presidente de la República, jugó a mi juicio un papel muy importante en los movimientos democráticos.

- ¿Qué recuerdos tiene de la época en que se establecen los primeros contactos de la DC con la izquierda bajo dictadura?

- Una relación muy rica, muy importante con todos los partidos que formábamos la oposición, el PC, el PS, otros movimientos de izquierda, también igual que nosotros preocupados por la recuperación de la democracia. Estoy tratando de escribir sobre eso, más que sobre la oposición sobre mis experiencias personales.

- A usted le correspondió dirigir la Radio Balmaceda en los primeros años de dictadura ¿Se podía hacer oposición en ese tiempo?

- La Radio Balmaceda pertenecía al Partido Demócrata Cristiano y en el mes de noviembre de 1973, el entonces presidente del partido, Patricio Aylwin, me pide que

tome la dirección de la radio y le fije una línea de acuerdo a los valores y visión del partido. Bueno, me hice cargo. Renunciaron todos los periodistas que habían entrado bajo la dictadura, porque no les gustó la nueva línea que se fijó a la radio y tuve que buscar otros periodistas. El jefe de prensa, que hacía de cabeza periodística, era Ignacio González Camus, estaba la Marta Caro, la Marianela Ventura, en fin... Como no había periodistas mayores tuve que ir a la universidad y buscar entre los alumnos de los últimos años. Periodistas que quisieran hacer su práctica y trabajar en Radio Balmaceda.

-¿Y le costó mucho?

-No, los jóvenes estuvieron dispuestos de inmediato y tuve todo el tiempo, gracias al concurso de jóvenes estudiantes de periodismo, la planta completa de la radio. La historia de la radio es larga, tenemos seis clausuras durante su existencia, duramos tres años y tantos. Durante ese tiempo, yo estuve cuatro veces preso hasta que fui posteriormente delegado a Putre, donde estuve cuatro meses. A mi regreso de la relegación ya había otra directiva en la radio y preferí no volver. Las instalaciones fueron destruidas por elementos de la dictadura. Rompieron todas las consolas y equipos. Cerraron definitivamente la radio. Una radio que daba información no le gustaba a los que ejercían el control. Por eso silenciaron nuestras ondas.

-¿Usted cree que ha pasado suficiente tiempo como para tener la objetividad suficiente para escribir la historia de la dictadura?

-Creo que la historia se escribe todos los días y hay gente que va a estudiar los documentos y seguramente lo que ocurra hoy va a ser parte también de la historia. Pero es curioso, hace menos de un mes que murió Pinochet, y creo que los historiadores todavía no empiezan a escribir la historia de Pinochet.

-¿Tiene algún recuerdo inédito de Pinochet?

-Muchos.

-¿Y nos va regalar alguno o se los va a guardar para su libro?

-En este momento no.

-Entonces díganos ahora, cuando los funerales de Pinochet ya terminaron hace un par de semanas ¿Cómo va recordar la historia a Pinochet?

-Lo dije hace unos días atrás. Pienso que la historia lo va recordar como un clásico dictador de derecha que violó gravemente los derechos humanos y que se enriqueció ilegítimamente.

-Las mismas palabras que fueron calificadas como “inoportunas y de mala educación” por uno de sus camaradas, Jaime Ravinet. ¿Recibió muchas críticas como aquellas en su entorno cercano?

-Bastantes... pero muchas felicitaciones también

Secreto del cañaveral
Alberto Gamboa

Es archiconocido entre los chilenos el viejo dicho que dice “no hay muerto que no sea bueno”. En cuanto el occiso es instalado en el urna, aparecen los deudos, los amigos, los vecinos, los compañeros del club si le gustaba el deporte o los

correligionarios si le gustaba la política, con la única misión de destacar primero los meritos, las virtudes que derrochó en vida, olvidando sus maldades y aumentando minuto a minuto los rezos por la salvación de su alma. Esto pasa en los funerales de los pobres y de los ricos. Sin exclusión. Y el mejor ejemplo lo acaba de dar el funeral del general Pinochet, el más cruel de los dictadores que ha pasado por América Latina, que tuvo al país de rodillas durante 17 años y cuyas heridas no se han podido borrar, pese al empeño y al descaro que ha mostrado la derecha, cómplice de todas estas fechorías, pues quiso convertir su muerte en un duelo nacional.

No estamos exagerando nada. Basta hojear las páginas mercuriales, terceristas, leer con curiosidad todos los cuentos de “La Segunda” o escuchar las radios de postura anti concertacionista para entender que se jugaron el todo por el todo para tender un manto de olvido a los crímenes de la dictadura y a las pillerías realizadas en los bancos internacionales por el viejo general, convertido en un pillín ultra millonario.

¿Les resultó o no les resultó? Hay que darle tiempo al tiempo, pero creo sinceramente que no. Aunque no puedo dejar de admitir que han sucedido algunas cosas que dan mucho que pensar. Me voy a referir a un caso periodístico. Aunque todos sabemos que el escritor Gonzalo Vial es un nombre relevante en su oficio, un periodista notable, con muchos años de circo, derechista de tomo y lomo, no se me ocurre quién lo convenció para redactar un suplemento de ocho páginas, absolutamente pinochetista, en “La Segunda”. Habló de todo, de política, de su carrera militar, de su participación en el golpe, de la Constitución de 1980, que todavía tiene a los concertacionistas estudiando cómo poder perfeccionarla, de la obra económica y hasta de los derechos humanos, cosa que todo el mundo sabe que el dictador se echó al bolsillo. Todo bien escrito, todo bien hecho, pero con una omisión grandota. Jamás tocó el tema de las platas, de los dólares, del oro y de lingotes robados, por lo que presumo que fue un olvido involuntario.

¿Debemos creer entonces que ese Pinochet así descrito, era un hombre serio, un estadista que nunca se robó nada, un ser humano que jamás mintió y fingió?

Les voy a contar un episodio que ocurrió en 1973, cuyo escenario fue El Cañaveral, más bien dicho una parcela con una casa llena de encanto, situada en la parte alta de El Arrayán, donde habitualmente descansaba Salvador Allende con su familia y al que llegaban solamente sus mejores amigos. Era más bien un refugio, donde el recordado Presidente recuperaba fuerzas, alternaba con quienes lo querían y respetaban y muchas veces, en esa pintoresca parcela, se tomaban también resoluciones políticas importantes, que estudiaba junto con sus más fieles ministros y colaboradores.

Ese domingo 9 de septiembre de 1973, desde las primeras horas de la mañana, Allende trabajó con su equipo asesor, entre los que incluían los periodistas Joan Garcés, el “Perro” Olivares y Carlos Jorquera, en el proyecto donde el Gobierno llamaba a realizar un plebiscito nacional. Las cosas estaban tan definidas que incluso sería anunciado al día siguiente, vale decir el lunes 10 de septiembre.

El “Negro” Jorquera, había llegado acompañado de sus hijas y sus nietecitas, por lo tanto, las dejó jugar en los jardines, los verdes prados, cosa que a los niños simplemente encantó. Terminado el trabajo, el Presidente los convidó a almorzar. Así se hizo y todo resultó pintoresco y agradable. Después, Allende, como siempre, se fue a dormir su infaltable siesta y los amigos, cada uno por su cuenta, buscaron refugio en el verde y pintoresco jardín.

Como a las cuatro de la tarde llegaron dos inesperadas visitas. Los generales Augusto Pinochet y Orlando Urbina. Venían muy misteriosos. Para no ser vistos,

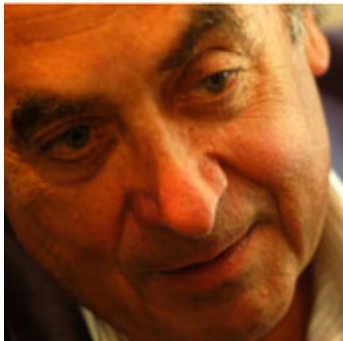
entraron su automóvil por la parte trasera de la parcela y lo dejaron semiculto bajo los frondosos árboles. Mostraron sorpresa y se sintieron incómodos al encontrarse con periodistas y familiares, pero se recuperaron muy rápido acercándose a los niños, a los que acompañaron en sus juegos. Una vez que despertó el Presidente Allende, los llevaron a un salón privado, donde los tres conversaron a puertas cerradas. ¿Qué tema trataron? El secreto se guardó por muchos años. Después, se supo que el Presidente les informó, categóricamente que al día siguiente, en cadena nacional, hablaría al país convocando a un plebiscito nacional. Los generales escucharon mudos y atentos. Luego, habló Pinochet para informar del clima existente en el mundo militar y le pidió, a nombre de los generales, que postergara el anuncio por lo menos 24 horas para preparar mejor el panorama y que todo saliera por un tubo.

En mala hora Allende picó y aceptó el consejo. Ya todos los chilenos saben, con lujo de detalles, lo que ocurrió después. El llamado a plebiscito no se dio jamás y fue cambiado, sobre la marcha, por el siniestro golpe.

¿Me van a decir o convencer ahora que Pinochet no lo sabía?

Oscar Guillermo Garretón y su análisis de la oposición a Pinochet
“No fue toda responsabilidad del imperialismo y la derecha”
Mirko Macari LN 31 de diciembre de 2006

El ex líder del Mapu, ex gerente de Telefónica y de Iansa, confiesa que alguna vez usó traje verde olivo en Nicaragua. Analiza a fondo el tema de la lucha armada en la izquierda y cree que al final de la dictadura contribuyó decisivamente la inviabilidad del régimen con el modelo exportador. Clasificado como uno de los hombres más buscados después del Golpe, Garretón asume que la idea de hacer la revolución fue “una locura”.



-Después del Golpe usted apareció en “El Mercurio” junto con Altamirano y Miguel Enríquez como uno de los más buscados, ¿cómo fue que la ultraizquierda pasó del avanzar sin transar al transar sin parar, en palabras de Alfredo Jocelyn-Holt?

-Efectivamente estaba entre los diez más buscados, ahora decir que era la ultraizquierda creo que es una simplificación. El PS, el Mapu y el MIR eran partidos muy distintos. Lo que nos apareció uniendo, fue la llamada sedición de la Armada. Y 20 años después la Corte Suprema por seis votos a cero determinó que yo no había hecho sedición, y consta en las actas que jamás estuve con Altamirano y con Enríquez en la reunión con los marinos, nunca.

-O sea no era tan revolucionario como lo pintaban.

-Es que ese hecho sirvió para montar esta imagen de unidad de la ultraizquierda, y la verdad es que en general el Mapu con el MIR, desde que nacieron, tuvieron una relación más bien de debate y polémica. Cuando yo fui candidato a diputado por Concepción, estoy hablando de marzo del '73, el MIR me ofreció el apoyo y le dije que no, cosa que un candidato a diputado hoy día no hace con nadie.

-Hay una tesis de Carlos Huneeus de que el Mapu, el MIR y la UDI son grupos iluministas, y que poseen ese carácter por encontrar su origen en la universidad.

-Efectivamente había una línea más moderada en la Unidad Popular representada por el PC, el MAPU O.C. y una parte de los socialistas, sin embargo estamos hablando de matices dentro de la locura, que fue la idea de hacer la revolución con un 36 por ciento de los votos. Dicho eso, creo que en general en Chile los partidos son súper ideológicos, salvo uno que es el Partido Socialista, que partió siendo un despelote desde que nació el año 32 porque incluyó dentro de él a socialdemócratas, ex comunistas, militares con sensibilidad popular como Marmaduque Groove, pijes de izquierda como Allende o Matte. Y esa es su gran fortaleza para el siglo XXI: su diversidad interna. El gran defecto de todas las organizaciones ideológicas es que son explosivas en el mundo de hoy, esto vale para empresas, para partidos, para iglesias, para clubes de fútbol.

-A propósito del socialismo, ¿cómo fue para el Mapu el proceso de renovación de la izquierda que comienza a mediados de los 70?

-Dentro de Chile la discusión interna fue sobre lo que se llamó el sujeto popular como gran protagonista de la lucha contra la dictadura. En el exterior se dio con un componente más de ideología global: el deterioro de la Unión Soviética, la aparición del eurocomunismo, la social democracia, el gobierno de Carter en Estados Unidos que tenía una diferencia notable con el de Nixon, etc.

-¿Usted estuvo en los dos frentes?

-Vine dos veces clandestino a Chile, el '78 y el '80. Esto no fue algo que ocurrió en un día, pero hay un momento en que tú llegas a la conclusión de que toda la visión anterior que tenías sobre el proceso social de Chile está distorsionada. Afuera uno seguía hablando las mismas cosas y resulta que en Chile había arrasado tanto la dictadura con las diferencias o rasgos de la izquierda, que lo único que querían los chilenos era salir de Pinochet como fuera, te estoy hablando del año 80. A mí me impresionaban, más que las conversaciones con los dirigentes, las que tenía en las casas donde llegaba a alojar, que eran gente de confianza, pero más cercanos al sentido común.

-¿Cómo era ese clima?

-Si hubiera habido un general que hiciera un guiño de un grado mayor de sensibilidad o de menos represión, estoy seguro que el grueso de la gente y la izquierda habría estado con él. Los partidos de la Concertación lo único que hicieron fue consagrar a nivel político lo que era un fenómeno social. Aprovecho de contestarte lo del avanzar sin transar: yo no podría decir transar sin avanzar, porque creo que se ha avanzado mucho. Cuando uno se convence que en alguna cosa ha cometido un error tiene dos posibilidades en la vida, persistir en el error so pretexto de la consecuencia, o cambiar.

-¿Hasta qué punto cambiar es renegar?

-Yo amo la figura de Allende, la tengo aquí en mi oficina, pero creo que lo que hicimos política y económicamente fue un error. El país que hemos construido hoy

día es mejor que el país que existía en tiempos de la UP, y eso no tiene que ver con mis amores, tiene que ver con mi racionalidad.

-Hablando de racionalidad, en los '80 comienza a plantearse también la discusión sobre el uso de las armas para derrocar a Pinochet, de la que el Mapu no es ajeno.

-En ese momento la discusión interna era entorno a lo que podríamos llamar el pueblo como actor principal, con las armas como actor principal, pero con toda clase de matices. El Lautaro, que nació del Mapu, es una organización que partió como un grupo de jóvenes poblacionales, no eran un grupo armado o con entrenamiento militar.

-No como el FPMR, que se había preparado militarmente en los países socialistas.

-Claro, fue un grupo que partió como un fenómeno popular y que en el curso del debate de la izquierda fue separándose y derivó a una posición más militar, más violenta.

-A propósito, ¿usted estuvo en Nicaragua después del triunfo sandinista?

-Fui a Nicaragua muchas veces, efectivamente.

-¿Y hasta que momento duraron sus convicciones verde olivo?

-No te sabría colocar una fecha.

-El año 79 es el triunfo de la revolución sandinista, tiene que ser después de esa fecha.

-Por supuesto, pero la discusión en Chile sobre el tema de la lucha armada o de la lucha social se dio a partir de los '80 y hasta el '89, que terminó con la inscripción en los registros electorales. Fueron nueve años de discusión en la izquierda sobre lucha armada. Quiero decir que en general en la lógica del uso de todas las formas de lucha, la verdad no había ninguna discrepancia en la izquierda chilena, sí había discrepancia en la oportunidad y en la forma. El MIR por ejemplo se inscribía mucho más en la tradición de la revolución cubana, pensando en el foco.

-De hecho las primeras acciones armadas, pese a los fracasos, son del MIR, como el atentado a Carol Urzúa.

-Por supuesto. Otros tenían una visión más de masa por así decirlo, más insurreccionalista, y en lo que podíamos tener diferencia era el momento. Todos en la izquierda en esa etapa tuvimos alguna visión en la cual en el proceso hacia el socialismo se incluían elementos de violencia.

-La llamada política militar.

-Pero no era lo mismo una política de foco que una perspectiva insurreccional, que supone un grado de movilización popular muy alto. Uno de los problemas de Chile en esa época es que hubo un momento en que la violencia tuvo unanimidad. Lo de verde olivo que tú dices es otra cosa, en algún momento yo llegué a la conclusión de que el terreno de las armas es siempre el terreno de las minorías, independiente que se llame ejército regular o popular. Al final el único terreno donde la fuerza del pueblo se expresa de verdad es cuando pueden manifestarse las mayorías en democracia, todos los otros potencian a los que se creen vanguardia.

-¿Y usted alguna vez en Centroamérica usó traje verde olivo, literalmente?

-No es mi tenida habitual el traje verde olivo.

-¿Pero se lo puso alguna vez, como parte del proceso?

-Si digo usarlo se entiende como que yo participé en alguna acción armada.

-No, la pregunta es si se vistió de verde olivo.

-Alguna vez me lo probé, en alguna invitación social que me hicieron. Pero no en una actividad de guerra.

-¡No me diga que le decían comandante!

-No, no diría tanto.

-¿Y tiene foto con el traje?

-No fijate, no tengo y no porque la escondiera, en general no estoy mucho por esconder las cosas. No sé si alguien la pueda tener.

-¿Tuvo preparación militar?

-Preparación militar como tal, así en un campo de guerra, no.

-¿Y un fin de semana jugando a los soldados?

-Te diría que todos de alguna manera tuvimos alguna formación, todos nos hemos leído "El Arte de la Guerra".

-No, no, pero no le pregunto por lo intelectual, sino que por el uso de armamento.

-Si me preguntas si alguna vez he disparado contra un blanco, sí, lo he hecho. Si he tenido una formación como militar, como guerrillero, no. Lo que te debo decir es que podría haberla tenido en algún momento.

-¿No hay una autocrítica de la dirigencia que pese a los discursos incendiarios logró ponerse a salvo, siendo los cuadros de segunda línea los más afectados por la represión? Por ejemplo, lo que pasa con el Lautaro, donde todos son abatidos o encarcelados.

-Responsabilidad política de todo lo que ocurrió desde la Unidad Popular para adelante, obviamente que tenemos. Pensar que esto es pura responsabilidad del imperialismo y de la derecha no es cierto, sino la tuviéramos no habría para que renovarse. Cuando sale la lista de los diez más buscados, yo estaba en la clandestinidad y la verdad que en ese momento no había pensado en exiliarme. Sin embargo, al poco andar comenzaron no solamente a detener, sino que también a torturar e incluso a asesinar a gente que andaban buscando, creyendo que podían llegar a mí. Entre ellos a dos hermanos que trabajaban conmigo y que los recuerdo todos los años, que son los hermanos Darío y Gregorio Hernández. Uno de ellos trabajó como chofer mío en el período de la Unidad Popular, en mi campaña a diputado conoció a una mujer y se casaban el 15 de septiembre. Lo mataron pensando que sabía donde estaba yo, y la verdad es que no tenía ni la menor idea. Eso no se olvida. En la política de aquel tiempo estaba dentro de lo que podía ocurrir que a uno lo mataran en la lucha y era un supuesto de todos nosotros, brutal, digamos.

El Mapu bisagra

-¿Cuánto influye el contexto de la guerra fría en el aislamiento que hace una parte de la izquierda y la DC del Partido Comunista, que finalmente continúa hasta hoy?

-A nivel político las diferencias con el PC no tuvieron que ver con el anticomunismo sino con una visión de como era la lucha en Chile. El PC nunca estuvo aislado, siguió habiendo reuniones con ellos afuera, pero a medida que fue avanzando el proceso de renovación, la relación se fue haciendo más tensa. En el exilio, Pinochet quedaba tan lejos que normalmente el adversario era el que uno tenía cerquita. Me acuerdo que viví en Cuba, y toda la gente del Frente y del MIR que había allá tenía su odiosidad contra nosotros. Éramos como los enemigos declarados y probablemente nosotros le correspondíamos con un cierto menosprecio por estar planteando cuestiones inviables.

-¿Qué otras cuestiones fueron centrales en la discusión política de la oposición a Pinochet?

-Otra se produjo entorno a la cosa económica. Al final de la década del 70 fue todo el proceso de reconversión económica de Chile que trajo mucha cesantía, mucha pobreza, muchos quiebres de empresas y mucha destrucción. Entonces existía una visión muy extendida dentro de la gente de la Unidad Popular de que esa era una señal clara de la inminente caída de la dictadura, ya que tenía un fracaso económico irreversible. Yo, como estudié Economía en la Universidad Católica, les decía que conocía a mucha de esa gente, y que uno puede hablar de fracaso cuando se propone una cosa y le sale otra, pero cuando se propone una cosa y le sale esa, no le llamaría fracaso.

-Claro, el shock estaba dentro de la lógica de los Chicago.

-El shock estaba dentro de su lógica, no se les arrancó la realidad para otro lado. Lo que estaban teniendo era un éxito, uno podía discutir si ese éxito le gustaba o no, pero lo que se propusieron hacer lo estaban haciendo. Eso provocó en ese momento una discusión pasional sobre el tema.

-En el análisis a posteriori ¿cuáles fueron los factores que provocaron que Pinochet entregara el gobierno?

-Tengo la impresión de que lo que terminó por eliminar a la dictadura fue una conclusión de varios factores, entre ellos una gran mayoría popular que quería que eso cambiara. Además la unidad opositora, terminando con las divisiones anteriores, o sea la Concertación es la unidad de antiguos adversarios.

-¿No cree que también influyó la proyección del modelo exportador, que se dificultaba con un gobierno repudiado internacionalmente?

-Sí, creo que el modelo con Pinochet era inviable, o sea una dictadura no era un interlocutor reconocido internacionalmente para poder desarrollar la economía. A lo mejor nadie lo verbalizó así, ni lo pensó exactamente, pero son fenómenos que van más allá de las razones de cada uno, y que son como las razones de la historia. El llamado modelo exitoso no es el de Pinochet, ese modelo era inviable, el modelo exitoso es el de la Concertación.

-¿Y el Mapu tuvo un papel bisagra en esta unión de viejos adversarios como eran el socialismo y la DC, considerando que ustedes venían de la Falange?

-Quizás parte de este rol casi mítico que se le asigna hoy día al Mapu en la transición, tiene que ver más que con los méritos del Mapu, con el hecho de que cumplíamos algunos requisitos muy especiales. Uno era este puente que hacía más

fácil la conversación con la DC. También esta contradicción entre lo cristiano y lo marxista, y una tercera característica, no menor, es que somos una generación de los tiempos de la reforma universitaria, que se conoció cruzadamente con la generación de la derecha universitaria en ese tiempo y que luego fueron los civiles que gobernaron con Pinochet. En un momento determinado, en una transición muy negociada, importaba mucho si uno tenía teléfono rojo en el otro lado para decir 'oye, que no se les pase la mano, aquí está quedando la cagada, veamos esta cuestión, conversemos'. Eso fue bien decisivo para que todo saliera bien.

El libro tibetano de los muertos

Antonio Gil * LN 31 de diciembre de 2006

Nosotros –los que ahora rondamos, para arriba o para abajo, el medio siglo– fuimos compartimentos estancos de una era nocturna, pero también fuimos más libres que los otros: libres para callar, libres para destrozarnos contra la rompiente del amanecer cuando el toque de queda alzaba su compuerta y salíamos a tropezones de lugares inauditos para entrar en otros lugares aun más inauditos, cargando un sentimiento de horror y de espera interminables.



La palabra generación tiene un pretencioso retintín seminal, germinal, levemente optimista, un resabio a creación espontánea que me cuesta mucho trabajo cuadrar con aquella especie de rara degeneración social y cultural a la que a todas luces pertenezco y que hunde sus raíces en esos días que parecían noches o que, al menos, así los recordamos hoy cuando cerramos los ojos.

Todavía hay veces en que repaso nombres perdidos, viejas libretas de teléfonos, en la secreta esperanza de dar forma a algo que sea un poco más que lo que Luis Emilio Pacheco define lacónicamente como “el libro tibetano de los muertos”.

¿Quién era éste?, ¿quién era este otro? Surgen rostros y de nuevo se pierden en la niebla. Un vértigo de cambios nos ha hecho viejos, inmensamente viejos y desmemoriados, en un territorio devastado y vuelto a crear una y mil veces. ¿Aquel era poeta o era fotógrafo? Seguro que fue las dos cosas y ninguna al mismo tiempo.

Las anécdotas recordadas no alcanzan jamás una dimensión de veras heroica. Nada de lo que hicimos perdura, nos parece hoy, en los recuerdos de esos largos años.

¿Será que fuimos apenas un puñado de bebedores de cerveza agrupados en torno a una mesa de Los Cisnes o del Bosco o del Café Pushkin? Quizás sólo fuimos un grupo de poetas cuando todos en Chile eran poetas, y para cobijarnos creamos alegremente, y jugándonos el alma, la Unión de Escritores Jóvenes, que era –ahora

puedo confesarlo— la fachada de la Unión de Jóvenes Democráticos, que a su vez era una fachada del MAPU Obrero Campesino, que vaya uno a saber fachada de qué demonios era, aunque el poeta Francisco Zañartu aseguraba, haciendo un paralelo futbolístico, que se trataba nada menos que de la cuarta especial del Partido Comunista.

Habrá habido y seguirá habiendo generaciones diáfanas, nítidas, claras. La nuestra, no. “Nunca fuimos más libres que cuando los alemanes entraron en París”, nos dice Sartre: “Libres para oponernos o para colaborar, para rendirnos o para resistir”. Algo de esa fatalidad se nos metió a todos en el alma bajo la fantasmagórica erre dentro de un círculo con que rayábamos los muros: la erre de la resistencia a la que todos creíamos pertenecer aunque no fuera más que una vaga ilusión de chapas y nombres de guerra cruzándose misivas inútiles en las esquinas desiertas.

Pero también fuimos más que eso. Mucho más. Fuimos Alejandro Goic saludándonos cómplicemente desde una micro, en una ciudad convertida en un inmenso escenario sólo para él. Fuimos la voz de Erick Pohlhammer leyendo “Los helicópteros” ante una muchedumbre que sabía o intuía que detrás ese poema se escondía una esperanza secreta más grande que todos nosotros. Fuimos las lecturas de los artículos de Sergio Marras en la revista APSI, la dulce ferocidad de Bárbara Délano, los textos de Andrés Braithwaite en revistas que quemaban las manos, la inolvidable estampa rimbaudiana de Armando Rubio susurrando sus poemas frente a multitudes inmensas que lo escuchaban como se escucha a un profeta. Entonces sentíamos que nuestra generación era la patria, y entendíamos que gente de todas las edades y de todos los oficios se volvían nuestros coetáneos. Y luego otra vez la niebla. Un apretado grupo de jóvenes borrachos leyendo la luminosa frescura de Teillier, nuestro hermano, y Enrique Lihn, hermano mayor, y Renato Cárdenas, hermano de Teillier, y el viejo Humberto Díaz-Casanueva, hermano de todos los hombres de la tierra.

Y también fueron nuestra generación Roberto Brodsky caminando por un parque, y los dos Jorge Ramírez, y José María Memet, y antes, mucho antes, Juan Luis Martínez y Raúl Zurita inventando con sus nuevas novelas y sus pasturas y sus purgatorios una poesía que no existía como paisaje del mundo. Y Eugenio Dittborn y Carlos Leppe y Carlos Altamirano y Lotty Rosenfeld y Diamela Eltit, en una generación extendida hasta la licuefacción de un horizonte lejanísimo.

Entonces, ¿fuimos o no fuimos una generación? A quién le importan en verdad las generaciones, Dios mío, me pregunto, cuando a cada cual le han sido impuestos un modo y un propósito, y cuando los comisarios políticos también han compuesto con su pequeña y necesaria dictadura esta tonada de la que hablo. Hay biografías personales que se traman con otras, y otras de las que emergen figuras como Paulo de Jolly, quizás el más revolucionario de todos, perdido en los jardines de Luis XIV, o Rodrigo Lira con las venas abiertas como un samurái al que todos querían y temían.

Pero al final volvemos a estar, una vez más, como en el manuscrito encontrado en Zaragoza, bajo los ahorcados, frente al metro cuadrado de cerveza amarguísima, solos, más solos que nunca, en un ejercicio de fragmentación pura, de desconstrucción, por donde iban y venían, igual que mosaicos, los días que nos tocaban en suerte, juntándonos y apartándonos.

Tiene la palabra generación un vago borboteo de chorro de agua fresca que nosotros nunca conocimos. Un rumor de libertad que no queremos asignar a ese tiempo de sentinas. Luego vinieron otros a ponernos una lápida. Nos lanzaron al mar los

nuevos narradores del McDonald's con un riel metido en las entrañas. Algunos fuimos arrastrados a la orilla por las corrientes cálidas. Otros se fueron al fondo y se olvidaron de sí mismos para siempre. Pero no nos han quitado nada. No fuimos una generación, y por eso nuestra existencia es dudosa, impugnable, inexistente. Sólo un puñado de libros por allí y alguna amistad que los partidos, como madres regañonas, nos ponían en salmuera.

Todos estamos, de una forma u otra, y pese a todo, por ahí. Desde Poesía para el camino, la primera antología de esos días de fierro, hasta el cálido recuerdo de un buen polvo bien echado en los salones de la Sociedad de Escritores de Chile, que hasta para eso servía en esos años de perros. No sé qué fuimos ni qué quisimos ser. Pero, a pesar nuestro, fuimos, a pedazos, nuestros propios textos, que imaginábamos certeros balazos al corazón de la hidra. Y fuimos litros y litros de vino y de cerveza frente al Pedagógico o en las peñas, donde Dióscoro Rojas desafinaba esas ganas de llamarse domingo que tenía.

Nosotros –los que ahora rondamos, para arriba o para abajo, el medio siglo– fuimos compartimentos estancos de una era nocturna, pero también fuimos más libres que los otros: libres para callar, libres para destrozarnos contra la rompiente del amanecer cuando el toque de queda alzaba su compuerta y salíamos a tropezones de lugares inauditos para entrar en otros lugares aun más inauditos, cargando un sentimiento de horror y de espera interminables. Nada cobraba sentido si no era un arma contra la opresión y el terrorismo de un Estado adversario de todos. El diario de Cooperativa está llamando. Y toda la cultura, la poesía, la música, fue sólo una generación de frentes de masas alzados como cortinas de neblina desde la precariedad del propio cuerpo expuesto a toda clase de inclemencias.

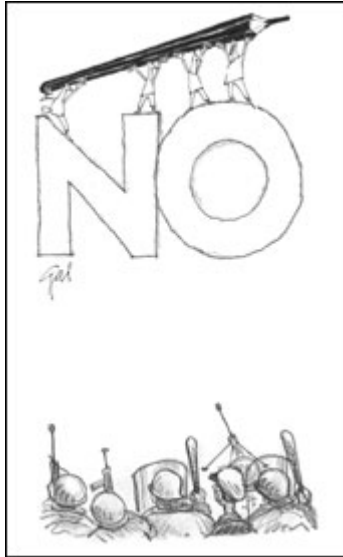
La verdad es que nunca nos quisieron. Y a punta de amor propio fuimos mordiendo el freno hasta desaparecer en el triunfo de los proyectos políticos y los grandes acuerdos ciudadanos. Una generación, sospechamos, es otra cosa, más pacífica, más amable. No ese mosaico que se pierde en lontananza hasta verse privado de toda razón y todo sentido en el devenir del tiempo. LN

- *Este artículo aparecerá en el próximo número de la Revista de la UDP, Universidad Diego Portales.*

Un nuevo comienzo de la historia de Chile

Enrique Correa Ríos LN 31 de diciembre de 2006

La oposición, al abandonar gradualmente el lenguaje de la resistencia y adoptar el discurso de la política, se puso en condiciones de hacer valer su condición de mayoría. Sin embargo, nada de esto habría sido posible sin la manifestación masiva del repudio a la dictadura que significaron las enormes y sistemáticas protestas de 1983 y 1984.



El plebiscito del 5 de octubre es el acontecimiento político mas trascendental del siglo XX.

Sin odios, sin violencia, usando los propios mecanismos previstos en una constitución controvertida, los chilenos pusieron fin a la dictadura que sumió al país en la pesadilla del espanto por 17 años.

El 5 de octubre fue la victoria de la política sobre las armas. Fue el triunfo del camino político por sobre el camino armado al interior de la oposición a la dictadura.

Fue la vía vencedora para imponerse sin armas la arrogancia de una dictadura violenta y armada.

A partir del 5 de octubre, gradualmente la razón volvió a imperar en nuestro país, primero en la oposición de entonces y después en todo el arco político. Ese día se fundaron los cimientos del país que hoy día tenemos. Nada importante es fácil de alcanzar y octubre de 1988 fue el fin de un arduo camino.

Digamos las cosas como son, desde el golpe de 1973 hasta la crisis económica entre 1982 y 1983 una lápida parecía habernos caído encima.

Nos organizábamos, luchábamos todo lo posible, vivíamos entre el exilio y la clandestinidad. Todo ello lo hacíamos con disciplina, sin desmayar, pero en medio del horror cotidiano. Vivíamos en el repliegue propio de una catástrofe política enorme y profunda. La república que nos vio nacer había muerto y en su lugar reinaba la oscuridad de un régimen que mataba todos los días. Un régimen que se sentía eterno. Un régimen que nosotros mismos no sabíamos cómo enfrentarlo.

Un camino posible era la insurrección. Poner entonces las armas que le faltaron al gobierno del Presidente Allende para defenderse.

Otro camino era el de la política. Unir ahora lo que dividimos en los 70. Reparar la división que nos llevó al abismo

El primer camino, como ocurre siempre con los fundamentalismos, aparecía claro, rotundo, sin dudas, con una fuerte aureola mística propia del martirio.

El segundo camino era más lleno de complejidades, sutilezas e inteligencia política, tanto para unir al centro con la izquierda, separados durante décadas como para

caminar por los itinerarios previstos en una constitución cuya legitimidad negábamos.

Al mismo tiempo que se internaban armas y se atentaba contra Pinochet, en el otro lado de la oposición se preparaba la inscripción de los partidos y de los ciudadanos en el registro electoral.

Al separarse tajantemente ambos caminos se abrió la llave para ir a buscar el triunfo en las urnas.

Allí se inició el camino que triunfó. Allí nació también la leyenda que la oposición se dividía entre héroes y pragmáticos.

La oposición, al abandonar gradualmente el lenguaje de la resistencia y adoptar el discurso de la política, se puso en condiciones de hacer valer su condición de mayoría. Sin embargo, nada de esto habría sido posible sin la manifestación masiva del repudio a la dictadura que significaron las enormes y sistemáticas protestas de 1983 y 1984.

Llegamos a un momento en el que los que nos dominaban no podían seguir gobernando como antes, ni los que resistíamos podíamos derrocar a la dictadura por la fuerza.

En rigor, las protestas nos pusieron a las puertas de la democracia. Sin ello no habríamos podido nunca construir el camino político que recorrimos. Las protestas no fueron en su origen un plan de los partidos opositores, sino una decisión de los sindicatos que contó con el aliento y la compañía de la Iglesia Católica. Como en Polonia, la democracia empezó a surgir en Chile de la mano de estos conductores, el sindicalismo y la organización de la Iglesia. Manuel Bustos y el cardenal Silva, los curas de las comunidades cristianas populares, los jóvenes de las poblaciones y los trabajadores que fueron gradualmente superando sus largas divisiones.

Las protestas ocasionaron una lucha de interpretaciones en la oposición a la dictadura.

Unos pensaban que bastaba seguir empujando para que la dictadura se viniera abajo como en Paraguay o en Nicaragua. Otros pensaban que lamentablemente ello era una ilusión con la que debíamos ajustar cuentas para construir una fórmula política que diera salida a la situación evitando tragedias mayores.

Nos pusimos a trabajar los jefes de partidos encabezada por Patricio Aylwin y con un destacado protagonismo de nuestros fundadores Andrés Zaldívar, Ricardo Lagos, Enrique Silva Cimma y tantos otros.

Sin embargo lo que parecía obvio, no lo es tanto, creíamos que con sólo presentar nuestra opción del No y aseguraron que no habría fraude, el triunfo estaría asegurado. La realidad era distinta, las encuestas, encargadas por nosotros mismos, nos demostraban que también podíamos perder si no modificábamos muy radicalmente nuestro lenguaje político.

La mayoría de los jóvenes no se inscribían en los registros electorales porque no tenían esperanza en el cambio. Un número significativo de inscritos en los registros electorales permanecían indecisos porque tenían temor al cambio y los paralizaba el terror a otro terremoto apocalíptico como el de septiembre de 1973.

Había pues, que combinar bien las esperanzas con la seguridad.

La franja del No sorpresiva, fresca y pacífica logró la síntesis. A ella le deben buena parte del triunfo.

Eso no es todo, había aún otra epopeya por revisar. No podíamos denunciar un fraude porque desalentaríamos el voto de los nuestros. No podíamos tampoco avalar los cómputos de la dictadura porque no sabíamos en qué noche oscura de engaños y mentiras podíamos vernos metidos.

Se decidió un cómputo paralelo, con nuestros propios medios, con nuestra propia gente. Ese fue el cómputo que enviamos a Sergio Onofre Jarpa en la noche del referéndum.

Ese cómputo movilizó a miles que se transformaron sorpresivamente en héroes civiles de nuestra historia.

La fuerza del No fue la poesía y el cómputo paralelo la epopeya.

El plebiscito tenía dos caras, como todo en la vida. Fue un momento épico que congregó el espíritu de la libertad y fue a la vez el nuevo comienzo de la política, esta vez bajo una promesa de unir la nación, no dividirla, vencer la pasión con la razón, derrotar la violencia con los consensos y los acuerdos que nos transformaron en una nación madura.

La muerte incierta

Eduardo Carrasco Pirard LN 31 de diciembre de 2006



¿Se murió Pinochet? Todo pareciera indicar que así ha ocurrido en efecto, aunque los más agudos saben que hay muchas razones para dudarlo. Cuando uno le hablaba a Roberto Matta de lo necesario que era derrotar a Pinochet para que Chile se abriera camino hacia la democracia, miraba con cierto escepticismo y respondía que el Pinochet más peligroso no era el hombre de carne y hueso que entonces seguía gobernando el país, sino los múltiples Pinochets que cada uno de los chilenos tenían dentro de su cabeza. El Pinochet que acaba de fallecer, viejo y cansado, con apenas algunas fuerzas para mantenerse en pie, con el cuerpo y la mente corroída por enfermedades múltiples, era un mero símbolo, una ya evanescente imagen del autoritarismo, del machismo, de la hipocresía, de la ignorancia y la incultura orgullosa de sí misma, del falso pavoneo de “huaso” ladino que se cree hábil porque en el reducido reducto donde tiene poder le celebran sus chistes macabros o sus salidas matonescas, de la impiedad y la indiferencia disfrazadas de dureza y decisión de héroe militar, de la barbarie justificada con grandes palabras huecas, de la estrechez de mente que impide tener ideas propias o ser capaz de criticar las ajenas sin darle de bofetadas al interlocutor, todas cosas que él personificó con tanto rigor durante su vida. Todas estas lacras y muchas más son las que se presume han sido incineradas en este funeral en el que

efectivamente pareciera haber desaparecido la figura física del general, pero de ninguna manera ellas mismas.

En el propio funeral, la hipocresía en las decisiones que hay detrás, algunas declaraciones emitidas, los discursos, ciertas medidas gubernamentales, las opiniones de los deudos, los hechos ocurridos de un lado y de otro de la barricada, los comentarios periodísticos, etc., los que demuestran que Pinochet sigue vivo y tardará mucho todavía en desaparecer de las cabezas de los chilenos. Y es que el hombre mismo que se dice que ha muerto es un típico producto nacional, un “fruto del país”, que en nuestras tierras se produce en serie y desde hace mucho tiempo, y no se ve todavía la manera de impedir su propagación. Todo favorece su aparición, los déficit culturales, que alejan a la población de los valores humanistas y la empujan hacia el faranduleo y la superficialidad, nuestra pésima educación que busca la adaptación de los educandos al sistema de mercado, olvidándose de enseñarles a ser mejores seres humanos, los malos ejemplos que por todos lados dan las instituciones, que se dice que funcionan, pero que en realidad, si es que funcionan, lo hacen muchas veces en direcciones opuestas a las que figuran en sus declaraciones de misiones, los políticos que pasan buena parte de su vida pública disputándose por nimiedades partidistas, sin ser capaces de elevarse hacia el debate de las grandes cuestiones nacionales, la justicia manipulada hasta el cansancio ante la vista y paciencia de todos nosotros, los militares, con su discurso ambiguo frente a cuestiones de primera importancia, salvaguardando falsamente el honor que dicen que les importa tanto. Es decir, si un observador externo visitara nuestro país, de seguro que la opinión que se llevaría sería la de un territorio abandonado por la coherencia: pocos dicen lo que piensan y, peor todavía, muy pocos hacen lo que dicen que hacen o piensan verdaderamente lo que expresan como su pensamiento. La incoherencia, como un rapaz que diezma todas nuestras esperanzas de un Chile mejor, anida en las palabras, en las acciones y hasta en los gestos.

En medio de esta confusión, no es raro que por todas partes surjan fenómenos anómalos, que van, desde los escándalos protagonizados por los políticos, hasta los apedreos y barricadas de los encapuchados, pasando por infinidad de hechos de diferente carácter que cotidianamente leemos en los diarios u observamos atónitos en las pantallas de la televisión. El pinochetismo sin Pinochet parece campear en nuestros “campos de flores bordados”. Pinochetismo, por ejemplo, es la acción de Luz Guajardo tirándole agua al General Cheyre en el momento en que este visitaba a Pinochet en el hospital, o después, embistiendo a palos en contra de un departamento piloto porque unos trabajadores del lugar se habían manifestado contrarios a su ídolo; pinochetismo es la locura desatada en contra de los periodistas durante el velamiento del fallecido General y la acción del fanático que a empellones las emprende en contra de una periodista española, le arrebató el micrófono y, a través de él, lanza su preclaro mensaje a la Madre Patria: “¡españoles conchas de su madre!”. Pinochetismo es la histeria de esos personajes intentando cortar los cables de la televisión durante la ceremonia fúnebre. Pero también es pinochetismo la quema de libros llevada a cabo por un grupo de encapuchados en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile hace algunos días, y también son pinochetismo los desmanes causados por jóvenes descarriados en sus propias poblaciones las noches del domingo y del lunes recién pasados. Pinochetismo más sutil es el homenaje rendido al General muerto en la propia institución que él clausuró a su llegada al poder. Pinochetismo algo más burdo es el discurso del Capitán de Ejército en servicio activo Augusto Pinochet, que por buenas razones lleva el nombre de su abuelo. Pinochetismo es el escándalo que provocan en partidarios y detractores las palabras de Belisario Velasco, ¿O acaso no es pinochetismo censurar la expresión de lo que sinceramente se piensa? ¿Y no

será pinochetismo la “realpolitik”, que alivia con ligereza la carga de los principios, a la que nos hemos venido acostumbrando desde los primeros tiempos de la Concertación por parte de un lado y otro de las tiendas políticas? ¿Y acaso la doblez de lenguaje que encubre las verdaderas situaciones con un manto de eufemismo no es pinochetismo?

Es decir, pinochetismo es condenar la violencia del adversario y justificar la violencia propia, pinochetismo es no darse cuenta que el mundo es inmenso y que los valores e idearios que en un momento pueden tener cabida en un país remoto como el nuestro, ya han sido descartados y abandonados en otras regiones más civilizadas, pinochetismo es pensar que se puede lograr algo con valor permanente a punta de voluntarismo y brutalidad, pinochetismo es pensar que constituye un triunfo acabar con el otro, negar su opción a golpes, en un mundo en realidad lleno de enigmas y en el que toda existencia humana es una apuesta marcada por la incertidumbre, pinochetismo es prohibirse el error, es la soberbia, la tozudez, la incapacidad de perdonar y también de pedir perdón. Son esas las lacras que todavía arrastramos con nosotros y que no se necesita ser un Nostradamus para predecir que todavía nos traerán mucho dolor y muchos sacrificios inútiles.

¿Se murió Pinochet? Claro que se murió, pero como se dijo en los discursos durante su funeral, su legado sigue vivo: el fanatismo, la intolerancia, la insensibilidad frente a los demás si los demás no son “como uno”, la idea chovinista de la patria, la voluntad de distorsionarlo todo con tal de salvar la cara, el pensamiento de que la honestidad es sinónimo de estupidez y de que el fin justifica los medios, todo eso que nos trajo el Dictador y que un periodista extranjero sintetizaba con la frase: “El General trajo a Chile la Inquisición española”, todo eso, digo, está lejos de haber muerto en Chile. Sigue esperando su oportunidad para volver a despertar bajo otros nombres, otras ideas, otras circunstancias. E insisto, no es cosa de izquierdas o de derechas, ni de gobierno o de oposición, porque el fantasma ronda en las cabezas de todos los sectores. Que el General se haya ido, hará llorar a algunos -menos de los que él mismo pensó que lo llorarían (y si ya son pocos, imagínense cuantos irán a quedar en algunas decenas de años más)- y hará festejar a otros. Pero ni unos ni otros son lúcidos. El juicio de Chile se acercará cada día más al juicio que ya ha hecho el mundo: no están ni estarán los tiempos para aventuras como las que vivió nuestro pobre pueblo bajo la bota del General. Pero en muchas de las cabezas de los que hoy día festejan, Pinochet sigue vivo y muy vivo, y será tarea de muchas generaciones de chilenos acabar de una buena vez con él.

El taller literario, espacio de democracia y civilidad

Pía Barros LN 31 de diciembre de 2006

Desoyendo los bandos, artistas de todas las áreas comienzan a impartir talleres, inicialmente como un trabajo político y de solidaridad y luego, con sentido grupal y de pertenencia. Son talleres clandestinos, dictados en distintos lugares o poblaciones de Santiago y provincias.



Los talleres literarios tienen una tradición que se remonta a la Colonia. En sus inicios, las mujeres aristocráticas -la más conocida fue Isidora Zegers- recibieron en sus salones a los artistas y estos mostraban sus obras ante las personas reunidas allí; el pintor su cuadro, el músico su música, el escritor, sus textos. Con el pasar del tiempo, hubo artistas que tuvieron discípulos, se crearon grupos que competían entre sí, adherentes a unas u otras estéticas, famosas guerrillas literarias, chaqueteos y ensalzamientos propios, amenizados por nuestra idiosincrasia de chismeríos y endiosamientos varios.

Estas prácticas estaban fuera de las aulas, puesto que el arte era para unos pocos, y este sentido elitista era celosamente mantenido por los grupos que lo practicaban.

A mediados del siglo XX, las universidades desarrollaron talleres, como ejemplo está el creado por Roque Esteban Scarpa, en 1948 en la Universidad Católica, o como el grupo LAR, que nace desde la Universidad de Concepción.

Esta tradición literaria que Chile conocía, estaba arraigada en el espíritu cívico y en una fuerte conciencia de lo que significaba la democracia y sus imperfecciones. Y se profesionaliza a partir de los 50, cuando el escritor Fernando Alegría sistematiza los talleres y los transforma en un trabajo remunerado para los escritores.

El 11 de septiembre de 1973, el golpe militar anula todos los derechos civiles mediante múltiples bandos, entre ellos, el que prohíbe el derecho a reunión. También se prohíbe la publicación de cualquier material impreso que no cuente con la autorización militar.

Poco a poco, las universidades comienzan, tímidamente a incorporar talleres literarios, ya no como un divertimento sino como parte de la red curricular y tienen categoría de ramos electivos. Pero la civilidad está rota, el miedo es constituyente y la censura ya no es literaria. La escritura es el riesgo constante a la integridad física de los talleristas.

Desoyendo los bandos, artistas de todas las áreas comienzan a impartir talleres, inicialmente como un trabajo político y de solidaridad y luego, con sentido grupal y de pertenencia. Son talleres clandestinos, dictados en distintos lugares o poblaciones de Santiago y provincias. En La Victoria, en casa de Alicia; en la Villa Portales, en casa de María Elcira, y así, Talca, La Serena, Valdivia...

Y en las universidades y fuera de ellas, los talleres proliferaban con entusiasmo; aunque en la Usach, por ejemplo, tanto en las clases regulares como en el electivo "Taller de Literatura", había extraños personajes con maletín, zapatillas, bigotitos y el propósito de parecer diez años más jóvenes de lo que realmente eran. Por lo tanto, ya no sólo había que cuidar lo que se escribía, sino de qué se escribía.

La civilidad rota constituyó un largo proceso de desaprender derechos y deberes ciudadanos.

Pero, desde el órgano de la derecha por excelencia, se pregonaba que la cultura había muerto (nunca se usó la palabra “desaparecido”) en el país. El primer Taller Literario que consigue el permiso para funcionar fuera del amparo de las universidades, es el que lidera Enrique Lafourcade, junto Pablo Hunneus y Braulio Arenas. Allí se apiñaron los jóvenes y no tanto (Mariana Callejas entre otros y la gran mayoría de los que en los 90 fueron llamados pomposamente “la nueva narrativa”), para leer y recibir el dedo acusador o liberador de la única crítica posible.

El mismo Lafourcade, en una crónica escrita en el diario El Mercurio, bautizó a la época como de “apagón cultural”, es decir, en Chile la cultura había terminado con el Golpe. Las páginas dedicadas a cultura de los periódicos, se llenaban con artículos acerca de libros y obras extranjeras y remotas. (El escritor Mempo Giardinelli, refiriéndose al mismo hecho en la Argentina, lo bautizó como el fenómeno EMA: es decir, Extranjeros, Muertos y Amigos). Pero, obviamente, sin aparecer en los medios de comunicación, se generó uno de los movimientos culturales más intensos y masivos que haya tenido el país. No había villa, barrio ni lugar que no tuviera su propio taller y eran quizás, los únicos espacios precariamente democráticos, que había en el país.

Durante los 80’, esta explosión de talleres literarios (aunque existen talleres en otras áreas de las artes), tuvo a la Escritura como espíritu y propósito principal. En muchos de ellos no se demandaba calidad literaria. En un país donde no se puede hablar ni mostrar el pensamiento, ni debatir, la escritura se transforma en una necesidad vital, y no tiene en su esencia la necesidad de permanecer o de aspirar a la publicación.

Muchos de los textos poéticos o narrativos priorizaron la brevedad y empezó a cultivarse un subgénero híbrido llamado microficción, entre otros. La gran mayoría de los escritores de ese entonces han desaparecido de la vida literaria.

Los espacios de circulación de textos fueron inicialmente muy pocos y los métodos, aparte de las lecturas públicas en los mitin, fueron micromedios tales como trípticos, revistas hechas en papel de envolver, libros-objeto y precarias impresiones a mimeógrafo.

En los 80’, con el retorno de los exiliados, empieza a cambiar el panorama literario. La orfandad de los escritores adquiere padres-pares en escritores como Poli Délano, José Donoso y Antonio Skármeta entre otros. A estas alturas, el país ya no permite que el miedo lo someta, hay mítines callejeros, grandes protestas nacionales reclamando democracia, revistas que se niegan a la censura y muchas veces son requisadas, muertes de periodistas, y todas las maneras en que un régimen autoritario se niega a desaparecer.

Y los Talleres Literarios siguen siendo, hasta hoy, la comidilla de quienes intentan hacerlos parecer “tecitos para viejas”, “moda ochentera” “fábricas de clones”, espacios democráticos y de aprendizaje, formas de una civilidad que intenta ser en otros.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 